Karl Kohut
María del Carmen Barcia Zequeira
Günter Mertins (eds.)

Cien años de Independencia de Cuba

II Simposium Cuba-Alemania

Vol. I

MESA REDONDA

Neue Folge
No. 14

MESA REDONDA

erschien in den Jahren 1985 bis 1994 als Arbeitshefte des Instituts für Spanien- und Lateinamerikastudien der Universität Augsburg (ISLA). Eine Liste der bisher erschienenen Titel befindet sich am Ende dieses Heftes.
Seit Januar 1995 entsteht MESA REDONDA in Zusammenarbeit der drei folgenden Institute:

Institut für Spanien- und Lateinamerikastudien (ISLA)
Universität Augsburg
Universitätsstraße 6
D 86159 Augsburg

Zentralinstitut für Regionalforschung
Sektion Lateinamerika
Universität Erlangen-Nürnberg
Kochstraße 4
D 91054 Erlangen

Zentralinstitut für Lateinamerika-Studien
Katholische Universität Eichstätt
Ostenstraße 26-28
D 85071 Eichstätt

Die Deutsche Bibliothek - CIP-Einheitsaufnahme

ISSN 0946-5030

Das Werk und seine Teile sind urheberrechtlich geschützt. Jede Verwertung in anderen als den gesetzlich zugelassenen Fällen bedarf deshalb der vorherigen schriftlichen Einwilligung der Herausgeber.

Karl Kohut
María del Carmen Barcia Zequeira
Günter Mertins (eds.)

Cien años de Independencia de Cuba

II Simposium Cuba-Alemania

Universidad de La Habana y Asociación Alemana de Investigación sobre América Latina

11 al 16 de enero de 1999
Casa Fernando Ortiz

I

Eichstätt 1999

Katholische Universität Eichstätt

Zentralinstitut für Lateinamerika-Studien

Centro de Estudios Latinoamericanos

Dezember 1999

Secretaria de Redacción: Dr. Sonja M. Steckbauer
Composición tipográfica: Rita Lentner

Impreso con el apoyo del Centro de Estudios Latinoamericanos
de la Universidad Católica de Eichstätt
y de la Asociación "Wirtschaft und Gesellschaft e.V.", **Erlangen**

BV 0130 0 15 33

Indice

Vol. I

A manera de prólogo 7

I. El proceso de independencia en América Latina y Cuba. Siglo XIX

Sergio Guerra Vilaboy
Elementos comunes y diferenciales en la independencia
de América Latina (1808–1826) 10

Hans-Joachim König
La crisis de la sociedad colonial en el Imperio Español
a fines del siglo XVIII/principios del siglo XIX
y las diferentes respuestas en el continente americano y en Cuba 23

Oscar Loyola Vega
Proyectos y vías para un cambio social en el ocaso del XIX cubano 41

Max Zeuske
Sobre la formación del Estado nacional cubano 49

II. Pensamiento latinoamericano
(finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX)

Ottmar Ette
Reflexiones en torno a los intelectuales del fin de siglo
y la Guerra de Cuba 60

Martin Franzbach
La guerra del 98 desde la perspectiva de la prensa alemana
y los intereses económicos y políticos 72

Michael Zeuske
Alemania ante la guerra de Cuba 80

Joaquín Santana Castillo
El problema de la modernidad en América Latina: una aproximación histórico-sociológica a la contradicción civilización-barbarie 118

III. Cultura y modernidad

Rogelio Rodríguez Coronel
Mi tío, el empleado: una transgresión modernizadora 128

Hans-Otto Dill
La noción de literatura cubana nacional
en la historiografía cubana y española 137

Karl Kohut
Novela histórica, Independencia y Revolución 149

Vol. II

IV. Vía reformista y nacionalismo (1860-1940)

María del Carmen Barcia Zequeira
La vía reformista en Cuba: de la sociedad a la política 164

Berta Álvarez Martens
Las reformas:
alternatividad y viabilidad en el proceso histórico cubano 186

Hans-Jürgen Burchardt
El camino de salida de Cuba hacia el nuevo milenio 196

V. La economía exportadora y la producción para el mercado interno. Crisis y alternativas

Oscar Zanetti Lecuona
Después del '98: crecimiento y transformaciones
en las economías del Caribe hispánico 214

María Antonia Marqués Dolz
Crisis y reforma económica en Cuba (1925–1958) 233

Helmut Nuhn
Comercio exterior de Cuba y consideraciones
sobre la evolución del sistema de producción 249

VI. Medio ambiente y ecología

José Mateo Rodríguez/Andrés Lazo Machado
Perspectivas de implementación del Desarrollo Sostenible en Cuba 278

Klaus Meschkat
Destrucción ambiental y movimientos sociales en América Latina 294

Manuel Bollo Manent
Algunas notas sobre la situación ecológica en Cuba 302

VII. Revolución y emigración

Lourdes de Urrutia/Guillermo Milán:
Características de la emigración cubana en la década del noventa 306

Jorge Hernández Martínez:
Sociología política del "exilio" cubano 312

Günter Mertins/Jürgen Bähr
Recientes migraciones interiores en Cuba:
hipótesis y primeros resultados 322

A manera de prólogo

El coloquio de La Habana de enero de 1999 constituyó una continuación del primer encuentro entre investigadores cubanos y alemanes de distintas disciplinas, celebrado en Alemania en junio de 1995. Al igual que las actas del primer coloquio (número 3), también éstas se publican en los cuadernos de *Mesa Redonda*, editados por los centros latinoamericanos de las universidades de Augsburg, Erlangen y Eichstätt. Mientras que el primer coloquio tenía el objetivo de reanudar las relaciones científicas entre los latinoamericanistas cubanos y alemanes (representados éstos por la Asociación Alemana de Investigación sobre América Latina/ADLAF), éste de ahora ha tenido un tema concreto, es decir los cien años de Independencia de Cuba. Quiero agradecer de modo particular a los organizadores del encuentro en La Habana, Sergio Guerra Vilaboy, María del Carmen Barcia Zequeira y Berta Álvarez Martens, del Departamento de Historia de la Universidad de La Habana, y a todos los que les ayudaron en la empresa; del mismo modo, a Günter Mertins, quien coorganizó con el que suscribe la parte alemana. Sin la ayuda financiera de la Fundación Volkswagen el encuentro no habría sido posible.

Confío en que las actas de este segundo encuentro documenten la fructífera colaboración entre investigadores cubanos y alemanes y constituyan, de este modo, un eslabón más en las relaciones científicas entre ambos países.

Eichstätt, en diciembre de 1999 — Karl Kohut

I

El proceso de independencia en América Latina y Cuba. Siglo XIX

Elementos comunes y diferenciales en la independencia de América Latina (1808-1826)

Sergio Guerra Vilaboy

> Buscando en la presente revolución de la América el objeto de los pueblos en hacerla, han sido estos dos *sacudir el yugo español, y amistad y comercio con la Gran Bretaña*. Simón Bolívar (1814)

La emancipación de América Latina formó parte del ciclo revolucionario que, a nivel mundial, se inauguró a fines del siglo XVIII, bajo el influjo de las concepciones antifeudales de la burguesía europea. El movimiento independentista hispanoamericano que comenzó en 1808 tuvo como antecedentes la liberación de las Trece Colonias Inglesas de Norteamérica y la Revolución de Haití. El estallido de la gran contienda anticolonialista, extendida hasta 1826, fue facilitado por la crisis política generada por la expansión napoleónica sobre España y Portugal. Así, el inicio de las revoluciones modernas (burguesas) en Europa puso a la orden del día en América Latina el problema de la independencia. Todas las rebeliones anteriores -los vegueros en Cuba (1723), Túpac Amaru (1790), Comuneros del Paraguay (1720), de Corrientes (1732 y 1764) y el Socorro (1781), la guerra de los Mascates y de Emboabas (1707-1710), etc.- tuvieron un carácter eminentemente local y no formaban parte todavía de una crisis general del sistema que abarcara a todo el Continente, aunque fueron, sin duda, sus primeros síntomas (cf. Kossok 1989, 129).

El comienzo de las guerras de independencia en América Latina no sólo estuvo compulsado por el régimen de opresión política y la explotación económica y comercial a que estaban sometidas las colonias americanas por sus metrópolis europeas, sino también por la extrema polaridad social y las rígidas reglamentaciones raciales. Por eso, paralelamente a la agudización del conflicto metrópoli-colonia maduraron las condiciones para la irrupción de auténticos levantamientos populares. A pesar de las agudas contradicciones sociales latentes en Hispanoamérica, el proceso independentista se inició como un movimiento exclusivo de las clases privilegiadas, convencidas de su capacidad para ocupar el poder y desplazar a los funcionarios coloniales sin alterar las bases del viejo sistema de dominación.

El movimiento juntista fue el verdadero comienzo de la gesta libertadora en Hispanoamérica, desencadenada a partir de la invasión napoleónica a Portugal (1807) y España (1808), que desalojó del trono respectivo a ambas monarquías.

Como se sabe, a principios de 1808 el pueblo español se sublevó y formó gobiernos locales para dirigir la lucha contra los ocupantes franceses. Como parte de ese proceso se hizo del poder en ese mismo año, en nombre de Fernando VII, una Junta Central que desde 1810 fue sustituida por un Consejo de Regencia con sede en Cádiz -único territorio español no ocupado por tropas napoleónicas.

Estos acontecimientos tuvieron hondo impacto en Hispanoamérica. Al principio los funcionarios coloniales vacilaron ante las nuevas autoridades impuestas por Napoleón, pero enseguida terminaron por subordinarse al gobierno establecido en Cádiz. Sólo el Virrey de Buenos Aires se atrevió momentáneamente a coquetear con las nuevas autoridades metropolitanas. En cambio, los criollos -negados a reconocer a los franceses por razones de orden social (repetición de lo ocurrido en Haití) y económicas (temor a la interrupción del comercio)-, exigían la formación de juntas locales en América, a semejanza de las españolas, que tuvieran por base a los cabildos -prácticamente las únicas instituciones donde estaban representados, aunque ya habían perdido buena parte de sus antiguas prerrogativas. Ello se fundamentaba en ancestrales tradiciones hispanas sobre los derechos del pueblo, capaz de recuperar su soberanía por imposibilidad del monarca para gobernar.

La posición juntista asumida por la aristocracia hispanoamericana tenía por objetivo, aparente o inicial según el caso, rechazar la intervención francesa y conservar el trono a Fernando VII, lo que en la práctica significaba la autonomía colonial e impedía la paralización del comercio -e incluso su legalización- con Inglaterra y Estados Unidos. Aunque en un principio la mayoría de los criollos no deseaban renunciar a sus vínculos históricos con la metrópoli, principal garante frente a cualquier levantamiento de masas con la que tenían amplios y viejos lazos (culturales, religiosos, de idiosincrasia, etc.), la formación de juntas en América -opuestas a la pretensión realista de reconocer al Consejo de Regencia- condujo al desplazamiento del poder de los tradicionales funcionarios coloniales y abrió de manera inevitable el conflicto entre realistas españoles y juntistas hispanoamericanos.

El primer intento de establecer una Junta de Gobierno en las Indias tuvo por teatro a Nueva España en agosto de 1808 y contó con el entusiasta respaldo del propio Virrey, que había caído en desgracia por sus vínculos con el favorito Godoy de la defenestrada corte borbónica. Para el aristocrático Cabildo novohispano "el derecho de soberanía había recaído en el pueblo, a quien dicho cuerpo representaba y que habían que cesar todas las autoridades en su ejercicio hasta que hubieran recibido nueva investidura" (Navarro y Rodrigo 1869, 9). Pero de manera inmediata se produjo la violenta reacción peninsular organizada por el Consulado y la Audiencia, que con el concurso del cuerpo de voluntarios

de Fernando VII -en su mayoría empleados de almacenes, recién llegados de España- desterró al Virrey y apresó a los principales jefes criollos. Un movimiento de parecida connotación se gestó en Venezuela el 24 de noviembre de ese mismo año, cuando 45 ricos propietarios criollos, encabezados por el Marqués de Casa León, entregaron un *Memorial* al Capitán General solicitando la creación de una Junta. La petición fue rechazada y los principales comprometidos encausados, entre ellos el propio Marqués.

También en La Habana un grupo de acaudalados criollos, entre los cuales descollaba Francisco de Arango y Parreño, intentó el 17 de julio de 1808 convencer al Capitán General Marqués de Someruelos de la conveniencia de formar una Junta, pero el plan fue abandonado por la hostilidad de la Intendencia de la Real Hacienda, la Superintendencia de Tabacos y la comandancia de la Marina, con el apoyo de comerciantes españoles. Desde ese momento, los grandes propietarios de ingenios, hatos de ganado y cafetales de la Isla se inclinarían cada vez más insistentemente por satisfacer sus demandas en acuerdo con la metrópoli, conscientes de la necesidad de preservar un fuerte aparato estatal que garantizara la tranquilidad de las dotaciones de esclavos que constituían más de un tercio del medio millón de habitantes de Cuba[1]. A evitar aquí la ruptura de la aristocracia criolla con España contribuyó también el auge económico provocado por las crecientes exportaciones de azúcar, estimulado por una tácita libertad comercial confirmada en 1810, aunque momentáneamente suprimida por la presión de los comerciantes gaditanos. Eso explica que las principales conspiraciones del período 1808-1826 fueran protagonizadas en Cuba por elementos sociales ajenos a los plantadores esclavistas: representantes de las capas medias, intelectuales, campesinos, artesanos y esclavos. Una evolución algo similar seguiría Puerto Rico, aun cuando la producción de azúcar y la cantidad de esclavos de esta isla iban muy a la zaga de Cuba y tampoco tendrían lugar aquí las conspiraciones separatistas (1810) y revueltas de esclavos (1812) que estremecieron por esos años a la Mayor de las Antillas.

Aunque las juntas hispanoamericanas formadas por las élites criollas en 1809 en Quito y el Alto Perú fueron disueltas sin contemplaciones por las fuerzas realistas, una segunda oleada se produjo en 1810 permitiendo la consolidación de gobiernos autónomos en las principales capitales del imperio colonial español en la América del Sur: Caracas (abril), Buenos Aires (mayo), Santa Fé de Bogotá (julio), Quito (septiembre), Santiago de Chile (septiembre) y Asunción (mayo del siguiente año). Todas estas juntas quedaron en manos de los representantes de la

1 En 1817 la población de la Isla ascendía a 555.998 habitantes: 199.145 esclavos, 238.796 blancos y 115.651 negros y mulatos libres (Pérez Guzmán 1988, 14s.).

aristocracia criolla, declarados rebeldes por el Consejo de Regencia de España. El carácter moderado que constituía el denominador común de estos movimientos, limitado prácticamente al establecimiento de la libertad de comercio, contrastaba con la airada revolución popular que en septiembre de 1810 estalló violentamente en las áreas rurales de México y la cual, en sentido estricto, poco tenía que ver con los estrechos objetivos y restringidas fuerzas motrices del juntismo hispanoamericano, proceso eminentemente urbano y elitista.

Las guerras de independencia se desarrollaron *grosso modo* en dos etapas: 1808-1815 y 1816-1826. La primera de ellas, iniciada con los enfrentamientos militares desencadenados por la formación de juntas hispanoamericanas, se caracterizó, en sentido general, por enfrentamientos armados con los realistas descordinados de una colonia a otra, en donde cada foco de la rebelión actuaba acorde a su propia estrategia de lucha, teniendo por escenarios principales los territorios de Venezuela, Nueva Granada, Quito, Río de la Plata y Chile, así como México, aunque aquí con rasgos bien singulares. En casi todas estas colonias el curso de la contienda se vio afectado por una larga imprecisión de objetivos, lo cual llevó a establecer gobiernos autónomos que seguían reconociendo formalmente la soberanía de Fernando VII -el Río de la Plata y Chile hasta 1816 y 1818 respectivamente- y soslayaban cualquier reivindicación social. Las juntas de Cartagena, Buenos Aires, Santiago de Chile y Caracas, por ejemplo, se limitaron a disponer o legalizar, según el caso, la libertad de comercio, para satisfacer los intereses de sus promotores, perjudicados con los privilegios mercantiles de los peninsulares y las incapacidades del mercado metropolitano para absorber a plenitud la producción agropecuaria de sus colonias.

En todas las antiguas posesiones españolas de América se vertebró una corriente reformista, nutrida también con representantes de las clases privilegiadas que, temerosa de las consecuencias del enfrentamiento armado con la metrópoli, depositó sus esperanzas de cambios y libertades comerciales, igualdad de derechos entre criollos y españoles e incluso gobiernos autónomos en la buena voluntad hispana, ilusiones alentadas por la presencia de diputados americanos en las Cortes de Cádiz[2]. A la larga el predominio de los intereses metropolitanos que prevaleció en las reformas liberales, junto con la reimplantación del absolutismo por Fernando VII y los éxitos militares de los

2 En cierta forma ése era el camino que proponían para Cuba Arango y Parreño así como el padre José Agustín Caballero.

patriotas en Hispanoamérica, terminarían por hacer languidecer esta tendencia criolla.

Para resistir la tácita insurrección que significaba la formación de juntas en la América hispana se agruparon en el bando realista los funcionarios, grandes comerciantes, arrendatarios e intermediarios de los monopolios de la Corona, en su mayoría españoles, y el alto clero que, en virtud del Real Patronato, formaba parte de la poderosa burocracia colonial[3]. A través de la Iglesia, y valiéndose del fanatismo religioso o de las tradiciones paternalistas de la monarquía hispana, los realistas -a cuyas filas pronto se integró el sector más conservador de la aristocracia criolla- lograron en muchas ocasiones manipular a capas y clases populares, -artesanos, peones, esclavos y sobre todo pueblos indígenas (Pasto)- para situarlos contra la independencia.

Durante la etapa de 1808 a 1815, en los principales teatros del conflicto bélico la lucha se vio lastrada por los intereses clasistas de la élite criolla, que pretendía romper la tutela española sin afectar la tradicional estructura socio-económica. La hegemonía de las capas privilegiadas hispanoamericanas en el proceso emancipador significó el predominio de fuerzas de clase (terratenientes y grandes propietarios en general) que ocupaban con muchas limitaciones el lugar de una burguesía prácticamente inexistente. Para este sector aristocrático, puesto a la cabeza de la lucha, la independencia se concebía como una especie de conflicto en dos frentes: "hacia arriba" contra la metrópoli y "hacia abajo" para impedir las reivindicaciones populares y cualquier alteración del *statu quo*. A su vez, para una parte apreciable de los sectores sociales oprimidos, la aristocracia criolla constituía su explotador inmediato, lo que facilitó las maniobras realistas para manipularlos, tal como sucedió con las revueltas de esclavos de los valles cercanos a Caracas promovidas por las autoridades realistas en Venezuela y que precipitaron en 1812 el desplome de la primera República. Eso puede explicarnos también que entre 1808 y 1815 en muchas de las colonias sublevadas los estratos populares no participaran en la lucha o lo hicieran en forma muy limitada, llegando incluso a ser atraídos por las consignas demagógicas de la contrarrevolución realista, como ocurrió en la propia Venezuela durante la segunda República.

El temor a que se desencadenara una sublevación popular incontrolada, en particular protagonizada por esclavos negros o la peonada indígena, castró en otras colonias las potencialidades de liberación y provocó una incondicional fidelidad a la Corona por parte de la élite criolla, como pudo verse claramente

---

3 A fines del siglo XVIII había aumentado significativamente la entrada de españoles a Hispanoamérica, en particular de la parte cantábrica (gallegos, asturianos y vascos). Se calculan 100 mil personas en calidad de inmigrantes para las colonias españolas y 300 mil portugueses para Brasil en el siglo XVIII.

en la Capitanía General de Guatemala y en el Virreinato de Nueva España desde la insurrección de Hidalgo. En cierta forma esto fue también lo que sucedió en escenarios tan diferentes y distantes como los de Perú y Cuba, lugares donde todavía estaban muy frescas las conmociones provocadas respectivamente por las rebeliones de Túpac Amaru (1780) y de la Revolución Haitiana (1790–1804). Que esta prevención pesó de manera decisiva lo demuestran estas palabras del prelado francés de Pradt con las que conviene Arango y Parreño, clásico exponente de la aristocracia criolla de la Mayor de las Antillas:

> Una independencia repentina encierra y produce los más grandes peligros para las colonias y sus metrópolis, y en las colonias en donde la menor parte de la población es de sangre europea, la repentina independencia es su sentencia de muerte, como ya lo hemos visto en Santo Domingo (Arango y Parreño 1952, 366).

A diferencia de lo sucedido en buena parte de Hispanoamérica a fines del siglo XVIII, cuando el comercio se expandió y se hicieron más laxas las relaciones con la metrópoli, la rancia aristocracia criolla del Virreinato del Perú fortaleció sus vínculos con la burocracia peninsular en reacción a las libertades borbónicas y la pérdida de la minería y mercados del Alto Perú provocada con la creación del Virreinato en el Plata (1776), que los había colocado en condiciones muy desventajosas frente a la competencia de sus antiguos subordinados de Buenos Aires. Así, el comercio de la colonia con España bajó de 5 barcos anuales a 3 y sólo de 500 toneladas cada uno. En Cuba una situación económica contraria llevó curiosamente a resultados análogos a los del Perú. Los plantadores de la Isla disfrutaban de un auge económico sin precedentes, que la metrópoli supo canalizar por medio de sostenidas concesiones y que permitieron una tácita alianza con el poder colonial.

Otro factor a tomar en cuenta para entender la actitud de las clases privilegiadas en el proceso de ruptura del orden colonial está relacionando con el mayor o menor grado de polarización social y racial. Allí donde las confrontaciones étnicas y de clase eran muy agudas, la aristocracia criolla mantuvo por más tiempo su oposición a la independencia. La profundidad del compromiso de la aristocracia criolla con la lucha emancipadora fue, al parecer, directamente proporcional al peso de los blancos en el conjunto de la población de cada colonia en particular: 4 % en la Capitanía General de Guatemala, 8 % en Haití, del 13 al 15 % en el Virreinato del Perú y el Alto Perú, 21 % en México, 23 % en Brasil, del 22 al 27 % en Nueva Granada y 40 % en Venezuela y el Río de la Plata. Cuba parece constituir en este sentido un caso excepcional,

pues a la hora de la independencia hispanoamericana el porcentaje de la población blanca en la isla oscilaba, entre 1817 y 1827, del 43.26 % al 44.15 % (cf. Chaunu 1981, 173).

La pobre participación popular en esta etapa de la guerra emancipadora, el exagerado papel atribuido a las ciudades en la estrategia militar, el extremo localismo de los gobiernos criollos y sus agudas contradicciones intestinas (centralistas y federalistas, republicanos y monárquicos, radicales y moderados), junto al caudillismo, fueron los elementos principales que llevaron al fracaso, entre 1814 y 1815, de los principales focos de la insurrección. También el marcado antagonismo entre las clases populares y la aristocracia criolla permitió a la contrarrevolución realista encontrar asideros para la restauración del antiguo orden colonial. A ese desenlace contribuyó la llegada de tropas frescas a América, en particular después del restablecimiento de Fernando VII en el trono español y la anulación de la Constitución (marzo-mayo de 1814), cuando arribaron 13 expediciones con más de 26 mil hombres (cf. Mitre 1978, 83).

Solo el Río de la Plata -al margen de reducidas áreas irreductibles como Oaxaca en México o Casanare en Nueva Granada- logró sobrevivir a la reconquista realista de 1814 a 1815 gracias a su ubicación geográfica y al imprevisto desvío hacia Venezuela, en alta mar, de la flota de Morillo, originalmente financiada por los comerciantes gaditanos para reabrir Buenos Aires al mercado metropolitano. Otro factor decisivo fue el valladar levantado aquí por las guerrillas populares en la frontera Norte (montoneras) y el Alto Perú (las "republiquetas"). En favor de los argentinos también operó su condición de región ganadera -algo parecido sucedería en los llanos de Venezuela después de 1816-, que permitió movilizar una temible caballería irregular gaucha, en contraste con las dificultades de los ejércitos patriotas para reclutar hombres en áreas de predominante población indígena o esclava.

Pese a los cortos horizontes impuestos a la lucha independentista por las clases dominantes criollas, en algunas colonias se vertebraron verdaderos movimientos populares, aunque con programas menos radicales que los enarbolados por Hidalgo y Morelos en la virtual guerra campesina desatada en México desde 1810. Así sucedió en ciertas zonas del Virreinato del Río de la Plata, particularmente en la Banda Oriental, en el Paraguay, la sierra andina y sin un centro definido en el Alto Perú. En estos lugares la lucha independentista se nutrió de ciertas demandas sociales y estuvo acompañada en estos años de una vigorosa participación de masas, estimulada por los tempranos decretos revolucionarios (1810) de la Junta de Mayo de Buenos Aires inspirados por el ala "jacobina" de Mariano Moreno. Desde esa perspectiva todos estos movimientos populares representaron el punto más alto alcanzado por la revolución

independentista hispanoamericana de 1808 a 1826 y a la vez fueron portadores de una novedosa y avanzada concepción del Estado y la Sociedad -en forma menos definida en el Perú y Alto Perú- que durante un tiempo logró sobrepasar y poner en crisis el restringido marco político-institucional y social trazado para la emancipación por la aristocracia criolla.

Durante los años de 1814 y 1815 se cierra la primera etapa de la lucha independentista en Hispanoamérica ante los éxitos de las armas realistas, favorecidas con la terminación de las guerras napoleónicas y el restablecimiento de Fernando VII en el trono español. En Chile la "Patria Vieja", carcomida por las contradicciones intestinas de la aristocracia criolla -personalizada en el enfrentamiento O'Higgins-Carrera- sucumbió en Rancagua y obligó a los sobrevivientes a buscar refugio en la vecina provincia de Cuyo a fines de 1814. La segunda República de Venezuela, poco diferente en su condición elitista a la Primera creada por Miranda, se eclipsó a principios de 1815, compelida por las diferencias que separaban a Bolívar y Nariño y la incapacidad para obtener una base de masas y detener la ofensiva contrarrevolucionaria de los insumisos llaneros de Boves. En México, 1815 terminó con el aplastante triunfo de los realistas, sostenidos por la propia élite criolla novohispana, sobre la guerra campesino-indígena levantada desde 1810. La "Patria Boba" neogranadina, debilitada por las luchas entre la aristocracia centralista de Cundinamarca encabezada por Nariño y la federalista de las restantes provincias que lideraba Camilo Torres, agonizaba desde fines de 1815, proceso acelerado por el desembarco en sus costas del poderoso ejército español de Morillo.

Previamente, en 1812, el movimiento independentista en Quito, conducido por la aristocracia terrateniente serrana, había colapsado. En el Virreinato del Perú, bastión peninsular, la masiva sublevación mestizo-indígena de Pumacahua en 1814 concluyó sangrientamente aplastada al año siguiente, para respiro de la conservadora aristocracia criolla de Lima, Trujillo y Cuzco. Sólo el Río de la Plata, pese a la anarquía política y las contradicciones internas despertadas por las pretensiones hegemonistas de Buenos Aires, resistió al desastre general, gracias a la protección de los montoneros de Salta y las guerrillas populares del Alto Perú. Pero aquí también la situación era desesperada en 1816: el descalabro de las "republiquetas", la irrupción portuguesa contra la Revolución Oriental de Artigas, las amenazas de invasiones realistas procedentes del Norte y desde la propia metrópoli, junto a la inoportuna derrota patriota en Sipe Sipe, a fines de 1815, pusieron el territorio argentino al borde de la capitulación. Con razón los realistas de Europa y América festejaron el triunfo de Sipe Sipe como el fin de la lucha independentista.

A pesar de la profunda crisis de las fuerzas emancipadoras, la guerra resurgió con todo vigor entre 1816 y 1817, lo que podemos considerar el inicio de una segunda etapa. A lo largo de este período (1816-1826) se alcanzó, por dos vías bien diferenciadas, la liberación de las colonias de España y Portugal, con las únicas excepciones de Cuba y Puerto Rico.

En buena parte del imperio colonial español la emancipación sólo fue posible mediante una cruenta lucha armada que culminó exitosamente la dilatada y costosa guerra contra la metrópoli con el establecimiento de un rosario de estados libres. En estas regiones, al Ejército correspondió un papel decisivo en la independencia. Partiendo de sólidas bases logísticas en Venezuela (Los Llanos) y el Río de la Plata (Cuyo), los ejércitos de Bolívar y San Martín, imbuidos de una estrategia de lucha continental -aunque bastante distantes en sus perspectivas político-sociales- liberaron no sólo sus respectivas patrias, sino también Nueva Granada, Quito, Chile, Perú y el Alto Perú, para imponer en Ayacucho la capitulación definitiva de España, que culminó 15 años de intensa guerra.

Bolívar fue el mejor exponente del genio militar y político de la independencia, avalado por sus ideales de integración hispanoamericana y brillantes victorias de armas, y además resumió en la segunda etapa de la emancipación lo más avanzado del pensamiento criollo, que se vio radicalizado desde su desembarco en Venezuela en 1816. Portador de la iniciativa revolucionaria (abolición de la esclavitud y la servidumbre, eliminación de privilegios y gravámenes feudales, repartos agrarios, etc.) el ejército bolivariano, la única institución realmente organizada en el campo patriota, logró en forma temporal compensar tanto la extrema debilidad del componente burgués de la revolución como la derrota de los representantes más radicales del movimiento popular[4] o su aislamiento (caso del doctor Francia en Paraguay), aunque algunas de sus disposiciones sociales tuvieron más un carácter declarativo que práctico. Estos reveses fueron, sin embargo, las premisas que permitieron concretar un virtual bloque de clases anticolonial que en varios lugares -de manera paradigmática en Venezuela- amplió la base social de la lucha independentista tras un programa más acorde con las posibilidades históricas, aunque después de una recomposición hegemónica de la aristocracia criolla. A la formación de este amplio frente policlasista también contribuyó el terror contrarrevolucionario desatado por los realistas en las áreas reconquistadas, que afectó sin distinción de clases o raza a los diferentes estratos de la sociedad hispanoamericana y creó las condiciones para una mayor participación popular y la unidad patriota. En estas nuevas

4 Hidalgo y Morelos en México, Moreno y Artigas en el Río de la Plata y en menor medida Carrera y Rodríguez en Chile.

circunstancias, las guerrillas, que gozaban de un auténtico respaldo de masas, devinieron en importante auxiliar de los ejércitos libertadores, aunque castradas de cualquier posibilidad para edificar su propia alternativa de poder, como algunas lo habían intentado en la etapa anterior. Ese fue el restringido papel asignado a las "republiquetas" altoperuanas, las montoneras de Güemes o las guerrillas chilenas o peruanas, incapacitadas para superar el estricto control de la aristocracia criolla y radicalizar el programa emancipador. De ahí, por ejemplo, la orden dada por San Martín en julio de 1821 a las guerrillas peruanas, situados en los alrededores de Lima, para que "se abstengan de entrar en ella, y alterar el orden público" (Vergara Arias 1974, 88).

Pero las exitosas campañas de Bolívar y San Martín tuvieron otro efecto: atemorizar al ala conservadora de la aristocracia criolla, hasta entonces fiel aliada de España. El sensible cambio en la correlación de fuerzas, que desde principios de la década de 1820 -victorias de Maipú y Boyacá- se inclinaba ostensiblemente a favor de los libertadores, compulsó al sector criollo conservador a romper con la metrópoli y aceptar una independencia ya prácticamente inevitable. En México el movimiento revolucionario había retrocedido, después de la muerte de Hidalgo y Morelos, en sus perspectivas de transformación social, lo cual facilitó que en 1821 desembocara, por una vía casi pacífica y bajo la conducción aristocrática de Iturbide, en una independencia monárquico conservadora que incluyó a Centroamérica y que en un principio (Plan de Iguala) se planteó preservar el trono a la casa de los Borbones. También sin grandes traumatismos, y con la complicidad de los Braganza, se produjo la creación de una monarquía independiente en Brasil (septiembre de 1822). En Perú, México y Centroamérica la ruptura con la metrópoli fue precipitada por las peligrosas perspectivas que se abrieron para las élites criollas conservadoras con los triunfos liberales de la península ibérica y las disposiciones antifeudales y anticlericales que le siguieron tras el restablecimiento de la Constitución de 1812. No por gusto la *Gaceta de Lima*, en su edición del 28/07/1821, se vanagloriaba de que estas leyes ya no tendrían efecto en Perú: "¡Gracias a Dios que ya no pertenecemos a semejante Nación! La religión va a refugiarse en nuestros países. Esto sólo bastaría para justificar la independencia [...]" (Cotler 1982, 52). Además, las revoluciones de enero y agosto de 1820 en España y Portugal dividieron las fuerzas colonialistas (liberales y absolutistas) y abrieron una profunda crisis política en las metrópolis, que restringió sus capacidades para contrarrestar el movimiento independentista. Incluso el gobierno español llegó a dar instrucciones a los virreyes para negociar la paz y cierta autonomía con los patriotas, a cambio del reconocimiento de su soberanía en América. Ese fue el ambiente que rodeó, entre 1820 y 1821, las entrevistas del General Morillo con Bolívar, del Virrey del Perú con San Martín

y del General O'Donojú con Iturbide. En definitiva el oportuno giro aristocrático, principalmente en los reductos realistas de Perú, México y Centroamérica, le permitiría a la élite criolla llenar el vacío de poder creado con la retirada de España y evitar cualquier alteración del orden tradicional, aunque en el Virreinato de Lima esto no fue plenamente logrado por la presencia del ejército bolivariano.

La difícil coyuntura por la que atravesaba España, durante la segunda etapa de la emancipación, explica que de 1816 a 1826 disminuyera notablemente la llegada de nuevas tropas, sobre todo después que Riego sublevara en Cádiz (1820) a la ambiciosa expedición de reconquista que allí se preparaba. La última expedición española de cierta significación, antes que la sublevación de Riego cerrara definitivamente toda posibilidad de enviar nuevos ejércitos -en 1823, tras el restablecimiento del absolutismo de Fernando VII por los "cien mil hijos de San Luis" ya era demasiado tarde-, fue la despachada a Lima en mayo de 1819.

Imposibilitada España y Portugal de enviar refuerzos a América en los momentos decisivos, dividido el campo realista como consecuencia de las pugnas políticas metropolitanas, conseguido apoyo logístico externo -básicamente inglés- y resueltos los principales problemas internos que lastraban la lucha durante la primera etapa, los países latinoamericanos consiguieron uno tras otro asegurar su independencia en el lapso de 1821 a 1825.

Desde el mismo inicio del ciclo independentista de 1808 a 1826, Cuba fue objeto de reiterados intentos dirigidos a su emancipación de España. El ejemplo de la independencia de las colonias españolas de la masa continental creó durante la década del veinte, en determinados estratos de la población de la Isla, un ambiente favorable para las conspiraciones separatistas. Pero el incremento de los *complots* anticolonialistas en Cuba, que contaban con el respaldo del México de Guadalupe Victoria y la Colombia de Bolívar, debió desarrollarse a contrapelo de la aristocracia criolla, que había obtenido de España importantes reivindicaciones económicas -abolición del estanco (1817), libertad de comercio (1818), propiedad de las tierras mercedadas (1819), supresión del arancel restrictivo de 1821, creación de un puerto libre en La Habana, garantías para el mantenimiento de la esclavitud-, y del reforzamiento español en la Isla, convertida en el principal refugio de las tropas y familias realistas que se retiraban del resto del Continente. Así lo comprendió entonces el Padre Félix Varela cuando en 1824 escribió en *El Habanero*: "Es preciso no equivocarse. En la isla de Cuba no hay amor a España, ni a Colombia, ni a Méjico, ni a nadie más que a las cajas de azúcar y a los sacos de café" (Varela 1997, 154). Por eso los protagonistas de los movimientos separatistas de estos años en Cuba -las conspiraciones de los Soles y Rayos de Bolívar y la de la Legión del Águila

Negra- procedieron, por lo general, de sectores ajenos a los ricos plantadores esclavistas del occidente de la Isla, y estuvieron vinculados a personalidades latinoamericanas y muy en particular a los gobiernos de México y Colombia.

Pero el abandono por Colombia y México de sus proyectos independentistas para Cuba y Puerto Rico, debido a los cambios en la coyuntura internacional -fracaso de los planes de reconquista de España y la Santa Alianza- y las presiones norteamericanas en concordancia con su política de la "fruta madura", unido al *boom* de la plantación azucarera, las oportunas concesiones españolas a la aristocracia esclavista antillana y el temor a una repetición de lo ocurrido en Haití, entre otros factores, explican que las dos islas del Caribe siguieran siendo colonias después de conseguida y consolidada la emancipación en los restantes países de la América Latina.

Bibliografía

Acosta Saignes, Miguel. 1977. *Acción y utopía del hombre de las dificultades*. La Habana: Casa de las Américas.

Arango y Parreño, Francisco. 1952. *Obras* II. La Habana: Ministerio de Educación.

Chaunu, Pierre. 1981. *Interpretación de la independencia de América Latina. La independencia en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Cotler, Julio. 1982. *Clases, Estado y Nación en el Perú*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

Griffin, Charles Carrol. 1962. Caracas: Fundación John Bulton y Fundación Eugenio Mendoza.

Guerra y Sánchez, Ramiro. 1964. *Manual de Historia de Cuba (Económica, Social y Política)*. La Habana: Editora del Consejo Nacional de Universidades.

Guerra Vilaboy, Sergio. 1993. *El Dilema de la Independencia. Las luchas sociales en la emancipación latinoamericana (1790-1826)*. México, D.F.: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

—. 1999. *América Latina y la independencia de Cuba*. Caracas: Ediciones Ko'Eyu.

Halperin Donghi, Tulio. 1985. *Reforma y disolución de los imperios ibéricos. 1750-1850*. Madrid: Alianza Editorial.

Hamnett, Brian R. 1978. *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú. (Liberalismo, realeza y separatismo, 1800-1824)*. México, D.F.: FCE.

Izard, Miguel. 1979. *El miedo a la revolución. La lucha por la libertad en Venezuela*. Madrid: Tecnos.

Konetzke, Richard. 1971. *América Latina II. La época colonial*. México, D.F.: Siglo XXI.

Kossok, Manfred. 1989. *La Revolución en la historia de América Latina. Estudios comparativos*. La Habana: Ciencias Sociales.

Liévano Aguirre, Indalecio. 1979. *Bolívar*. Bogotá: La Oveja Negra.

Loyola Vega, Oscar. 1989. La Revolución "por los de casa" o la percepción política de un presbítero. En: *Revista Universidad de la Habana* (La Habana), 235.

Lucena Salmoral, Manuel. 1988. La independencia. En: *Historia de Iberoamérica* III. Madrid: Cátedra, 21–130.

Lynch, John. 1985. *Las revoluciones hispanoamericanas 1808–1826*. Barcelona: Ariel.

Mitre, Bartolomé. 1978. *Historia de Belgrano y de la independencia Argentina* IV. Buenos Aires: Universitaria.

Navarro y Rodrigo, Carlos. 1869. *Iturbide*. Madrid: Imprenta y Librería Universal.

Pérez Guzmán, Francisco. 1988. *Bolívar y la independencia de Cuba*. La Habana: Letras Cubanas.

Roel, Virgilio. 1971. *Los libertadores*. Lima: Gráfica Labor.

Torres Cuevas, Eduardo. 1994. De la Ilustración reformista al reformismo liberal. En: *Historia de Cuba. La Colonia. Evolución socio-económica y formación nacional. De los orígenes hasta 1867*. La Habana: Ed. Política.

Varela, Félix. 1997. *Obras* II. La Habana: Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz–Instituto de Historia de Cuba.

Vergara Arias, Gustavo. 1974. *Montoneras y guerrillas. En la etapa de la emancipación del Perú*. Lima: Imprenta y Litografía Salesiana.

La crisis de la sociedad colonial en el Imperio Español a fines del siglo XVIII/principios del siglo XIX y las diferentes respuestas en el continente americano y en Cuba

Hans-Joachim König

En este simposio celebramos el centenario de la Independencia de Cuba. Me parece lógico que nosotros los historiadores nos preguntemos por qué en Cuba no se celebran los 170 o 180 años de independencia como en otras partes de América Latina. En otras palabras, nos preguntamos por qué Cuba como única colonia permaneció al margen de los movimientos independentistas, y junto con Puerto Rico, se quedó durante muchas décadas como parte integrante del Imperio Español, mientras que las otras colonias se separaron de la madre patria y alcanzaron la soberanía estatal. El objeto de mi ponencia es analizar las circunstancias y los motivos de ese comportamiento, de esa separación tardía. Para poder comprender lo específico de Cuba voy a esbozar la situación general tanto en España como en el imperio colonial, es decir, las circunstancias que estimularon y posibilitaron el proceso de separación. Después voy a considerar la situación especial de Cuba a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX hasta el año 1837, el año de la expulsión de los representantes cubanos de las Cortes, la primera cesura en el nuevo modelo colonial. Quiero comprender las diferentes respuestas con respecto a la crisis de las sociedades coloniales del imperio hispánico.

Parto de la proposición básica de que esa crisis es función de procesos sociohistóricos específicos que se expresan tanto en la evolución del nexo colonial como en el desarrollo mundial, en el proceso de modernización. Este nexo colonial significó no sólo el contenido de dominación sino también un complejo de relaciones conformantes internas y externas, es decir, que surgían tanto de los intereses coloniales de la sociedad metropolitana como de los propios intereses de las sociedades (latino)americanas. Era una realidad que se transformó en función tanto de las determinaciones surgidas en la metrópoli como de las surgidas en las sociedades coloniales.

De acuerdo con estos criterios, es posible afirmar que en la segunda mitad del siglo XVIII se produce en América una crisis estructural de las sociedades coloniales.

1. La preparación de la crisis: la política *mercantil* de los Borbones en las colonias – reacciones de los criollos españoles

La sociedad colonial se caracterizaba por diferencias socio-económicas y étnicas. A menudo esto suscitaba protestas de los indígenas y sublevaciones de los esclavos sin que se hubieran logrado mejoras o cambios en las relaciones entre la madre patria y las colonias. Éstos recién ocurrieron cuando la parte americana de la clase alta colonial empezó a protestar, es decir, que se sintió afectada. Los desencadenantes de estas protestas fueron las llamadas reformas borbónicas. ¿De qué se trataba?

Luego de la decadencia política y económica del Imperio Español bajo Carlos II, el último Habsburgo, la nueva dinastía de los Borbones, que empezó con Felipe V (1701–1746), siguiendo con Fernando VI (1746–1759) y principalmente bajo el absolutismo ilustrado de Carlos III (1759–1788), llevó a cabo un extenso programa de reformas, que tenía como metas transformar política, económica y culturalmente a España, y restablecer su hegemonía en Europa, así como defender en América su importancia como primera potencia. Según la concepción de los pensadores y estadistas españoles del siglo XVIII, el fortalecimiento de España iba a lograrse ante todo mediante la reactivación económica, que se aseguraría con una administración estatal más efectiva.

Los esfuerzos de los Borbones por restablecer la posición de España en Europa no sólo se referían a la madre patria, sino que incluían los territorios americanos asignándoles un papel especial, pues los ingresos de España debían incrementarse por medio de la explotación económica más intensa y efectiva de América (*Campillo y Cossio*, Artola 1952). Esta idea significaba, en concreto, que las posesiones de ultramar adquirirían el verdadero sentido de "colonias", es decir: abastecedoras de materias primas agrícolas y mineras y compradoras de productos manufacturados en España. De esta manera, no sólo no iban a poder competir con la economía española, especialmente con su industria, sino que se harían más dependientes de ella. Para el funcionamiento del principio neomercantilista se requería una serie de modificaciones políticas y económicas: las reformas administrativas y comerciales emprendidas luego de un minucioso examen previo de las condiciones en el mismo lugar (las visitas generales), el mejoramiento de las comunicaciones, la organización del sistema de intendencias para robustecer la administración financiera y la recaudación de impuestos, la creación de lucrativos monopolios fiscales del Estado y el permiso para el libre comercio entre las fronteras del Imperio Español. En suma, se trataba de un restablecimiento y una ampliación de la autoridad real y de un mayor control sobre el extenso territorio colonial y sobre las instituciones coloniales mismas.

Los españoles empezaron a poner en práctica estos conceptos sobre todo después de la derrota de España en la Guerra de los Siete Años (1755–1763), cuando la ocupación de La Habana por los ingleses en 1762 había demostrado cuán amenazadas estaban las partes ultramarinas del imperio.

La nueva organización territorial de los reinos en América –creación de nuevos virreinos, de nuevas audiencias, creación de la nueva capitanía general de Cuba en 1764– demuestra muy claramente los esfuerzos de estructurar el territorio más eficazmente mediante la presencia de la autoridad real y defenderlo militarmente contra los ataques del rival inglés. La restauración de unas fortificaciones importantes en el Caribe y la creación de milicias permanentes, reclutadas de americanos, servían para mejorar la defensa del imperio en esta región. Otras medidas se referían a la abolición progresiva del monopolio comercial, entre 1765 y 1778, y al relajamiento de las restricciones al tráfico comercial entre las colonias. En 1765 se abrió el comercio de puertos de España con puertos españoles en el Caribe, lo cual se extendió en 1768 a Luisiana, en 1770 a Campeche y Yucatán, en 1776–1777 a Santa Marta y Río de La Hacha, en la Nueva Granada. En 1774 fueron abolidas las restricciones que pesaban sobre el comercio colonial entre la Nueva España, Perú, Guatemala y la Nueva Granada. En 1778, con el famoso *Reglamento para el Comercio Libre* se expandió el comercio entre España y América a todos los territorios españoles, con excepción de Veracruz y La Guaira (Venezuela), los cuales serían favorecidos en 1789.

Con tales medidas encaminadas al logro de la unificación y del control de la organización interna del Imperio Español, que culminaron con la introducción del sistema intendencial[1] no se pretendía únicamente impulsar la formación de un espacio económico amplio y productivo, sino también fundir las partes del Imperio Español en una nación, en un *solo cuerpo de nación.* Los resultados de esta política no respondieron a las expectativas: como es sabido, los criollos no desarrollaron ningún sentimiento de lealtad y de identidad con respecto al Estado español.

La política reformista borbónica, a raíz de la cual las provincias americanas fueron consideradas y tratadas como colonias dependientes en forma más manifiesta que antes, hacía cada vez más difícil a los españoles americanos, llamados criollos y pertenecientes a la clase social y económicamente alta, identificarse con la madre patria España y continuar siendo leales al Estado español. No sólo la explotación más intensa de los recursos económicos de América para beneficio de España, las nuevas medidas fiscales y una

1 1765 en Cuba; 1783 en el virreinato del Río de la Plata; 1784 en el virreinato del Perú; 1786 en el virreinato de Nueva España.

contribución tributaria más efectiva, sino ante todo la nueva forma de nombrar preferentemente españoles de Europa para altos cargos y no tener en cuenta a españoles americanos, como todavía había sido el caso en la primera mitad del siglo XVIII, provocó entre éstos crecientes discusiones sobre la legitimación del gobierno español. Esta desventaja en la ocupación de altos cargos, considerada una discriminación por parte de los americanos, restringidos principalmente a los cargos políticos a nivel de los cabildos, condujo, por un lado, a un distanciamiento y una rivalidad entre los españoles-europeos y los españoles-americanos, como lo constataron numerosos científicos europeos, por ejemplo, los exploradores españoles Jorge Juan y Antonio Ulloa alrededor de la mitad del siglo XVIII y Alexander von Humboldt a comienzos del siglo XIX, y fomentó, por el otro, un compromiso cada vez mayor con la propia región, es decir, América.

Existen numerosos documentos sobre la forma en que los españoles-americanos sentían la supuesta discriminación[2]. En general, el tenor fundamental es el siguiente: los criollos basaban su argumentación en la igualdad de derechos entre ellos y los españoles europeos por tener un mismo rey, es decir que también los americanos tenían derecho a participar en el poder político y ser tenidos en cuenta en la repartición de cargos. Al mismo tiempo, los criollos reducían la validez del principio de igualdad con respecto a los españoles; resaltaban por el contrario, la superioridad de los "nacionales de esta América" subrayando al mismo tiempo la incapacidad de los españoles europeos para llevar a cabo en América una política conforme a las necesidades de los americanos.

En principio, esta argumentación de los criollos se basó en el convencimiento de una divergencia insuperable de intereses entre los españoles americanos y españoles europeos. En última instancia esto significó, por un lado, que los americanos ya no eran solamente españoles (por lo menos no en el sentido del estado único borbónico) y por otro, los españoles-europeos eran extranjeros en América, no tenían, por lo tanto, ninguna relación personal y profunda con ella y al gobernar no tenían en cuenta sus intereses. El argumento sobre la divergencia de intereses así como la falta de apego de los españoles a la tierra americana continuó siendo una constante en las quejas criollas sobre la discriminación política y, en la fase más candente de la separación de la madre patria, encontró defensores vehementes, que consideraron este *estatus* inferior como *estatus* colonial.

Es lógico que el énfasis en la otredad implica también el énfasis en lo propio, de modo que las demandas políticas y sus fundamentos, sin duda alguna, reflejan

2 Véanse Miranda 1952; Brading 1973; Cárdenas Acosta 1960; Phelan 1978; König 1994 (y 1988).

la conciencia madura de una identidad americana; una identidad que a largo plazo sólo podía satisfacerse con la autodeterminación política en un territorio propio. En cuanto a la salvaguardia de los intereses americanos, los criollos, siendo hijos del país, se sentían superiores a los españoles y de allí derivaban su exigencia de autodeterminación para América. Sin embargo, el criterio de ser americano sólo alcanzó una dimensión continental en este frente común contra España porque en general, América no era vista como una unidad estatal-política o cultural dada. Es verdad que, en oposición a los españoles-europeos, los criollos se consideraban americanos, pero también se consideraban habitantes de una patria propiamente dicha. Aunque siempre se habló de América y de los americanos como una delimitación general frente a España y los españoles, y aunque se tuvo conciencia de intereses comunes americanos, la identificación siempre se refería a un territorio conocido, la mayoría de las veces a las respectivas audiencias. Justamente dentro de las fronteras de las audiencias, la élite de los criollos había desarrollado una conciencia de su particularidad regional y de la pertenencia a su región y su sociedad. De esta manera, el frente se produjo en dos niveles: por un lado contra la madre patria y por el otro, contra las otras regiones.

Un importante impacto en el desarrollo de una conciencia americana también lo tuvieron las ideas de la Ilustración europea con su fe en la razón y su confianza optimista en las ciencias, sobre todo en las naturales y experimentales, como factor del progreso humano (Whitaker 1968; Aldridge 1971). Esta reforma cultural se convirtió en un importante elemento de todo el programa reformista de los Borbones. Las nuevas ciencias puestas al servicio de la exploración de las riquezas naturales de España y sus colonias parecieron ser el instrumento adecuado para restablecer la supremacía económica y política de España (Palacio Atard 1964).

Para hacer un inventario de las riquezas de América, la corona española organizó numerosas expediciones: en 1777, una expedición botánica partió al Perú y Chile, con los botánicos Hipólito Ruiz, José Pavón y el francés J. Dombey (1777-1788); a partir de 1783, una expedición botánica de la Corona, bajo la conducción del científico español José Celestino Mutis, investigó la flora y la fauna del Virreinato de Nueva Granada. Una expedición botánica bajo el mando de Martín de Sesse permaneció 14 años en Nueva España (1788-1802). En la expedición dirigida por el italiano A. Malaspina, que abarcó regiones en América y Circum-Pacífico (1789-1794), participaron numerosos científicos y naturalistas españoles (Pérez Arbelaez 1954; Instituto de Cooperación Iberoamericana 1982). En la minería, los hermanos Fausto y Juan José D'Elhuyar, que habían perfeccionado sus conocimientos en las ciencias naturales con expertos europeos, llevaron a cabo expediciones en México, el Perú y Nueva Granada, para volver

a impulsar la explotación de metales preciosos (Whitaker 1951). El viaje del barón Alejandro de Humboldt durante los años 1799–1804 pertenece también al mencionado tipo de expediciones de inventario.

Es importante destacar que en estas expediciones también participaron criollos como investigadores, dibujantes o pintores, que adquirieron así conocimientos sobre sus países y descubrieron las riquezas y las posibilidades que ofrecían sus propios territorios. Muchas veces se convirtieron en multiplicadores de las nuevas ciencias y las nuevas ideologías y en sus propios estudios pasaban *a sus compatriotas* sus conocimientos sobre las condiciones y posibilidades de desarrollo de las distintas regiones americanas. Los medios e instrumentos de esta difusión y formación de opiniones fueron los círculos literarios (que se habían formado siguiendo el ejemplo de Francia y España) o las llamadas *Sociedades Económicas de Amigos del País*, sociedades patrióticas o sociedades de patriotas para el fomento de la economía. Estas sociedades que se fundaron en el Imperio Español entre 1781 y 1819[3], se dedicaban a la literatura, cuestiones científicas, nuevas técnicas, etc. pero también a cuestiones de acontecimientos actuales (Sarrailh 1964; Shafer 1958). Sin la ayuda de los diarios, que justamente habían sido fundados en la época en que se propagó la modernización y que muchas veces fueron editados por las Sociedades Económicas[4], estas tertulias o sociedades no habrían sido más que clubes esotéricos y los resultados de las reuniones no habrían tenido mayores efectos. Los diarios crearon las condiciones necesarias y participaron en la divulgación de las ideas de la época de la Ilustración. Al mismo tiempo despertaron y fortalecieron el patriotismo y fomentaron, en general, un optimismo nacional, importante para el proceso de emancipación.

El inventario hecho por España, que, a decir verdad, debía impulsar un mayor desarrollo económico de las colonias, puede ser considerado el punto de partida de la separación de la madre patria. En la medida en que los criollos se daban cuenta de las posibilidades y riquezas de sus respectivas regiones, rechazaron cada vez más el concepto de que había que impulsar el desarrollo económico de las colonias para bien de España. Por lo tanto, el proceso de desarrollo planeado por España fue aplicado al propio país, que en forma creciente se convertía en el centro de las consideraciones económicas y políticas, así como de las ocupaciones literarias.

---

3 Existía una en Guatemala 1794–1800; en la Habana 1792–1823, en Santiago de Chile, en Quito, en Lima y Mompos en Nueva Granada; 1789 Sociedad de Amantes del País en Lima.

4 Papel Periódico de la Habana 1791; El Mercurio Peruano en Lima, 1791–1795; Primacías de la Cultura de Quito; El Telégrafo Mercantil en Buenos Aires; Diario de México 1805–1817.

Paralelamente a la orientación geográfica y al inventario de los recursos naturales, y en estrecha interrelación con ellos, se llevó a cabo un examen de las posibilidades económicas y la estructura básica de cada región. Desde la recepción de las ciencias útiles propagadas por las ideas de la época de la Ilustración, los funcionarios administrativos españoles pero también criollos empezaron a analizar críticamente la situación económica de las distintas grandes regiones y proponer mejoras en estudios más o menos voluminosos (cf. Chiaramonte 1979, 51).

Los estudios económicos eran más que una simple descripción de los recursos naturales y de las ventajas geográficas y climáticas, en tanto que mostraban las condiciones políticas, o bien también económico-políticas, en cuyo marco se podía efectuar el desarrollo económico o, por lo menos, ya no sería obstaculizado. Para este proceso de desarrollo fue necesario crear condiciones más favorables que en el pasado. Por eso, los economistas americanos mostraban la discrepancia entre la situación económica existente y el desarrollo económico de sus regiones que se podía esperar, según su opinión, de una explotación más efectiva de los recursos naturales y del empleo oportuno de las técnicas modernas. Para ellos, la economía del país aparecía como atrasada, poco desarrollada y descuidada, y desde los días de la Conquista no se habían obtenido progresos dignos de mención. En un análisis optimista de las posibilidades de desarrollo, los críticos economistas hasta consideraban a las distintas regiones como el centro del Nuevo Mundo.

Las propuestas para su mejoramiento abarcaban todas las áreas de la vida económica. Además del comercio interno, el interés se centraba en el comercio externo, un comercio sin restricciones, que realmente mereciera el nombre de "comercio libre", que era considerado la base para la riqueza y el bienestar, el motor del comercio y de la agricultura. La agricultura, con sus productos para la exportación, desempeñaba un rol importante, de acuerdo a las ideas fisiocráticas existentes en aquella época. El análisis de la situación económica de las colonias americanas, por un lado, y por el otro el conocimiento creciente de las reflexiones teóricas acerca del desarrollo y los progresos técnicos en otros países europeos, especialmente Inglaterra, es decir, del sistema del capitalismo mundial, topó inevitablemente con los límites impuestos al desarrollo por el sistema económico español. Esto debió producir entre los mismos economistas y entre sus lectores una actitud de resistencia frente a España, como la causante de tales limitaciones, y al mismo tiempo conducir a una creciente identificación con el propio país, que a diferencia de España fue considerado capaz de desarrollarse.

Las propuestas para intensificar la agricultura, comercio e industrias muestran como los economistas comprendían sus respectivas regiones, gracias a sus particularidades y diversidades económicas, como unidades capaces de subsistir. Estas propuestas siempre contenían ciertas ideas sobre la autonomía del propio país, sobre la participación en las decisiones económicas y políticas, es decir, que los economistas no sólo levantaban un frente contra España sino, al mismo tiempo, contra las demás regiones americanas. Así, estas regiones que se habían conformado sobre la base de las viejas audiencias en cuanto a cuestiones administrativas, económicas, financieras y jurídicas, recibieron además nuevos contornos. Pero sólo cuando se produjo una situación favorable, las exigencias de los criollos, presentadas desde tiempo atrás, tuvieron perspectivas de éxito.

2. El planteamiento de la crisis: el debilitamiento de la madre patria España

En la primera década del siglo XIX se modificaron las condiciones externas en favor de las demandas políticas de los criollos. Con el ocaso del poder español, la decadencia de la dinastía borbónica, la abdicación del legítimo Rey español y de su sucesor, forzadas por Napoleón, así como la proclamación de José Bonaparte como Rey español, se creó un vacío de poder en la América española que los criollos aprovecharon para fortalecer su posición ante España y sus autoridades coloniales.

Como España estaba involucrada en la guerra contra Inglaterra, mediante una alianza con Francia, a través del Tratado de Ildefonso en 1796, se interrumpieron a menudo las relaciones comerciales con sus colonias. Por ello, España no pudo garantizar un aprovisionamiento suficiente de bienes europeos, así como tampoco fomentar la venta de productos agrarios latinoamericanos, que numerosos economistas consideraron un mercado especialmente provechoso para las colonias.

Con la destrucción de la flota española en la batalla marítima de Trafalgar en 1805, la función española de proteger militarmente a América resultó afectada notoriamente. A la decadencia del poder militar de España se añadió la situación precaria de la dinastía borbónica. Desde 1788, la Corona Española estaba en manos de Carlos IV quien por su avanzada edad se mostraba cada vez más incapaz. Los conflictos internos entre Carlos IV y su hijo Fernando VII en marzo de 1808, en cuyo transcurso Carlos IV tuvo que abdicar en favor de su hijo, sirvieron de pretexto a Napoleón no sólo para ocupar a Portugal sino también para inmiscuirse en la situación española. Madrid, y pronto toda España, fueron ocupados por tropas francesas. En el encuentro realizado en Bayona, del 20 de abril hasta el 5 de mayo de 1808, Napoleón obligó a Fernando VII, en quien el pueblo español abrigaba grandes esperanzas de una renovación general, a

devolver la Corona a su padre, quien a su vez dimitió a favor de Napoleón. Mientras este último designaba a su hermano como "Rey de España e Indias", los Borbones españoles eran detenidos en Francia. Sin embargo, los españoles no aceptaron la nueva dinastía napoleónica. El 2 de mayo de 1808 ya había estallado en Madrid un levantamiento popular que abarcó rápidamente amplias regiones de España. Se convirtió en una resistencia militar y política general en toda la nación que perduró varios años en contra de la ocupación francesa. Esta resistencia fue organizada primero por las juntas autónomas regionales; después, el 20/02/1808, con la Junta Central Suprema y desde principios de 1810 con su institución sucesora, el Consejo de Regencia, se crearon gobiernos provisionales con la intención de establecer un gobierno central en nombre de Fernando VII (Anna 1983; Guerra 1992; Lynch 1994).

En vista de la crisis de la monarquía española y los sucesos militares y políticos en Europa, que no le permitían a España una intervención activa en sus colonias, la población americana, es decir, los criollos vieron la posibilidad -y en cierto sentido, también la obligación- de decidir su futuro. Esto era muy importante, porque las viejas autoridades coloniales que seguían intactas estaban dispuestas a reconocer la nueva dinastía napoleónica, mientras que los criollos querían seguir fieles a los Borbones y especialmente a Fernando VII. En esta situación los criollos cobraron ánimos para mejorar su posición frente a la vieja burocracia colonial. En muchos lugares, sobre todo en las ciudades capitales, que eran las cabezas de sus reinos o provincias, por iniciativa de los cabildos se formaron Juntas con el fin de reasumir cierta autonomía política -por el momento todavía dentro del Imperio Español. La Junta Central y el Consejo de Regencia creyeron brindarles una ayuda positiva en la decisión de las colonias, cuando en varias proclamaciones y decretos, como el del 22/01/1809 o el del 24/02/1810, invitaron a las regiones de ultramar a enviar delegados ante la Junta Central y a participar en las Cortes convocadas. Con ello reconocían el principio representativo reclamado también por las colonias y les otorgaban un nuevo *estatus* libre; declararon nulo el anterior *estatus* colonial, es decir, que concedían autonomía a las regiones americanas.

Con todo, en vez de fortalecer el lazo entre ambos hemisferios, entre los españoles de Europa y los de América, estos ofrecimientos de igualdad fueron contraproducentes y brindaron a los criollos argumentos adicionales para reemplazar a las autoridades coloniales españolas por gobiernos propios y para exigir una autonomía cada vez mayor. Los ofrecimientos españoles significaron la confirmación de la crítica al sistema colonial español expuesta anteriormente y representaron, al mismo tiempo, el criterio respecto a la futura realización de la nueva política española. Timothy E. Anna (1982) ha llamado la atención sobre

el hecho de que las propuestas de reforma de la Junta Central, de la Regencia y, luego de 1810, de las Cortes de Cádiz también, no representaban un medio eficaz para prevenir los intentos separatistas hispanoamericanos. Igualmente el autor mencionado hace referencia a cuán difícil resultaba para España cumplir la tan requerida igualdad en el ámbito político y, ante todo, en las esferas económicas.

El vacío de poder en la América española desde 1808, el ejemplo de las Juntas Autónomas en España y la nueva política de los gobiernos interinos españoles que enfatizaba la igualdad, fueron, sin duda, factores que influyeron para que los criollos presentaran sus demandas políticas a partir de 1808. Sin embargo, no fueron estos sucesos los que provocaron dichas reclamaciones. Fueron, más bien, el claro resultado de un proceso de creciente desunión frente al gobierno colonial español motivado por la discriminación política y económica y por la divergencia de intereses. Fue simultáneamente un proceso de identificación con las propias regiones conocidas. El patriotismo criollo se transformó en movimientos nacionales. Los participantes en ellos no estaban conformes con el sistema de dominación existente, porque ellos no participaban en el mismo, ni en la política, ni en la economía.

En la mayoría de las colonias hispanoamericanas comenzaron ahora las guerras de independencia; tuvo lugar un proceso de liberación que de ninguna manera se desarrolló en línea recta (Lynch 1976). Con mayor o menor éxito, los distintos círculos patrióticos se esforzaron por obtener una base más amplia para el movimiento nacional y convencer a los criollos aún leales a la Corona de la legitimidad de los movimientos separatistas. Apelaron a un nacionalismo anticolonial, que en primer lugar aspiraba a la transformación política del *estatus* colonial y a la obtención de la libertad exterior. Entre los objetivos y las promesas programáticos figuraban la reforma del sistema político, un mayor derecho a intervención y autodeterminación para beneficio del propio país, libertad e igualdad y el desarrollo económico. En numerosas publicaciones, documentos oficiales, poemas, cantos patrióticos -muchas veces publicados en los diarios oficiales de los gobiernos- las clases dirigentes políticas definían a los nuevos Estados como repúblicas de ciudadanos libres con igualdad de derechos (cf. Romero/Romero 1977, 23-24).

La movilización no fue uniforme. Después de las declaraciones de independencia, después de los primeros éxitos obtenidos por los patriotas, los partidarios de España lograron imponerse en algunos casos (México, Nueva Granada, Venezuela, el Perú) y sobre todo después de 1814, es decir, con el regreso de Fernando VII al trono español, lograron apoderarse de nuevo de América. Justamente la violencia y el castigo riguroso ejercidos por España para con los patriotas fomentaron los movimientos separatistas dentro de los círculos

criollos. Alrededor de 1825, todas las regiones hispano-americanas se habían liberado de la dominación española, habían roto el nexo colonial; sólo Cuba y Puerto Rico seguían siendo españolas.

3. La siempre fiel isla de Cuba

El desarrollo en Cuba fue en cierta medida análogo al de tierra firme, pero simultáneamente difirió mucho. A finales del siglo XVIII y a principios del siglo XIX, el movimiento independentista se desencadenó también en Cuba (Morales y Morales 1931; Navarro García 1992), aunque con una dinámica muy diferente.

También en Cuba se habían llevado a cabo las Reformas Borbónicas. En cierto sentido la isla fue algo como un campo de experimentación: aquí se introdujo el sistema de los intendentes, aquí se establecieron las milicias permanentes con oficiales criollos de las grandes familias de los terratenientes ricos y de mucha influencia, un sistema que funcionaba muy bien y llevaba, como ha mostrado Allan Kuethe, a un equilibrio entre la Corona, las autoridades coloniales y los militares (Kuethe 1986). También en Cuba entró la Ilustración. El centro de la Ilustración y de las actividades impulsadas por ella, a saber, de las ciencias útiles y del inventario, llegó a ser la *Real Sociedad Patriótica de la Habana*, fundada en 1792 (Misas Jiménez 1994; Álvarez Cuartero 1994). Su vocero principal fue Francisco Arango y Parreño, quien llamaba la atención sobre los problemas, obstáculos y posibilidades del desarrollo de Cuba, mediante gran cantidad de memorias y representaciones, no silenciando ni las diferencias entre peninsulares y criollos ni la desigualdad política (Arango y Parreño 1952).

¿En qué consistían entonces las diferencias con relación a la Tierra Firme? También para Cuba el siglo XIX llevó consigo una crisis de las estructuras sociales que surgieron de unos cambios muy importantes. Estos cambios empezaron ya en las postrimerías del siglo XVIII. En estos años las fuerzas del mercado transformaron el azúcar en el factor dominante de las actividades económicas en la isla, una transformación que afectó y modificó tanto las relaciones entre la metrópolis y la colonia como las relaciones dentro de la sociedad colonial, es decir, entre blancos y negros, entre los mismos blancos, es decir, entre Criollos y los peninsulares (Moreno Fraginals 1978).

La rebelión de los esclavos de 1791 en Saint Domingue (Haití) puso en movimiento fuerzas del cambio que tuvieron su repercusión en Cuba. Dentro del lapso de una década la producción de la colonia francesa se derrumbó, eliminando así uno de los más importantes proveedores de azúcar, café y cacao. Precisamente con este colapso de St. Domingue se presentaron oportunidades inesperadas pero agradables para los productores en Cuba. El descenso de la producción en St. Domingue significó un *boom* para los azucareros, los

productores de azúcar en Cuba. Las plantaciones de caña habían formado parte de la economía cubana desde el siglo XVI; sin embargo, el período de su mayor importancia no llegó hasta después de la liquidación de la industria azucarera en Saint Domingue, Haití, durante la sublevación de los esclavos y las guerras sucesivas. Además unos 30.000 colonos procedentes de las Antillas, asoladas por la revolución, se refugiaron en Cuba entre 1790 y 1808; aportaron capital, conocimientos y mano de obra a Cuba. En las postrimerías del siglo XVIII, las plantaciones se extendieron desde los alrededores de La Habana al interior y en dirección a Matanzas. Otros centros azucareros se constituyeron en los puertos sureños en los alrededores de Trinidad y Santiago. El número de ingenios en Cuba aumentó de unos 529 en 1792 a unos 1.000 en 1827, y a 1.439 en 1846. La producción creció de unas 19.000 toneladas a 73.000 en 1829, a 144.000 toneladas en 1846.

Ese desarrollo a su vez provocó otros cambios que afectaron a las relaciones arriba mencionadas, porque la expansión de la producción azucarera requería un aumento dramático de la mano de obra, es decir, de los esclavos africanos. Pero a pesar de que la esclavitud se había introducido en Cuba muy temprano en el siglo XVI y se había extendido desde entonces, antes del final del siglo XVIII el trabajo de los negros no había significado el elemento central de la producción. Se usaban los esclavos principalmente en servicios domésticos y urbanos y no en la agricultura. Tampoco los liberados entre la gente de color ascendieron a un número importante. Según los datos del censo de 1792 existían en Cuba alrededor de 85.000 esclavos africanos y 54.000 personas libres de color. En 1810 este número casi se había duplicado: vivían 217.000 esclavos y 109.000 liberados; y en 1847 estas cifras se habían duplicado otra vez: 437.000 esclavos y 153.000 liberados. Es cierto que el número de los blancos también aumentó, pero disproporcionalmente en comparación con la gente de color: en el año 1841 los blancos eran una minoría: 418.000 y sólo en 1861 recuperaron el *estatus* de mayoría.

En estos años -y precisamente después de la ocupación por los ingleses en 1762/63- La Habana empezó a transformarse en una ciudad y puerto importante. Los habitantes de La Habana aumentaron de 51.000 en 1792 a un número de 84.000 en 1817; a 238.000 en 1827 y a 388.000 en 1841, es decir, entre 1791 y 1841 los habitantes de la capital crecieron de un 20 por ciento a un 40 por ciento de la población total de la isla. Sólo entre 1797 y 1801 acudieron al puerto de La Habana 4.148 navíos, de los que 2.113 eran norteamericanos. El puerto de Habana ganó mas y más importancia a medida que el comercio (mercado) con Inglaterra y España, pero también con los Estados Unidos, iba extendiéndose -de un total de $ 18 millones en 1792 a $ 32 millones en 1827, y $ 51 millones en

1842; casi la mitad de la producción de azúcar se exportaba a los Estados Unidos.

En lo que toca al problema de la estructura de la población isleña, el papel decisivo lo desempeñó el desarrollo económico. Con el auge de la economía de plantaciones de caña y de ingenios, entre los tres grupos grandes de la sociedad cubana -los peninsulares, los criollos y la gente de color- los miembros de la última capa, ante todo los esclavos de los cañaverales, ganaron cada vez más importancia. El porcentaje de este grupo en la población de la colonia creció rápidamente a pesar del esfuerzo del Gobierno español por frenar los motivos políticos de este proceso (Murray 1980; Corwin 1967). Los esclavos fueron la fuente de riqueza de los terratenientes. Desde 1780 la isla disfrutaba de un permiso para la libre importación de esclavos y desde 1790 entraron unos 7.500 por año. A petición de la oligarquía criolla no se aplicaron los diferentes reglamentos españoles respecto al trato y a la esclavitud (Lucena Salmoral 1996; Zeuske/Zeuske 1998). Los productores de azúcar, en las postrimerías del siglo XVIII, empezaron a organizarse y a presentar ante la administración colonial y el Gobierno madrileño sus primeras propuestas y exigencias en la esfera económica y política. Desde 1790 se aplicó a Cuba la licencia para el comercio de neutrales, sobre todo de buques norteamericanos; y en 1795, por iniciativa de Arango se instaló el *Real Consulado de Agricultura y Comercio de la Habana*, que sirvió para discutir y proponer medidas adecuadas para el mejoramiento de la economía y del comercio.

Pero este crecimiento demográfico y económico, ¿por qué y en que sentido significó una crisis para la sociedad cubana? Un factor muy importante para comprender la respuesta de los cubanos, o mejor dicho, del grupo económicamente dominante de los cubanos, respecto a esta nueva situación, es el hecho de que esta prosperidad creciente llegó a Cuba en una situación de rebelión política y protestas sociales en el Nuevo Mundo. Precisamente esta coincidencia repercutió sobre el rumbo del futuro desarrollo político y social en Cuba.

Los productores de azúcar, la llamada *sacarocracia*, se dieron cuenta exacta de las consecuencias y de los efectos de los procesos en el Caribe y el continente. Estos procesos de rebelión y protestas tenían lugar en un tiempo inadecuado e inducían a los azucareros a tomar decisiones que en otra oportunidad no habrían tomado: las implicaciones de rebeliones de los esclavos eran evidentes. Las respectivas rebeliones evidenciaron la fragilidad de las fuerzas sociales, políticas y militares que eran necesarias para mantener la esclavitud. La demanda de los azucareros cubanos para obtener más y más esclavos necesarios para el aumento de la producción azucarera coincidía con la disminución del trato legal y ocurrió

en una época cuando la institución de la esclavitud era discutida desde abajo en la isla misma, y desde arriba, por unas potencias políticas como Inglaterra y otros Estados europeos. La expansión del sistema de la esclavitud en Cuba sucedió cuando el movimiento abolicionista creció en Europa.

Así, cuando las otras colonias se separaron de la Madre Patria, Cuba, la oligarquía azucarera, prefirió seguir con su *estatus* colonial. Tal vez no era la opción preferida, pero las élites cubanas no tenían alternativa. A principios del siglo XIX muchos cubanos no veían una alternativa agradable o razonable a la dominación de España. La demanda de los azucareros de obtener suficiente mano de obra era excedida sólo por la necesidad de defender el sistema de la esclavitud y de la necesidad de defenderse en contra de los esclavos. Sólo España podía garantizar estas tres demandas, así que los criollos dependían de la metrópoli. Quedarse con la Madre Patria parecía garantizar estabilidad política, orden social y prosperidad económica, y al mismo tiempo defender privilegios locales en las relaciones de propiedad. La presencia militar-política de España servía para mantener la jerárquica estructura colonial en Cuba.

Así mientras que en Tierra Firme se rompió el nexo colonial porque se diferenciaban los intereses de la Metrópoli y de los criollos, en Cuba se reforzaba el nexo colonial. Esta estabilización no significó que las élites estuvieran totalmente contentas con su *estatus* colonial. Cuando en el mes de julio de 1808 llegó a Cuba la noticia de que José Bonaparte había sido proclamado Rey de España empezó a circular una petición redactada por Arango de crear una Junta Suprema Provincial (cf. Morales y Morales 1931, 22ss.). Como Arango no alcanzó a conseguir suficientes firmas porque precisamente los oficiales de las milicias se negaron a firmar, tuvo que retirar su petición. Otros movimientos independentistas no tenían la suficiente fuerza como para poder competir con el proyecto de los azucareros[5]. Buscaron acuerdos y arreglos que les garantizaban el control de la producción, la preservación de la propiedad de tierras y, al mismo tiempo, otorgaban la participación en la política por lo menos a nivel local, mientras que ellos podían aprovechar la política estabilizadora del poder de España.

El centro organizativo de este grupo fue la Real Sociedad Patriótica de La Habana. Jugaron un papel importante para estabilizar o debilitar el nexo colonial los factores de las esferas política y económica, como se puede estudiar en los primeros decenios del siglo XIX. Uno de los objetos más vigilados por el grupo de Arango y Parreño fue la solución de los problemas del comercio exterior de la colonia y la liquidación del monopolio mercantil de las casas de la metrópoli.

---

5 Cf. Opatrný 1986; Kuethe 1986; Navarro García 1992.

Precisamente el desengaño de los criollos en este campo condujo a Arango y Parreño a la convicción de la necesidad de asegurarle a Cuba la autonomía y el propio gobierno insular para velar por los intereses de los habaneros. El político criollo preparó algunos materiales en los cuales propuso no sólo la participación de los diputados de la Isla en las Cortes españolas, sino también en el Consejo Provincial, institución que controlaba todas las actividades de la administración colonial. Una mitad de los representantes, elegidos según el modelo de las elecciones de las Cortes, estaría formada por los delegados de La Habana. Una de las primeras tareas de este nuevo organismo sería la reforma de finanzas y del comercio exterior. Para decirlo de otra manera, Arango y Parreño y sus partidarios pedían la participación en el poder político para defender sus intereses económicos.

En el mismo período, los terratenientes cubanos -en aquellos decenios ante todo los habaneros- sentían amenazada la esclavitud en la colonia. En la sesión de las Cortes en España se discutió la abolición del trato en América (Rieu-Millan 1990). El representante cubano Jáuregui atacó esa propuesta declarando que tal procedimiento significaría la ruina total de la economía de Cuba. Los esfuerzos de los criollos tuvieron éxito cuando la Corona quiso calmar la situación en Cuba para transformarla en una base firme de su poder en el segundo período de las guerras de independencia en el continente. Se continuó el trato de esclavos y se extendió la inmigración forzada de negros de África a Cuba. Un comercio clandestino cumplió con la demanda de mano de obra necesaria para la producción y esto en beneficio tanto de los productores cubanos como del erario del Gobierno español. Sólo en 1817 España tenía condescendió a prohibir en un tratado con Inglaterra el trato de esclavos, aunque este tratado no significó el fin del trato. Sólo aumentaron los riesgos, subieron los precios y crecieron los beneficios para los comerciantes y los funcionarios públicos.

De igual manera, en 1817 fue derogado el real monopolio de venta de tabaco, y al año siguiente, se mejoraron sustancialmente las condiciones del comercio exterior. Otros decretos importantes abrieron la puerta a la inmigración blanca (octubre 1817) y a la libre compra y venta de terrenos. Las reformas que influyeron sólo indirectamente en la economía fueron el cambio del sistema escolar para mejorar la calidad de la enseñanza primaria y establecer nuevas escuelas especializadas con asignaturas orientadas a la práctica del comercio, a la producción y la agricultura.

A pesar de que durante la crisis del imperio la oligarquía fracasó en su esfuerzo por ganar para su capa una parte del poder político, las reformas económicas abrieron a los criollos nuevas posibilidades para hacer crecer su influencia en la sociedad colonial. La causa principal de ello fue el auge de la

producción del azúcar en la isla acompañado por el declive de otras ramas de la economía isleña.

Podemos resumir que los factores externos e internos específicos para el desarrollo de los que disfrutó un grupo importante de la élite cubana favorecieron una estabilización del nexo colonial que transformó a Cuba en "la siempre fiel isla". El dominante grupo de los azucareros de la *sacarocracia* era consciente del sistema colonial, pero en vez de atacarlo con un nacionalismo anticolonial, se servía del sistema colonial para su propio beneficio. Sólo después de la mitad del siglo XIX, cuando España no pudo cumplir más con las demandas de diferentes grupos de la sociedad cubana, cuando el mantenimiento de la fidelidad se convirtió en un obstáculo para el desarrollo cubano, aumentaron los movimientos separatistas o independientes, surgió un nacionalismo anticolonial que, por fin, llevó a la formación del Estado cubano.

Bibliografía

Aldridge, Alfred Owen. 1971. *The Ibero-American Enligthenment*. Urbana: University of Illinois Press.

Álvarez Cuartero, Jaskum. 1994. Las Sociedades Económicas de Amigos del País en Cuba (1787–1832): una aportación al pensamiento ilustrado. En: *Atheneo de Madrid*, 35–43.

Anna, Timothy E. 1983. *Spain and the Loss of America*. Lincoln: University of Nebraska Press.

—. 1982. Spain and the Breakdown of the Imperial Ethos: The Problem of Equality. En: *Hispanic American Historical Review* 62, 2, 254–272.

Arango y Parreño, Francisco. 1952. *Obras*. 2 tomos. La Habana: Ministerio de Educación.

Artola, Miguel. 1952. Campillo y las reformas de Carlos III. En: *Revista de Indias* 50, 685–714.

Atheneo de Madrid. 1994. *Cuba la perla de las Antillas*. Actas de las I Jornadas sobre Cuba y su historia. Madrid: CSIC.

Brading, David A. 1973. *Los orígenes del nacionalismo méxicano*. México, D.F.: SEP.

Cárdenas Acosta, Pablo E. 1960. *El movimiento comunal de 1781 en el Nuevo Reino de Granada*. 2 tomos. Bogotá.

Chiaramonte, José Carlos (ed.). 1979. *Pensamiento de la ilustración. Economía y sociedad iberoamericana en el siglo XVIII*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Corwin, Arthur F. 1967. *Spain and Abolition of Slavery in Cuba, 1817-1886*. Austin: University of Texas Press.

Guerra, François-Xavier. 1992. *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid: MAPFRE.

Hernández y Dávalos, Juan (ed.). 1877. *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México* I. México, D.F.

Instituto de Cooperación Iberoamericana. 1982. *La corona y las expediciones científicas españolas a América en el siglo XVIII*. Cádiz (Catálogo).

König, Hans-Joachim. 1994. *En el camino hacia la Nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación de la Nueva Granada, 1750-1856*. Bogotá: Banco de la República (Edición alemana: Stuttgart 1988).

Kuethe, Allan. 1986. *Cuba, 1753-1815. Crown, Military, and Society*. Knoxville: The University of Tennessee Press.

La América española en la época de las luces. Tradición, innovación, representaciones. 1988. Madrid.

Lucena Salmoral, Manuel. 1996. *Los códigos negros de la América española*. Alcalá: Universidad de Alcalá (Ediciones Unesco).

Luque Alcaide, E. 1962. *Las Sociedades Económicas de Amigos del País de Guatemala*. Sevilla.

Lynch, John. 1976. *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*. Barcelona: Ariel (Edición inglesa: 1973).

— (ed.). 1994. *Latin American Revolutions, 1808-1826. Old and New World Origins*. Norman.

Meißner, Jochen. 1993. *Eine Elite im Umbruch. Der Stadtrat von Mexiko zwischen kolonialer Ordnung und unabhängigem Staat*. Stuttgart: Steiner.

Miranda, José. 1952. *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas. 1a parte 1521-1820*. México, D.F.

Misas Jiménez, Rolando E. 1994. La Real Sociedad Patriótica de la Habana y las investigaciones científicas aplicadas a la agricultura (Esfuerzo de institucionalización 1793-1864). En: *Atheneo de Madrid*, 75-84.

Morales y Morales, V. 1931. *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana* I. La Habana.

Moreno Fraginals, Manuel. 1978. *El Ingenio. Complejo económico social cubano.* 3 tomos. La Habana: Ed. de Ciencias Sociales.

Murray, D. R. 1980. *Odious Commerce. Britain, Spain and the Abolition of Slave Trade.* Cambridge: Cambridge University Press.

Navarro García, Luis. 1992. *La independencia de Cuba.* Madrid: MAPFRE.

Opatrný, Josef. 1986. *Antecedentes históricos de la formación de la nación cubana.* Praga: Universidad Carolina de Praga.

Palacio Atard, Vicente. 1964. *Los españoles de la ilustración.* Madrid.

Pérez Arbeláez, Enrique. 1954. *La Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada.* Madrid.

Phelan, John Leddy. 1978. *The People and the King. The Comunero Revolution in Colombia, 1781.* Madison: University of Wisconsin Press.

Rieu-Millan, Marie Laure. 1990. *Los diputados americanos en las Cortes de Cádiz.* Madrid: CSIC.

Romero, José Luis; Luis Alberto Romero (eds.). 1977. *Pensamiento de la Emancipación.* 2 tomos. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Sarrailh, Jean. ²1964. *L'Espagne eclairée de la seconde moitié du XVIII siècle.* Paris: Klincksieck.

Shafer, Robert. 1958. *The Economic Societies in the Spanish World (1783-1821).* Syracuse: Syracuse University Press.

Whitaker, Arthur P. 1951. The Elhuyar Mining Mission and the Enlightenment. En: *Hispanic American Historical Review* 32, 557-585.

— (ed.). ²1968. *Latin America and the Enlightenment.* Ithaca: Cornell University Press.

Zeuske, Michael; Max Zeuske. 1998. *Kuba 1492-1902. Kolonialgeschichte, Unabhängigkeitskriege und erste Okkupation durch die USA.* Leipzig: Leipziger Universitätsverlag.

Proyectos y vías para un cambio social en el ocaso del XIX cubano

Oscar Loyola Vega

En el ocaso del siglo XIX, para mayor precisión, en su última década, ha llegado para las Antillas españolas, Cuba y Puerto Rico, la hora de la creación del Estado nacional. No es la primera oportunidad histórica en que ambas islas pudieran plasmar sus ansias de separación de la opresiva metrópoli europea -España- que desde hace cuatro siglos atrás las explota y saquea, con mecanismos, ya casi en la nueva centuria, de una obsolescencia risible, a la par que dramática. Pero la expulsión del colonialismo ibérico en anteriores momentos históricos, por múltiples razones, no ha logrado hacerse realidad. Ahora, en los años noventa, los tiempos parecen favorables a la emancipación definitiva. Sobre todo en Cuba, la "Perla de las Antillas", cuya tradición independentista es, de antaño, notablemente fuerte.

Los revolucionarios cubanos, especialmente a partir de los inicios de la década de los noventa, han dedicado sus esfuerzos a impulsar el desarrollo del factor subjetivo dentro de una revolución nacional-liberadora. José Martí (1853-1895), figura excepcional en la historia de las ideas del continente, devenido en líder máximo del movimiento anticolonial, imprime sus radicales concepciones a la naciente revolución. Ésta, al desplegarse en el ámbito antes señalado, descansa sobre bases de muy diverso matiz, de entre las cuales deben señalarse las siguientes:

- La existencia, a todo lo largo del siglo hasta los años ochenta, de un régimen productivo, la plantación esclavista, que marcó con su impronta todos los componentes económico-sociales de la vida cubana, y obligaría al movimiento nacional-liberador a asumir tareas históricas de especial trascendencia, no presentes en otros casos del continente.
- La imposibilidad histórica, dado el grado de desarrollo del capitalismo ibérico, de una complementación efectiva entre las economías de Cuba y de España, y la anomalía que esto representa a la hora de definir o reformular los vínculos políticos -statu colonial clásico, statu colonial reformado o régimen autonómico- que necesariamente podían existir entre ambos pueblos.
- Los resultados de más de seis décadas de autogobierno de muchas de las naciones hermanas de Latinoamérica y, junto a esto, las características propias que asume la evolución del independentismo insular, es decir, la experiencia histórica de los combatientes (los "mambises") cubanos, durante la Guerra de los Diez Años (1868-1878) y la Guerra Chiquita (1879-1880).

- La influencia siempre creciente de los Estados Unidos sobre la economía y la sociedad -las mentalidades- cubanas, a lo largo de la centuria, ya fuese por la posible absorción económica, con su correlato de dependencia en aumento, y por ende, el desarrollo de sectores sociales que no pudieron históricamente desempeñar el papel de una efectiva burguesía nacional; o por la posible absorción política, vale decir, el reverdecimiento de ideas de corte anexionista en estratos específicos de la población insular.

Con los elementos establecidos, y de la consecuencias que de ellos se derivan se instrumentó la revolución del 95. Dándole su razón de ser ideológica, el pensamiento político-social martiano la nutrió, adecuando los mejores postulados del independentismo continental a las realidades cubanas, e imbricando esta simbiosis en la trama de los concepciones más progresistas de Europa y Norteamérica. A dicho ideario se unió la experiencia histórica de los jefes militares de mayor graduación y arraigo, de manera muy especial Máximo Gómez Báez (1836-1905) electo General en Jefe de la revolución. Sobre la base de la unidad obtenida entre "pinos viejos" y "pinos nuevos", elementos "de dentro" y elementos "de fuera", y "factores históricos" y nuevos combatientes, se erigió un proyecto de cambio social de radicalidad muy pronunciada que, en sus contenidos fundamentales, presuponía:

- La creación del Estado nacional cubano por vía de la lucha armada e impulsar y auxiliar la independencia de Puerto Rico, lo que equivaldría a eliminar el colonialismo español de sus últimos reductos.
- Lo apuntado se alcanzaría con el apoyo de todas las clases y los sectores sociales interesados en la independencia, estructurando un frente nacional-liberador que, en las condiciones de Cuba, tendría necesariamente que ser multiclasista, pero cuya hegemonía ideológica estuviese en manos de los sectores populares (pequeña burguesía urbana, campesinos y obreros) portadores de un proyecto de cambio de proyecciones y alcances no vistos en la revolución continental.
- Para los comprometidos con tal proyecto, la independencia se concebía como "absoluta", de acuerdo con las concepciones de Martí y Gómez. La simple separación de España en el plano jurídico no implicaba la obtención de transformaciones estructurales en el seno de la sociedad colonial. El ejemplo latinoamericano servía de excelente punto de referencia. El orden de cosas imperante en Cuba debía ser subvertido por una revolución verdadera, dando paso a un reordenamiento de las clases sociales y a una redistribución de la riqueza nacional acorde con las necesidades de un desarrollo equilibrado.

- Dados los lazos económicos existentes entre Cuba y los Estados Unidos, las relaciones entre ambos países debían ser replanteadas, y colocadas en un plano de igualdad, de reciprocidad efectiva y no de dependencia cubana hacia el vecino del norte. Esto implicaba un enfrentamiento de elevada magnitud con los intereses expansionistas norteamericanos, así como un combate de largo alcance en la esfera de las ideas contra la burguesía insular vinculada al capital y al mercado estadounidenses. Arrancar a Cuba de la órbita de los Estados Unidos era tarea imprescindible en las concepciones martianas, si se deseaba una soberanía nacional valedera.
- El proyecto liberador contemplaba, en su concepción más acabada, la independencia absoluta de Cuba y Puerto Rico como paso previo e insoslayable para materializar la hora de la segunda independencia, a escala continental. La agonía de los últimos años en la vida de José Martí fue precisamente no llegar atrasados, en tanto continente, a tal requerimiento histórico. Dispersos por largos años en diferentes puntos de América Latina, los independentistas cubanos sabían, haciendo abstracción de la pobreza observable en lo referido a formulaciones teóricas, que era imprescindible transformar a la común patria latinoamericana. El fortísimo sentimiento de pertenencia a aquello que Martí denominó "nuestra América" constituyó parte fundamental del proyecto de cambio social antillano a fines de siglo.

Previo a su puesta en práctica, un proyecto como el esbozado exigía una fuerte unidad entre sus componentes. Dedicado a esto con todas sus energías, Martí logró reducir a límites aceptables las contradicciones existentes entre los revolucionarios cubanos, derivadas de anteriores empeños. La priorización del frente externo -contenido y razón de ser determinantes en una revolución nacional-liberadora- facilitó la unión entre clases y sectores sociales diferentes en torno al proyecto emancipador aun cuando, de manera mediata, podría haber fuertes desacuerdos en lo atinente a la profundidad de los cambios a realizar, una vez expulsada España de la Isla. "Hacer la patria libre" determinó la cooperación unificada de sujetos sociales que en otras circunstancias históricas no hubiesen colaborado tan estrechamente.

Sin embargo, esta relativamente sólida unidad lograda por las fuerzas más radicales no puede hacer olvidar un aspecto capital de la realidad cubana, presente en la sociedad antillana desde antes de los noventa: la existencia de otros proyectos de transformación social que implicaban la separación violenta de la metrópoli y que, aunque pudiese pensarse con perspectiva histórica que no constituían soluciones definitivas a las necesidades cubanas, sí tenían estructurados sólidamente sus intereses y alternativas de cambio. Un

agrupamiento con fines puramente analíticos permite señalar los siguientes proyectos:

- El detentado por el grupo directamente vinculado con el régimen colonial, usufructuario del mismo, negado a introducir la más mínima reforma en el statu jurídico cubano acorde con las necesidades del momento, y compuesto generalmente por la gran burguesía hispano-cubana. Su carácter retrógrado determinó la imposibilidad histórica de la plasmación de sus concepciones.
- Aunque no constituyese en sí un proyecto, por no hallarse estructurado de manera definida (en una agrupación o partido representativo) debe señalarse la existencia de un grupo integrado por elementos de la mediana burguesía y por diferentes sectores de las capas intermedias, principalmente los intelectuales, que por razones económicas y político-culturales se hallaban ya, a fines de siglo, desligados afectivamente del sentimiento de identidad nacional -o de una supuesta "lealtad" a la metrópoli- y habían pasado a engrosar las filas de los promotores de un colonialismo de nuevo tipo. Este grupo, en el que giraban anexionistas tradicionales y nuevos y agresivos anexionistas, consideraba imprescindible para Cuba la unión con los Estados Unidos. Desde sus puntos de vista, se pasaría así de un statu colonial obsoleto a una participación igualitaria dentro de los estados de la unión norteamericana, con las ventajas que de ello pudieran derivarse.
- Sin lugar a dudas, el tercer proyecto era el más fuerte y mejor estructurado. Concebido por capitalistas medianos, defendido y argumentado por una impresionante elite intelectual, sus principales voceros blasonaban constantemente de la cubanía de sus concepciones, las que se movían en la órbita de una profunda reformulación del vínculo colonial vigente, garantizando Madrid la mayor autonomía a los cubanos, sin que esto trajese, por supuesto, la creación del Estado nacional, por lo menos de manera inmediata. El Partido Liberal, a pesar de sus problemas internos logró, en el período comprendido entre 1878 y 1895, articular un proyecto coherente de cambio evolutivo para Cuba, que contemplaba entre sus contenidos:
- La participación activa del pueblo cubano en los mecanismos de dirección de la Isla, dando paso a un parlamentarismo burgués que, en las condiciones cubanas, asegurarse para los autonomistas el usufructo del poder en los marcos de la monarquía española, desplazando a los integrantes del Partido Unión Constitucional.
- El aumento de la producción para la exportación de las materias primas tradicionales, diversificando en lo posible la ubicación geográfica de las mismas. Como es natural, esto implicaba dar preferencia al mercado

norteamericano. El aumento productivo generaría gran cantidad de puestos de trabajo, lo que repercutiría en la ampliación del mercado interno, en medida suficiente como para propiciar un despegue industrial de relativa magnitud, y que no exigiese un desembolso excesivo de capitales, imposible de realizar por sus promotores.

- Un control sobre el aparato de gobierno insular, o la posibilidad del mismo, obligaba a desarrollar no pocos servicios sociales primarios, tales como la salud pública y la educación, que habían sido innecesarios para la explotación metropolitana, y crear, además, una infraestructura sólida que permitiese, entre otras cosas, la fácil transportación de mercancías y el libre movimiento de la fuerza de trabajo.
- El proyecto autonomista exigía la reformulación profunda del sistema bancario, de las relaciones entre los círculos de poder cubano-españoles, de las estructuras fiscales y arancelarias, a más de varios cambios no menos importantes. Dicho de otra manera, la ruptura con los mecanismos de explotación tradicionales de España en Cuba y por consiguiente el surgimiento y desarrollo de relaciones socio-económicas nuevas, que ligasen provechosamente a la Isla con los más dinámicos elementos del naciente capitalismo español, separándola de los círculos habituales, caducos ya a fines del XIX. En cierta medida encausado por la senda de la dependencia, el proyecto autonomista, sin embargo, impulsaba en conclusión el desarrollo del capitalismo en Cuba.

Preconizado por los sectores intransigentes, el mantenimiento del statu quo colonial no ofreció, para los independentistas cubanos, mayores cuidados. Los anexionistas, cuyo comportamiento público era generalmente solapado y discreto, fueron profundamente combatidos, tanto por José Martí como por otras figuras importantes del independentismo. Realmente, en su inmensa mayoría, la población cubana nunca consideró la anexión como la solución conveniente a los intereses nacionales. Una muy fuerte tradición de décadas atrás impedía que las masas populares, los blancos y los negros componentes del pueblo cubano, optaran históricamente por la unión con los Estados Unidos.

Muy distinto, sin embargo, debe ser cualquier análisis que pretenda establecer las relaciones que existieron entre el autonomismo y la independencia. La ideología autonomista, sin haber sido nunca un su decursar histórico una ideología "de masas", logró en múltiples oportunidades movilizar a ciertos sectores de la población, amparada en sus críticas oportunas al régimen colonial y apoyándose en el carisma discursivo de algunos de sus líderes. La dirección máxima del partido, una vez estallada la guerra, se mantuvo firme en la defensa

de su proyecto de reformas, como ya antes, a pesar de fuertes pugnas internas, se había marchado detrás del tibio proyecto de Maura; pero el grueso de los miembros de las juntas municipales no repudió de manera tajante el alzamiento del 24 de febrero, cansados de 17 años de súplicas no escuchadas por España. El gobierno autonómico, tardía concesión española a la burguesía cubana, no podía ser históricamente viable en 1898.

La validez histórica de la solución independentista pudo ser impuesta por los revolucionarios cubanos, en una cruenta guerra de liberación nacional, instrumento imprescindible para la realización de un cambio social que, de llevarse a vías de hecho, tendría enormes consecuencias para Cuba. En sólo tres años de combate, los mambises lograron un equilibrio de fuerzas que a la larga no podría por menos que inclinarse hacia las armas cubanas, dado el carácter de desgaste que desde 1897 la contienda asumiría. Agotadas por España buena parte de sus posibilidades de triunfo en el tiempo transcurrido, la muerte de Antonio Cánovas del Castillo vino a complicar definitivamente la situación de la metrópoli. La creación del Estado nacional cubano se avizoraba.

Un año bastó para subvertir la victoria insular. Los combatientes cubanos, poco duchos en política internacional, no pudieron prever, en la forma en que se efectuó, cómo, en qué dirección y hacia qué fines se encausaría la intervención de los Estados Unidos en la contienda, una vez muerto en combate José Martí. El enfrentamiento entre un colonialismo arcaico y moribundo y la nación de mayor desarrollo de las fuerzas productivas de la época, tendría un final conocido de antemano. Ignorando los instrumentos jurídicos legales que representaban al pueblo cubano, el Consejo de Gobierno y el aparato militar encabezado por su General en Jefe, Máximo Gómez, apoyado por elementos asustadizos ante la verticalidad transformativa de la revolución martiana, que actuaban en Washington desde dentro y a nombre de la misma, el gobierno norteamericano impuso a la realidad cubana una solución desde fuera, que en los dos últimos años del siglo, impediría que la Isla fuese, al decir de Gómez, "ni libre ni independiente todavía".

Analizados bajo el prisma de la historia política, los sucesos que tuvieron lugar en Cuba entre 1892 y 1898 pueden aparecer a ojos del estudioso como la pugna existente entre los partidarios de la expulsión de España de la mayor de las Antillas, y los mantenedores o reformuladores del statu colonial, pugna ventilada en una terrible guerra de liberación nacional. Sin dudas, una parte nada desdeñable de la historia insular de fines del siglo XIX puede enfocarse a la luz de la óptica descrita. Pero la situación histórica fue, sin embargo, muchísimo más complicada, y no puede ser circunscrita a la expulsión o no de España de sus últimos bastiones latinoamericanos. Autonomistas e independentistas propugna-

ban el desarrollo del capitalismo, en tanto régimen productivo, en Cuba, sin las trabas con que lo amordazaba el marco colonial existente. Ambos sujetos sociales batallaban, a su manera y su estilo, en concordancia con sus posibilidades e intereses, por traer al territorio nacional los elementos de modernidad que el sistema capitalista había logrado en Norteamérica y Europa, principalmente. Para ello, la monarquía española no era precisamente recomendable, dado su atraso capitalista en el contexto internacional. O se reformulaba por completo el vínculo colonial, en condiciones más ventajosas para los círculos de poder cubanos, o se rompía abruptamente con este.

Resulta trascendental comprender que ambas corrientes, autonomismo e independencia, se diferenciaban en un elemento fundamental, en lo atinente a dar paso a un régimen de producción capitalista plenamente realizado; mientras los autonomistas, vinculados orgánicamente con la producción de materia prima para la exportación, impulsaban un capitalismo que ya contenía en sí muchos elementos de dependencia, conveniente a un grupo no muy numeroso de familias cubanas, el independentismo auspiciaba, con las armas en la mano, un proyecto de cambio social que partía sobre la base de la eliminación total del colonialismo, y que traería como consecuencia una mayor, mejor y más efectiva distribución de la riqueza nacional, conveniente no sólo para algunos, sino necesaria para todos los sectores sociales implicados.

Expresado de otra forma, los autonomistas se enfrascaron en viabilizar un cambio en Cuba generado e impulsado desde arriba, que evitase la participación de amplios sectores populares en la remodelación nacional, mientras los independentistas, a través del proyecto de cambio encabezado por José Martí, trataron de hacer realidad un movimiento sólido, coherente, desde abajo, que eliminara cualquier impedimento para la construcción de una sociedad más equilibrada, más justa, todo esto con el apoyo de las masas multiétnicas de la Isla. La dicotomía señalada -desarrollo capitalista dirigido desde arriba, o desarrollo capitalista impulsado masivamente desde abajo- en la que intervienen integristas, autonomistas e independentistas, provocó en Cuba una clásica situación de alternativa histórica, que se ventila en los marcos de una revolución de liberación nacional. Dentro de esta, inclusive, no son pocos los elementos de transición -quizás sería mejor decir, de transacción- que apuntan a matizar las agudas relaciones existentes entre la independencia y la autonomía, y sus mantenedores, a partir del estallido armado del 24 de febrero. Las fortísimas discrepancias entre el Consejo de Gobierno y el aparato militar, explicadas no pocas veces como manifestación de la diferente personalidad de Gómez en relación con Cisneros Betancourt, o desde el prisma de la historia política únicamente, reflejan con diafanidad las múltiples posiciones dentro del

independentismo en lo referido a la profundidad y las vías de las transformaciones a realizar por la revolución anticolonial.

La solución histórica, como ya ha sido dicho, vino de afuera. Estados Unidos resolvió a su favor la alternativa de la sociedad cubana. Y, por supuesto, el proyecto de cambio social radical de los independentistas no preponderó en la reestructuración nacional que el cese de la soberanía española viabilizó. El autonomismo tuvo mayor suerte: buena parte de sus concepciones fueron retomadas por la intervención norteamericana y los gobiernos iniciales del nuevo siglo, y llevadas a vías de hecho adecuándolas a las nuevas realidades históricas. El desarrollo dependiente se impondría a la plena libertad económica. El latifundio azucarero nacional y extranjero le ganaría la batalla a la posibilidad de un capitalismo de pequeños propietarios. En receso quedaría, durmiendo a la espera de mejores tiempos, al decir de Rubén Martínez Villena, "el sueño de mármol de Martí".

Sobre la formación del Estado nacional cubano

Max Zeuske

El primer ensayo revolucionario, en el año 1868, se inició con la proclamación por Carlos Manuel de Céspedes en La Demajagua, en la entonces provincia de Oriente, "constituyéndonos en nación independiente" y con el objetivo "Cuba aspira a ser una nación grande y civilizada" (cf. Pichardo ^{3}1973, 361; Loyola/Abad 1996). El nuevo Estado fundado en 1869 como República en Armas fue, sin lugar a dudas, un Estado independiente y cubano, por ende nacional, pero no lo fue en todas las múltiples dimensiones de "lo nacional". Ni funcionalmente ni por el mismo carácter clasista de sus fuerzas dirigentes y el de su proyecto nacional podía realizarse aún como Estado nacional. Uno de los mayores problemas fue que no tuvo aún entre las precondiciones de su existencia la hegemonía cultural-política de la cual habló Gramsci (cf. 1980, 277), ni la necesaria madurez de las relaciones nacionales en profundidad, alcance, resistencia y densidad para poder imponerse por encima de todos los personalismos y regionalismos que tanto había en el desarrollo de la revolución de 1868. En este sentido parece necesario problematizar, de entre los factores para la no-victoria de la revolución, si fue "la diversidad de intereses regionales" (*Historia de Cuba* 1996, 47), o más bien la debilidad y hasta la no-existencia de relaciones nacionales en el sentido arriba descrito. Pues en cada nación, aún la más desarrollada y firme, subsisten y necesariamente existen diferentes y a veces contradictorios intereses regionales sin que debiliten o frenen los lazos nacionales. En todo caso, parece correcto subrayar lo procesal del devenir nacional aún con respecto al Estado, como lo hacen los autores de la nueva *Historia de Cuba* (ibíd.), al hablar de "un paso decisivo de avance en la formación nacional", junto con su contenido "republicano y democrático". En general, como observa Hobsbawm (cf. 1992, 21), no se debe separar la evolución nacional del devenir y hasta del surgimiento del Estado. Con razón afirma este autor que en la historia no existe un desarrollo de lo nacional independiente de la evolución política: "No son las naciones las que engendran los Estados y nacionalismos, sino al revés" [traducción del autor]. Está claro que no debe comprenderse esta tesis -aquí muy recortada- mecánicamente, sino en su sentido dialéctico: el nacionalismo formula el objetivo, organizando a la vez el movimiento nacional, pero solamente con el surgimiento del Estado nacional la nación puede evolucionar en toda su plenitud.

Significativo para el futuro camino del desarrollo nacional cubano -y ahí reside la mayor diferencia de este temprano nacionalismo cubano en relación al desarrollo nacional latinoamericano, continental, y no sólo del temprano- fue el hecho fundamental de que la hegemonía revolucionaria pasó, con la Protesta de

Baraguá, por Antonio Maceo, de los terratenientes y hacendados patrióticos principalmente del oriente cubano a fuerzas más populares, más humildes, cuyos objetivos nacionales tenían contenidos más sociales, democráticos e igualitarios. Esto va a tener sus consecuencias de largo alcance histórico en las futuras oleadas revolucionarias cubanas, las cuales fueron siempre y al mismo tiempo impulsos para crear un Estado realmente nacional como auténticamente popular. Esto quiere decir que en el caso cubano la burguesía "nacional" era demasiado débil para ponerse a la cabeza del nacionalismo cubano e impregnar al Estado su carácter y sus contenidos correspondientes.

De suma importancia para un futuro Estado nacional cubano eran tanto los inmediatos resultados de la revolución del 68 como sus consecuencias de largo alcance. Si bien muchas de las libertades proclamadas después de 1878, con la supresión definitiva de la esclavitud africana en 1886, eran libertades fuertemente condicionadas y limitadas, se desarrollaba en un ambiente de agudas contradicciones un sistema más moderno de las clases, capas y grupos sociales junto con sus organizaciones políticas, sindicales, estamentales y culturales y con considerables elementos de una sociedad civil (cf. Barcia Zequeira 1998, 45-57).

Sin embargo, a pesar de esta modernización, el sistema económico-social de la dependencia colonial no podía ser superado, como tampoco la dependencia política de España; más bien pasaba al revés, profundizándose la dependencia.

Es más aún: era exactamente durante este período de entreguerras, y en parte condicionados por los mismos resultados de la primera guerra revolucionaria, que se realizaban cambios muy hondos en la estructura de la dependencia colonial. Mientras la política-institucional de España se mantuvo, se reforzaba no solamente la dependencia comercial del mercado estadounidense, sino que se inició una relativamente fuerte penetración de capitales norteamericanos en la economía cubana, particularmente en la propiedad territorial como base de la industria azucarera, y en la minería.

Le Riverend (cf. 1981a, 334) llega hasta la conclusión de que "entre 1878 y 1890 la industria azucarera dejó de estar en manos de las viejas familias cubanas", lo que "liquidó la vieja clase terrateniente" (Le Riverend 1981b, 40). Ciertos resultados de la segunda guerra de liberación nacional fueron, de tal manera, anticipados ya por los de la primera guerra, y de grandes y visibles consecuencias para todo el ulterior desarrollo cubano durante el siglo XX.

Durante el lapso entre 1886 y 1895, tenía especial significado para la formación del carácter del Estado nacional la incorporación de los exesclavos en la vida pública, y el surgimiento en un nivel primario de organizaciones proletarias de tanto peso en el desarrollo de la sociedad en el futuro. El período

entre 1878 y 1895 creaba de tal modo nuevas condiciones para emprender un segundo ensayo para llegar al Estado nacional.

Esta vez, la densa y diferenciada red de relaciones nacionales era mucho más madura. Las fuerzas revolucionarias, más claramente delimitadas por los propugnadores del anexionismo y del reformismo autonomista, disponían de la orientación perspicaz de José Martí y del Partido Revolucionario Cubano con su trabajo unificador. Gracias a los autores de la nueva Historia de Cuba tenemos disponible una detallada síntesis de la amplia y profunda preparación de los dirigentes revolucionarios y, en especial, de la obra política de Martí (cf. *Historia de Cuba* 1996, 318–429). Debe destacarse la muy cuidadosa elaboración de los contenidos democrático-populares al formular los objetivos y el carácter del futuro Estado nacional, como, por ejemplo, una "república justa y abierta" y, concluyendo los autores, "la república igualitaria y democrática propugnada por el Partido Revolucionario Cubano" (ibíd., 405 y 413). Igualmente impresionante en Martí es la previsora perspectiva sobre los Estados Unidos, sus actitudes y tendencias (cf. ibíd., 370 y 420). Son muchas las calificaciones de los objetivos de la lucha a emprender; la más expresiva y abarcadora la de "Con todos y para el bien de todos" y, en cuanto al método a emplear: "Una revolución seria, compacta e imponente" mediante una guerra "rápida, unánime y grandiosa" (ibíd., 340–341), siendo así que "la guerra no es más que la expresión de la revolución" (ibíd., 358).

La cuestión es cómo podían surtir efecto estas grandiosas, pero en buena parte utópicas ideas y orientaciones de Martí, caído ya en los días iniciales de la contienda, pues fueron escritas y propagadas en el extranjero y en vista de un pueblo en su mayoría analfabeto, incluyendo el Ejército Libertador. Aunque no había una muralla china entre los cubanos combatientes y los grupos mejor informados de la emigración, principalmente en Florida y Nueva York, parece probable que solamente una pequeña minoría de los combatientes, en primer lugar una parte de los oficiales y dirigentes políticos en la manigua, conocían el programa de Montecristi y reconocían su tarea de propagarlo. En vista de los desarrollos reales en la lucha parece probable que el ideario martiano no podía ganar influencia decisiva sino mucho después de terminarse esta guerra. Aparte de todo esto parece importante también que el mismo Martí había subestimado la virulencia de intereses diferentes y opuestos, como también la fuerza de los prejuicios racistas, sociales y de otra índole.

La guerra comenzada en 1895 era realmente a escala nacional, pero, sin duda, la Constitución adoptada este mismo año en Jimaguayú creaba una República en Armas no muy adecuada a los fines de una guerra "rápida, unánime y grandiosa", por no corresponder a la necesidad de un mando único para conducir

las acciones militares. Con mucho fundamento se formula en la *Historia de Cuba* (1996, 500): "La identificación programática [...] ya, [M.Z.] comenzó a desvanecerse a mediados de 1896; [...] se incrementó la actividad de los sectores que querían subvertir el sentido social de la revolución con el apoyo externo", es decir, de parte de los Estados Unidos, para neutralizar socialmente la revolución. Estos sectores se infiltraron "en el ejército y dentro del aparato político de la República de Armas". Ante todo conspiraban actitudes políticas y burocráticas como también faltas de coordinación contra la deseada, y posible, brevedad y rapidez de las acciones militares, aparte de ostensibles prejuicios racistas en altos personajes de la dirección política, como se puede ver muy claramente en las vicisitudes del Ejército Invasor de Antonio Maceo, en 1895-1896[1]. La Constitución de La Yaya, de 1897, con cierta radicalización tanto en el terreno militar como en lo personal, no cambió sustancialmente estas tendencias, manteniendo, sin embargo, su carácter como forma germinal de un Estado nacional.

Pero parece indudable que la situación interior que había evolucionado hasta los inicios del 1898 tanto en la población cubana en general, bajo la violencia española, las cargas de la guerra prolongada, y sus destrucciones y escaseces, como en el seno de las fuerzas independistas mismas fue un *impasse* de la guerra el que les dio a los interesados en los Estados Unidos el suficiente tiempo para entremezclarse en el conflicto entre España y su colonia cubana.

Vino entonces la intervención militar norteamericana que marginó a los cubanos, sirviéndose a la vez de ellos, y la subsiguiente ocupación militar del país, de manera que Cuba iba a depender totalmente de las -contradictorias- decisiones norteamericanas. No es solamente, como dice la *Historia de Cuba* (1996, 537), que "la intervención marginó a los dirigentes políticos y militares más radicales que tenían un compromiso raigal con los sectores populares", sino más: intervención y ocupación fijaron las bases para impedir no sólo el surgimiento de un Estado nacional de carácter popular y democrático, independiente y soberano, sino también un Estado realmente nacional cubano, particularmente en lo referente a su libertad de movimiento internacional como a los fundamentos económicos del Estado que iba a ser constituido, con bandera e himno propios, en 1902.

En relación a estos fundamentos es importante anotar que la guerra pasada tuvo las mismas consecuencias, aunque mucho más profundas que la de 1868-1878: destrucción de propiedades, empobrecimiento de muchas familias, falta de capitales para la reconstrucción, etc., lo que facilitó ya de por sí la

1 Cf. Franco 1973, III: 124-125, 153-154, 171-206, 222-226, 239-240, 311-328.

enajenación de propiedades cubanas a empresas y personas extranjeras. El gobierno militar norteamericano facilitaba aún más con todos sus medios y medidas la masiva penetración de capitales norteamericanos en la empobrecida economía cubana (cf. Pino Santos 1961, 15s.; Pichardo 1969, 156-201).

Si se observan en conjunto todas las actividades y medidas del gobierno de los Estados Unidos para con Cuba, especialmente las referentes al Ejército Libertador y al gobierno de la República en Armas, las del gobierno militar norteamericano en la Isla, y los convenios desde la Enmienda Platt como parte de la Constitución cubana, los Tratados Permanentes de Arrendamiento de Bases Navales y Militares, de Reciprocidad, etc., se debe llegar a la conclusión de que en realidad se trataba de una cuasi-anexión ligeramente cubierta y en apariencia no definitiva (cf. Pichardo 1969, 69-120; Roig de Leuchsenring 1982). Resulta sumamente difícil, si no imposible, ver y definir el Estado que nació en 1902 bajo la tutela y con los mandatos norteamericanos, o más: bajo exacción y cohecho, como Estado nacional cubano, a pesar de tener bandera, armas, himno y hasta constitución propios. Sin embargo, no tuvo ni independencia ni soberanía, faltándole por ende los criterios supremos de lo que entendemos por Estado nacional.

En estas condiciones, aquel Estado de 1902 representaba algo así como un compromiso o una componenda involuntaria entre la fuerza del independentismo cubano, demostrado y expuesto nuevamente en los debates sobre la Constitución y la Enmienda Platt, y las intenciones de un grupo predominante de presión en y detrás del gobierno norteamericano. Tanto en Cuba como en los Estados Unidos había enemigos de y opositores contra una anexión directa y abierta, como los había también en ambos países a favor. ¿No tiene razón Luis A. Pérez (cf. 1983, 382) cuando afirma: "Las instituciones de la República no fueron diseñadas para animar la independencia, sino para preparar la anexión"? También las palabras del general Wood como gobernador de Cuba iban en esta dirección: "Por supuesto que a Cuba se le ha dejado poca o ninguna independencia con la Enmienda Platt, [...] y lo único indicado ahora es buscar la anexión. Esto, sin embargo, requerirá algún tiempo [...]" (Portell Vila 1953, 32).

Pero pronto se reveló durante los primeros años de la República que la anexión abierta no sólo no era posible, sino innecesaria y hasta indeseable. Los intereses dominantes, impuestos ya por y durante el gobierno militar norteamericano y asegurados por los mencionados instrumentos, en la política y la economía cubanas ganaban aún así, y como avaloró recién Pedro Pablo Rodríguez (1997), hasta mucho más rápidamente que antes.

Todo lo anteriormente dicho no significa una subestimación de lo alcanzado por los cubanos o una negación del gran peso de sus esfuerzos. Una nueva

lectura de todas las fuentes y todas las voces cubanas de los inicios del siglo XX revela que no faltaba la protesta en contra de las condiciones impuestas desde afuera, aunque prevalecía una extendida decepción sobre lo mediatizado de las estructuras políticas recién nacidas. El independentismo como fuerza organizada del nacionalismo cubano se disolvió irritado, desorganizado, decapitado y por lo pronto incapaz de renacer bajo las nuevas condiciones históricas, tan intransparentes que eran y parecían. Cuba se encontraba en una situación *suigeneris* que irritaba no sólo a los nacionalistas-independentistas cubanos y que sólo decenios después recibió la explicación como situación dependiente o neocolonial.

Por todo esto no debe ser subestimada la situación ideológica-sicológica cubana después de todas estas experiencias amargas. Un nuevo impulso para lograr un Estado realmente nacional, independiente y soberano tenía que esperar su momento histórico, incluyendo la maduración de nuevas fuerzas sociales como resultado de la nueva situación económica, social y política. Este proceso de "modernización" se llevó a cabo principalmente durante la Primera Guerra Mundial y la apropiación de los principales resortes económicos de Cuba por los consorcios financieros y económicos norteamericanos, que conllevaba la extendida proletarización por un lado y por el otro el surgimiento de débiles elementos de una burguesía industrial y comercial cubana dentro del marco del "estrangulamiento del desarrollo económico independiente de Cuba", poniendo con grandes y casi unilaterales inversiones en la producción azucarera cruda "un valladar a todo desarrollo diversificado" (Le Riverend 1961, 52).

Era exactamente la resistencia contra las consecuencias de esta evolución la que avivaba a los elementos aún débiles y tímidos de un nacionalismo que ahora se asomó como antiyanquismo. Así que Jenks (cf. 1960, 254) ya en 1928 constató: "El origen principal del sentimiento antiyanqui es la actividad de las grandes empresas norteamericanas en Cuba". Ya antes, bajo las presidencias de Alfredo Zayas y Gerardo Machado se percibieron las primeras señales de este sentir hasta en la propaganda oficial, aunque no eran más que demagógicas o, cuando más, intenciones rápidamente desvanecidas, como asimismo una oposición tímida sin programa realista como la Asociación Unión Nacionalista (cf. Quesada y Miranda 1938, 8, 110s.).

A la par surgió otro nacionalismo, radical y proletario, con los trabajos de Julio Antonio Mella (cf. 1975, 123 y 174) *Los nuevos libertadores* de 1924 -donde proclama "La causa del proletariado, es la causa nacional"- y 1925 *Cuba: un pueblo que jamás ha sido libre*, y con el ensayo de Rubén Martínez Villena "Cuba, factoría yanqui" (cf. Mesa Paz 1976, 241-269), y otros artículos suyos. Estos dos nacionalismos, compitiendo durante decenios, pero aún

confluyendo en breves momentos históricos, determinaron desde entonces la política cubana o abierta o veladamente. Hubo un primer encuentro en la lucha contra la dictadura de Machado, incluyendo la lucha contra la intromisión permanente de los Estados Unidos y contra la "mediación" de Welles, desembocando en la Revolución del 33, que propiamente, después del período preparatorio desde 1927 (cf. Soto 1977, I: 394; González Carbajal 1974, 27s.) comenzó en 1930 y terminó en 1935 con las acciones de Antonio Guiteras y su Joven Cuba (cf. Guiteras 1971, 270–300; Tabares del Real 1975). A partir de entonces todo el sistema de partidos políticos se mueve alrededor de la cuestión nacional y sus alternativas político-sociales. La Revolución del 33, acontecimiento mayor en la historia de Cuba y sus esfuerzos por alcanzar un Estado nacional auténtico, aunque enjuiciada superficialmente como "fracasada" y sólo desembocando en la primera dictadura batistiana, tuvo sin embargo, aparte del significante cambio en el sistema de partidos, resultados aún más importantes.

Primero, aseguraba por su carácter popular masivo que los Estados Unidos, aunque con crujido de dientes -que demostraron a vista de los habaneros con cruceros blindados en el Golfo- no osarían intervenir *manu militari*, con *marines* y todo.

Segundo, Cuba logró al fin la abrogación de la Enmienda Platt, o sea, del Tratado Permanente, en 1934. Aunque era más bien un mero paso simbólico, era exactamente esto: el símbolo de la arrancada renuncia de los cubanos del gran poder norteamericano a su "derecho" de intervenir. Si bien Jorge Mañach ya cinco años antes había indicado el problema de fondo:

> Para evitar la indignidad de esas apelaciones a los EE.UU. de intervenir, [M.Z.], se pide la abolición de la Enmienda Platt. Pero, sobre que la Enmienda no la hicimos nosotros, no han desaparecido -antes se han multiplicado- los intereses que la dictaron, es otra ilusión suponer que un remedio puramente documental pueda mudar esencialmente nuestro status, mientras tengan vigencia esos mismos intereses. Sin Enmienda, exhibiríamos al mundo una Constitución inmaculada: pero no se habrían removido las condiciones básicas de nuestro sometimiento (Mañach 1965, 306).

Y así fue, y peor: a cambio de su renuncia a intervenir violentamente, los Estados Unidos redujeron mediante la Jones-Costigan Act de 1934 la cuota de azúcar, producto principal de exportación cubana, y mediante el Tratado de Relaciones, igualmente de 1934, obtuvieron la entrega completa del mercado

cubano de importaciones industriales a favor de Norteamérica (cf. Le Riverend 1961, 124s.; Hell 1966, 272s.; Torriente 1952, 238).

Tercero, tuvo que acceder el dictador Batista bajo la presión de las luchas populares en auge a partir de 1937, a la convocación de una Asamblea Constituyente, que despidió en julio de 1940, ya durante la primera fase de la Segunda Guerra Mundial, una nueva Constitución, por cierto muy democrática y hasta avanzada, pero que quedó vacía por no ser, en los años ulteriores, llevada a la práctica. Sin embargo, su valor simbólico en relación a las alternativas nacionales era muy alto, y su puesta fuera de vigencia fue uno de los motivos centrales del golpe de Batista en marzo de 1952. Pero ya antes de este golpe reaccionario, los gobiernos "reformistas" estrenaron en el ambiente de la Guerra Fría una política demagógica antisindical y anticomunista, preparando así la crisis del reformismo (populismo) que sirvió de pretexto para la nueva dictadura en convivencia con los Estados Unidos.

Todos los conflictos aquí someramente expuestos demostraban en cuanto a la lucha secular por un Estado realmente nacional, independiente, soberano y democrático, que ni la gran burguesía terrateniente y azucarera ni sus representantes políticos estaban interesados en un Estado nacional independiente, mientras que la mediana y pequeña burguesía estropeada era incapaz de construirlo con métodos reformistas. Se reveló una vez más, que bajo la hegemonía de estas fuerzas sociales la construcción de un Estado nacional "normal", ni que hablar aún del Estado ideado por Martí, popular e igualitario, no era viable. La historia de Cuba demostraba durante casi un siglo entero las alternativas: o bien dictadura conservadora y hasta terrorista con entrega total a los centros coloniales, España antes, Estados Unidos después, como, por ejemplo, bajo Machado desde 1925 y Batista desde 1952, o bien lucha consecuente hasta el fin por un Estado nacional verdadero, popular e igualitario. La segunda alternativa, empero -y eso muchas veces lo pasan por alto observadores desde fuera-, no era sólo una decisión política, sino que implicó la superación de la dependencia estructural, dependencia que viene de muy lejos, ahondándose particularmente después de 1898. Su superación es una tarea, por consiguiente, de dimensiones históricas, prolongada y complicada aún cuando no tuviese adversarios e impugnadores. Pero los tiene. Ambas tareas, cuestiones ideológicas aparte, son y serán de posible cumplimiento sólo por el precio brutal del antagonismo norteamericano, como demuestra el bloqueo irracional de Cuba.

Considerando, bajo los aspectos que aquí interesan, los últimos cuarenta años de la historia cubana aparecen como un constante bregar, con éxitos y fracasos, errores y rectificaciones, ilusiones dogmáticas y reparaciones pragmáticas, sacrificios y logros, pero siempre con indudables progresos y experiencias

nuevas en el largo camino para que este pueblo extraordinario alcance la realización de su sueño de una soberanía incontestable y reconocida. Con menos no se contenta.

Bibliografía

Barcia Zequeira, María del Carmen. 1998. *Elites y grupos de presión. Cuba 1868-1898.* La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Franco, José Luciano. 1973. *Antonio Maceo. Apuntes para una Historia de su Vida.* La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

González Carbajal, Ladislao. 1974. *El Ala Izquierda Estudiantil y su Epoca.* La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Gramsci, Antonio. 1980. *Zu Politik, Geschichte und Kultur. Ausgewählte Schriften.* Leipzig: Philipp Reclam jun.

Guiteras, Antonio. 1970. Manifiesto al Pueblo en Cuba. En: *Pensamiento Revolucionario Cubano.* La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 388-391.

Hell, Jürgen. 1966. *Kurze Geschichte des kubanischen Volkes.* Berlin: Dietz.

Historia de Cuba. Las Luchas por la Independencia Nacional y las Transformaciones Estructurales, 1868-1898. 1996. La Habana: Editora Política, 1-55: 318-429, 481-546.

Hobsbawm, Eric J. 1992. *Nationen und Nationalismus. Mythos und Realität seit 1780.* Frankfurt/M./Wien: Büchergilde Gutenberg.

Jenks, Leland H. 1960. *Nuestra Colonia de Cuba.* Buenos Aires: Palestra.

Le Riverend, Julio. 1961. *La República: Dependencia y Revolución.* La Habana: Instituto Superior de Educación, mimeografiado.

—. 1981a. *Historia Económica de Cuba.* La Habana: Edición Revolucionaria 1ª.

—. 1981b. Cuba: del semicolonialismo al socialismo (1933-1975). En: Pablo González Casanova (coord.). *Historia de Medio Siglo II: México, Centroamérica y el Caribe.* México, D.F.: Siglo XXI, 39-86.

Loyola, Óscar; Diana Abad. 1987. *Historia de Cuba II. La Guerra de los 10 Años: Primera Guerra de Liberación Nacional.* La Habana: Empresa de Producción del Ministerio de Educación Superior.

Mañach, Jorge. 1965. Crisis de la Ilusión. En: *Órbita de la Revista de Avance.* La Habana: Ediciones Unión, 297-307.

Mella, Julio Antonio. 1975. *Documentos y Artículos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Mesa Paz, Josefina. 1976. *Rubén: Antología del Pensamiento Político*. La Habana: Arte y Literatura.

Pérez, Luis A. 1983. *Cuba Between Empires, 1872-1902*. Pittsburgh.

Pichardo, Hortensia. 1969. *Documentos para la Historia de Cuba II*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

—. ³1973. *Documentos para la Historia de Cuba III*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Pino Santos, Óscar. 1961. *El Imperialismo Norteamericano en la Economía de Cuba*. La Habana: Imprenta Nacional de Cuba.

Portell Vilá, Herminio. 1954. El General Wood en la Historia de Cuba. En: *Bohemia* (La Habana), 5.12.1954, 32-42.

Quesada y Miranda, Gonzalo de. 1938. *¡En Cuba Libre! Historia Documentada y Anecdótica del Machadato*. I: 1925-1931. La Habana: Seoane.

Rodríguez, Pedro Pablo. 1997. Significación del 98. En: *Debates Americanos* (La Habana), 4: 179-194.

Roig de Leuchsenring, Emilio. 1982. *Los Estados Unidos Contra Cuba Libre* II. Santiago de Cuba: Oriente.

Soto, Lionel. 1977. *La Revolución del 33*. I-III. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Tabares del Real, José A. 1975. *La Revolución del 30: Sus Dos Últimos Años*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Torriente, Cosme de la. 1952. Abrogación del Tratado Permanente. En: *Historia de la Nación Cubana*. VIII (Publicada bajo la dirección de Ramiro Guerra y Sánchez, José M. Pérez Cabrera, Juan J. Remos, Emeterio S. Santovenia). La Habana, 226-242.

II

Pensamiento latinoamericano (finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX)

Reflexiones en torno a los intelectuales del fin de siglo y la Guerra de Cuba[1]

Ottmar Ette

I

> El vestir como obreros algunos artistas -no sólo Picasso, ni Torres Campalans- representó, entonces, algo más que necesidad o gusto: la expresión de un sentido político, toma de partido por la clase desheredada, protesta contra el orden imperante. No una moda: las extravagancias románticas estuvieron enquistadas en la burguesía, el dandysmo de algunos escritores de fin y principio de siglo concuerdan con el modernismo -entendido a la española. El traje puritano de Unamuno, el desaliño de Baroja, el paraguas rojo de Azorín, el vestir obrero de Picasso y Torres Campalans señalan ciertos aspectos de la generación del 98 (Aub 1985, 133).

En este pasaje de la biografía verdadera de un artista catalán ficticio, Max Aub retrata, como en una instantánea, la puesta en escena de una comunidad deseada en tres niveles: la de los escritores de la generación del 98, la comunidad entre escritores y artistas, y, finalmente, la comunidad anhelada de todos ellos con el pueblo, cuyas esencias desean expresar. Como la obra artística de Torres Campalans -según su autor una de las figuras más fascinantes de nuestro siglo- se desarrolla desde los parámetros y contextos culturales de la generación del 98, no faltan en esta novela observaciones agudas en torno a aquel período particularmente fecundo de las letras españolas. Aunque Jusep Torres Campalans sea una figura inventada por su autor, ya sabemos que -*se non è vero, è ben trovato*- las invenciones mucho nos dicen tanto del que retrata como del objeto retratado que es, en último término, esa España de "fin y principio de siglo". El estilo indumentario no sólo revela una rebelión contra las normas vigentes en la España de aquellos años sino que crea también -según Aub- una distancia entre los que pueden contarse entre los representantes de la generación del 98 y los que pertenecen al grupo de los modernistas. Y aquí el narrador especifica que sólo está hablando de un modernismo entendido a la española. Aún serían necesarios estudios más detallados acerca del hábito (en el sentido de Bourdieu) de los

---

1 Este artículo ya ha sido publicado 1998 en: Iberoamericana (Frankfurt/M.) XXII, 71-72, 44-76. Este breve texto destaca dos aspectos primordiales de un ensayo de mayor envergadura, "Visiones de la guerra - guerra de las visiones. El Desastre, la función de los intelectuales y la Generación del 98".

intelectuales de fin de siglo[2]. Los intelectuales de la época inventan su propia imagen, su modo de presentarse en el espacio público -y tratan de controlar esta imagen pública. Esta invención de una imagen identificadora del intelectual -que ha seguido una serie de cambios relativamente profundos que, como se señala en el párrafo citado, nada tienen que ver con la moda- se relaciona con su capacidad de ponerse en escena, de crearse un nombre y de hacerse escuchar. Es, básicamente, no tanto un deseo de tipo narcisista sino el deseo de una eficacia "mediática", de un impacto en la esfera pública[3]. La fórmula de Angel Ganivet, que no carece de cierto tono autocrítico, es bastante reveladora a este respecto: "no se quiere comprender que la importancia de lo que dicen no está en lo que dicen, sino en la excitación que producen a quien les escucha" (1961, 171).

El intelectual, en una sociedad ya modernizada, está condenado a ser eficaz o a no ser. Los numerosos análisis recientes del rol de los periódicos en la percepción y desarrollo de la Guerra de Cuba han podido verificar toda la influencia que los *mass media* de entonces ejercieron sobre la opinión pública tanto en España como fuera de la península. Como bien lo señaló Ganivet en otro párrafo de su *Ideárium español*, la invención del telégrafo o el teléfono no ha contribuido en nada a la destrucción de las viejas ideas: "lo que ha hecho ha sido trabajar para que circulen con más rapidez, para que se propaguen con mayor amplitud"[4]. Bajo las nuevas condiciones de la circulación de las ideas y del saber, la creación de la imagen pública del intelectual es nada más que un aspecto de lo que podríamos llamar su *capacidad performativa*. Desde este punto de vista, es importante comprender que

> en plena crisis del liberalismo burgués, nos encontramos con una "clase" de intelectuales que no se definen únicamente por su manera de pensar o por

---

2 Me parece significativo que incluso en su breve e importante ensayo sobre su generación, Azorín no mencione únicamente las cualidades estéticas y los temas preferidos de sus integrantes sino también -más allá del "refinamiento de estilo"- las "desmesuradas melenas" de Valle-Inclán y la polémica que provocaron; cf. Azorín 1971, 176s. He tocado el tema en mi análisis de la iconografía martiana en la que, a partir de las formas de vestir, se vislumbra en José Martí, contrariamente al elegante Rubén Darío, cierta cercanía a los noventiochistas; cf. Ette 1994. Piénsese también en los versos del célebre autorretrato de Antonio Machado: "Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido/-ya conocéis mi torpe aliño indumentario-".

3 Lógicamente, la obra de arte incluye para Azorín, además de su aspecto técnico y estético, el importante aspecto de "su alcance e influencia sociales"; cf. Azorín 1971, 165.

4 Ganivet 1961, 165. La posición anti-modernizadora de Angel Ganivet se manifiesta a menudo llena de ironía y, a veces, de autocomplacencia. Véase esa bella enumeración de los emblemas de la modernidad: "Yo aplaudo a los hombres sabios y prudentes que nos han traído el telescopio y el microscopio, el ferrocaril y la navegación por medio del vapor, el telégrafo y el teléfono, el fonógrafo, el pararrayos, la luz eléctrica y los rayos X; a todos se les deben agradecer los malos ratos que se han dado [...]; pero digo también que, cuando acierto a levantarme siquiera dos palmos sobre las vulgaridades rutinarias que me rodean y siento el calor y la luz de alguna idea grande y pura, todas esas bellas invenciones no me sirven para nada" (ibíd., 166).

el mero hecho de ser escritores o científicos, sino también por su actitud crítica o de disentimiento frente a la estructura socio-política dominante (Fox 1997, 112).

Con razón decía Werner Krauss que los intelectuales de la generación del 98 no habían luchado contra las tradiciones sino contra las convenciones de la época[5], lo que nos permite superar un análisis limitado solamente al contenido de las propuestas hechas por ese grupo que se dio cuenta no sólo de su rol en la esfera pública sino también de las oportunidades que la situación de post-guerra ofrecía para crear nuevas formas de expresión "artística". De ahí el particular interés de estos intelectuales no sólo en el contenido sino también en las nuevas y originales formas con las que expresaban su inconformidad con "esto y aquello". Si el debate en torno a la identidad colectiva e individual en las repúblicas americanas, en el ámbito hispanoamericano, nos muestra que lo que importaba no era tanto una propuesta (o "solución") concreta sino un horizonte común de inquietudes, de preguntas y de referencias, también me parece lícito generalizar el enfoque superando los límites de contenido, de la "solución" que cada uno de aquellos intelectuales españoles aportó a la crisis. Si el "problema de España", según Maeztu, "consistía en no haberse aparecido anteriormente como problema, sino como afirmación o negación" y que tal problema "era el no preguntar" (cf. Díaz-Plaja 1951, 97s.), cabe preguntarse hoy día no sólo acerca de las respuestas sino de sus diferentes formas performativas.

La performancia de los intelectuales españoles de fin y principio de siglo consistía precisamente en el desarrollo de formas escriturales originales, en su voluntad de estilo, que no se limitaba a un tipo de escritura sino que incluía necesariamente la presentación de una imagen pública, en su decisión de recurrir al medio masivo de la prensa distanciándose simultáneamente de los reporteros, periodistas y, como decía Darío en un pasaje de su *España contemporánea*, "filósofos de periódicos" (Darío 1987, 79). No cuenta tan sólo el contenido ideológico o político-social de sus visiones sino también esa visión como tal, la visión como artefacto, medio y función en una situación ya posterior al Desastre. No es intelectual quien quiere serlo sino aquél que sabe impactar en el espacio público preparando cuidadosamente su "aparición", su performatividad en el marco de una sociedad que ya no cree en las estructuras políticas tradicionales[6].

---

5 Cf. Krauss 1972, 49. Las tradiciones significaban para todos ellos más bien una enorme responsabilidad con su propio país (cf. ibíd., 58). Cambiar el enfoque de las tradiciones a las convenciones (sin olvidar aquellas, por supuesto) implica integrar el estudio del *habitus* al análisis del ideario de la generación del 98.

6 En muchos noventayochistas, sin embargo, es aguda la conciencia de incapacidad de hacer llegar su voz a aquellos que, hasta el momento, nunca habían tenido voz: el espacio público en la España de fin de siglo todavía está considerablemente limitado.

El hecho de haber salido del terreno tradicional de *la* política y planteando *lo* político allí, precisamente, donde nadie lo sospechaba, en los meros detalles o en lo que Miguel de Unamuno llamó el "aluvión de lo insignificante", incluyendo sus propias formas de vestir, es uno de los méritos trascendentes de esta generación de intelectuales. Esto no incluye tan sólo una estética sino también una política del detalle[7]. La capacidad performativa fue la responsable de la dimensión colectiva de ese grupo y, simultáneamente, de la gran diversidad de individualidades que, en el sentido etimológico, eran *personas* que, dentro de la esfera pública, necesariamente tenían que diferenciarse unos de otros. La "teatralidad" de los noventayochistas se basaba en una fe compartida en su función social y política.

La gran diversidad y heterogeneidad de los que integraban la generación del 98 no puede servir, por ende, de argumento en contra de la existencia de tal grupo. Paradójicamente, más bien la confirma. La heterogeneidad y, a veces, disparidad de sus posiciones ideológicas se nota no sólo a nivel colectivo sino también a nivel individual, en las trayectorias tantas veces contradictorias de sus integrantes. No ponemos en duda, naturalmente, la existencia de una persona llamada Miguel de Unamuno, aunque haya sido una de las figuras más contradictorias y multifacéticas de las letras españolas: por supuesto su autoría, su nombre de autor, la garantiza. Lo que da cierta coherencia a las ideas pero sobre todo a las figuras de Ganivet, Maeztu, Unamuno o Azorín, no es un pensamiento orgánicamente desarrollado y sin contradicciones ni cambios abruptos, sino una manera y, más todavía, un estilo de afrontar y vivir la propia posición como intelectuales.

II

En un texto publicado el 9/8/1914 en el *Diario del Plata*, José Enrique Rodó trató de expresar la "ansiedad universal":

> Apenas hay lugar en el espíritu público para otra atención y otro interés que los que despierta la contienda que interrumpe el orden de la vida civilizada

7 Es lo que José Enrique Rodó, en una serie de artículos sobre la Guerra del 14 en los que siempre partirá de un detalle, llamará "La guerra a la ligera", precisando bien su propia posición frente a los acontecimientos de la guerra en Europa: "Espectadores, como los que leen los diarios, son también los que los escriben. En esta condición de espectadores, ajenos a toda vocación heroica, abrimos esta pequeña sección para hablar, a nuestro turno, "de guerras y batallas", como el burgués del *Fausto*. Impresiones, comentarios, recuerdos, moralejas, asociaciones de ideas o de sentimientos, pasarán por el fondo gris de estas crónicas, todo ello sin pizca de mala intención ni de gravedad trascendental. En cuanto a los hechos que nos han de servir de *canevas*, declinamos, desde luego, toda garantía de veracidad, traspasándola a la autoridad responsable de los corresponsales telegráficos. Cf. *La guerra a la ligera. Introito de una pequeña sección*. En Rodó 1967, 1223.

en los más cultos y poderosos pueblos del mundo. La solidaridad humana se pone a prueba en estos extraordinarios momentos, manifestando hasta qué punto la frecuencia y facilidad de las comunicaciones han hecho del planeta entero un solo organismo cuyos centros directores transmiten a los más apartados extremos la repercusión moral y material de lo que en ellos pasa (*Ansiedad universal.* En Rodó 1967, 1218).

El impacto de lo que más tarde se denominaría Primera Guerra Mundial fue grande en el pensador uruguayo e inspiró en él toda una serie de artículos de periódico. En ellos desarrolló su visión de la guerra de 1914 desde fuera, desde los "apartados extremos" de aquel "organismo" producido por la modernización de los medios de comunicación a escala mundial. Aunque la guerra, para Rodó, "interrumpe el orden de la vida civilizada", si es "uno de esos súbitos huracanes de odio, que, en el centro mismo de la civilización entronizan, más o menos transitoriamente, la brutalidad y la barbarie de la fuerza" (ibíd, 1219), no le quedan dudas acerca del objeto de la solidaridad que pide ni pone en duda que -como reza el título de su artículo publicado el 3/9/1914- "La causa de Francia es la causa de la humanidad" (ibíd, 1220). El autor de *Motivos de Proteo* acepta la imparcialidad de los estados latinoamericanos, pero no la indiferencia de los ciudadanos latinoamericanos con respecto a aquel país que es "la gran nación de su raza y de su espíritu" (ibíd.). La Guerra del 14 es quizás la última guerra que responde todavía al esquema discursivo del panlatinismo y de la defensa de los pueblos latinos; y es, simultáneamente, la primera que, por sus resultados, se sale de ese paradigma de interpretación y de la tesis de la degeneración de los pueblos latinos, cuyo trauma había sido, precisamente, otra contienda germano-francesa que modelaba, en gran parte, la visión del Desastre del 98. Si Rodó aceptó la lucha tenaz del pueblo francés, no aceptó, sin embargo, la guerra como tal ya que, para él, se caracterizaba por "los instintos bárbaros del odio" y la "iniquidad y torpeza de la fuerza" (ibíd.).

Muy diferente era, sin embargo, la visión de la guerra que, pocos años antes, desarrolló Miguel de Unamuno en su célebre *Del sentimiento trágico de la vida*, fechado "En Salamanca, año de gracia de 1912". En estas reflexiones torturadas, en una España que después del Desastre iba de crisis en crisis, Unamuno proyectó una visión de la guerra que iba más allá del tópico de ésta como fuerza motriz del progreso, apareciendo, de forma algo oblicua, el tema antropofágico:

¿Y hay, acaso, asociación más íntima que la que se traba entre el animal que se come a otro y este que es por él comido, entre el devorador y devorado? Y si esto se ve claro en la lucha de los individuos entre sí, más claro aún se

ve en la de los pueblos. La guerra ha sido siempre el más complejo factor de progreso, más aún que el comercio. Por la guerra es como aprenden a conocerse y, como consecuencia de ello, a quererse vencedores y vencidos (Unamuno 1967, 830).

En este libro, Unamuno, obsesionado por la idea de la muerte, como muchos de su generación, parte del *struggle for life*, omnipresente en la literatura finisecular, para llegar a una concepción de la fusión amorosa realizada por medio de un acto antropofágico. No sería exagerado pensar que la muerte no es un simple término final de la existencia sino la transición a una vida del devorado en y a través del devorador. Es una unión que podría asociarse a otra unión importantísima en esta obra: la unión de amor que genera otra vida, que se perpetúa mediante el otro en una vida nueva que, según Ortiz, "siempre tiene algo de ambos progenitores" (Ortiz 1978, 96). No sorprende que Unamuno encuentre "mucha más humanidad en la guerra que no en la paz", que la ofensiva le parezca "lo más divino acaso de lo humano", que la guerra sea "escuela de fraternidad y lazo de amor" (Unamuno 1967, 979). Ese himno a la guerra, que es "la santificación del homicidio", va a redimir a Caín, asesino de su hermano Abel, como "general de ejércitos" y lo convertirá, finalmente, en "fundador del Estado"[8]. Es el tema de la fuerza purificadora de la guerra el que convertirá al fratricida en hombre de honor, en hombre de estado. Ya Maeztu, con anterioridad al Desastre, había pedido un Sedán, una derrota que trajera, en sus entrañas, la milagrosa oportunidad de librarnos de todo mal, engendrando visiones de una paz impregnada por la guerra. Quizá la visión de la derrota de "ese donquijotesco don Miguel de Unamuno" (como lo llamaba Antonio Machado en un célebre verso) sea la de Don Quijote y su risa, que no en vano, según Bajtín, mucho tiene de carnavalesco:

> El mundo tiene que ser como Don Quijote quiere, y las ventas tienen que ser castillos, y peleará con él y será, al parecer, vencido, pero vencerá al ponerse en ridículo. Y se vencerá riéndose de sí mismo, y haciéndose reír (Unamuno 1967, 1019).

No sin razón, la Guerra de Cuba ha sido llamada la "Guerra de Martí". De hecho, el poeta y ensayista cubano puede ser considerado como el "autor intelectual" de aquella lucha (aunque no de otras posteriores). La escritura

---

8 *Ibíd.* Acerca de la visión generalmente positiva que los noventayochistas tenían de la guerra, véase también Krauss 1972, 52.

martiana, no lo olvidemos, nace bajo el signo de la guerra, la de los Diez Años. No participó en ella directamente, pero sus actividades (que lo llevarán al presidio político y luego al exilio en España, en diferentes países hispanoamericanos y, finalmente, en los Estados Unidos) están marcadas por el sello de aquella guerra de liberación colonial. Martí, por cierto, no es un mero espectador de la guerra.

La visión de la Guerra de 1868 que tiene Martí es la de un hombre que, curiosamente, participa y no participa en ella: sufrió la persecución y el destierro pero también la acusación, reiterada a lo largo de su vida, de no haber recurrido a las armas. Con la firmeza de su fe en la necesidad de la guerra, escribe desde su destierro madrileño, el 15 de abril de 1873, a Néstor Ponce de León (quien iba a pasar treinta años en el exilio) que habría que explicar a los peninsulares que la guerra de la república española contra Cuba era "doblemente fratricida"[9]. Hijo de padres españoles, pero nacido en Cuba, nunca negó los lazos históricos y culturales que unían a su isla con la metrópoli. El discurso oficial de la Madre Patria, tanto la de 1868 como la de la Primera República, quedó intacto durante todo ese largo período y se mantuvo en pie hasta el Desastre, imponiendo y repitiendo invariablemente el lema de la "integridad territorial" y de la "integridad de la patria"[10]. Lógicamente, a Martí, para el que ni el anexionismo ni el autonomismo ofrecían alternativas viables, no le cabían esperanzas de una solución fuera de una guerra de liberación. Esto no significa que el autor de *Abdala* haya tenido una visión positiva de la guerra como tal; numerosos son los textos en los que destaca las crueldades y sufrimientos que siempre lleva consigo. Para Cuba, sin embargo, la juzgaba necesaria. Pero no cualquier guerra. Con ocasión de la muerte del general Sheridan, en Estados Unidos, presenta a los lectores de *La Nación* de Buenos Aires, el 3/10/1888, su comprensión de la guerra en la voz del moribundo general:

> ¡Pelear es una cosa y gobernar otra! Subordínese, decía Sheridan, el empleo militar, que es el agente de la ley, al gobierno civil, que es la ley. La guerra no inhabilita para el gobierno; pero tampoco es la escuela propia del arte de gobernar (Martí 1975, 121).

Frente a los prestigiosos generales de la Guerra de los Diez Años, Martí supo imponer (por lo menos hasta sus últimos días) esa visión de una guerra

---

9 Martí 1983, 114. Véase también su célebre folleto *La república española ante la revolución cubana* del mes de febrero de aquel año (*ibíd.*, 103ss.).

10 Acerca de este discurso y de la comparación oficial, según la cual Cuba era para España lo que Alsacia-Lorena para Francia, véase Franzbach 1988, 24.

subordinada a la ley, al poder civil[11]. Esa fue la lección que sacó del fracaso de la primera guerra. También supo imponer su visión de una muerte heroica que, en el mismo texto de 1888, aparece ya con toda esa estética y belleza que siempre atraía a Martí:

> El valor crece a caballo. En el caballo hay gloria. ¡Oh Dios! morir sin haber caído sobre los tiranos con una buena carga de caballería... (ibíd, 125).

La guerra, también para Martí, incluía un efecto purificador[12]. Pero significaba, antes que nada, la voluntad de liberar la patria y de fundar un pueblo. Desde Simón Bolívar y la revolución de independencia, las guerras se interpretaban como "actas de nacimiento" de un pueblo y una nación, recibiendo así una función fundacional que se les atribuía a lo largo de aquel siglo[13]. También José Martí confiaba en esta función de la guerra que estaba fomentando[14]. Por lo tanto, la idea de la unidad en la guerra y después de ella es fundamental para Martí, tanto para combatir el régimen colonial español como para prevenir el expansionismo imperialista estadounidense. Esa unidad debía alcanzar al pueblo entero, empezando por la concordia entre los jefes militares y el elemento civil o, como decía Martí, entre "la idea y el brazo de la revolución"[15]. Culmina esta visión martiana de la guerra en el llamado "Manifiesto de Montecristi", fechado el 25 de marzo de 1895, firmado por Máximo Gómez y José Martí y redactado por este último. Insiste, una vez más, en que "el pueblo de Cuba" sea "invencible e indivisible", que la guerra inminente sea "la obra idéntica de dos generaciones" y que "la unidad y solidez de la revolución cubana" se manifiesten en la firma del "Delegado del Partido Revolucionario Cubano" (la suya) y la del "General en

---

11 Véase la carta que Martí, al separarse transitoriamente de la preparación de una guerra de liberación, manda el 20/10/1884 al General Máximo Gómez que ya había luchado en la guerra anterior. En este texto doloroso se destaca una frase en la que culmina su visión de la guerra –y más todavía de la paz y de su propia tarea: "Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento". En: Martí 1993, 280.

12 Véase, por ejemplo, su Discurso en la fiesta del "Club de los Independientes" del 16/6/1890, reproducido en *Anuario Martiano* 1969: "La guerra, como el incendio, salta, inconstrastable y purificadora, de un chispazo".

13 Cf. Zeuske/Zeuske 1998, 344s.: "Desde la restrospectiva historiográfica de México, Argentina, Venezuela, Chile, Colombia, así como de Cuba, estas guerras o, mejor dicho, revoluciones tienen la función de actos de fundación, aunque o precisamente porque, como sabemos, al principio fueron más bien "estados sin naciones" o, quizás mejor, estados para los que las élites juraron una "nación" mística a formar según los modelos europeos (Bolívar: "La nación consiste en todas las luchas contra España", "República en Armas", etc.). En realidad, en las antiguas colonias existían comunidades separadas con identidades étnicas y regionales".

14 Para un ejemplo menos conocido, véase su "Carta circular" de 1893 publicada en Estrade 1983, 101–106.

15 Cf. su texto "Muy distinguido compatriota: ni el patriotismo glorioso e indomable de usted permitiría [...]" En: *Centro de Estudios Martianos* 7. La Habana 1984, 4. Esta idea se plasmó también visualmente a través de un largo proceso iconográfico que, en cierta forma, culminó en 1894 con la fotografía (propagandística) de José Martí y Máximo Gómez; véase Ette 1994.

Jefe electo en él por todos los miembros activos del Ejército Libertador"[16]. En el manuscrito de ese texto fundador, se ven aún las múltiples tachaduras y cambios a los que Martí, con una escritura febril, sometió un pasaje importantísimo de ese "Manifiesto". ¿Cómo definir esta guerra? Finalmente, el autor de *La Edad de Oro* la va a calificar como una "guerra fatalmente necesaria"[17], una fórmula donde se unen las experiencias, los anhelos y las visiones del prócer cubano. Y a pesar de todos los intentos de convencerle para que volviera a Nueva York y dejara obrar solos a los militares en el campo de batalla, acompañará a Máximo Gómez en su difícil viaje a las costas cubanas. Su llegada a Cuba, en un pequeño bote, se conserva en todo su esplendor:

> La luna asoma, roja, bajo una nube. Arribamos a una playa de piedras, *La Playita* (al pie de *Cajobabo*). Me quedo en el bote el último vaciándolo. Salto. Dicha grande.[18]

Lo que sigue en el *Diario* martiano es ya una visión desde dentro de la guerra:

> Gómez, al pie del monte, en la vereda sombreada de plátanos, con la cañada abajo, me dice, bello y enternecido, que aparte de reconocer en mí al Delegado, el Ejército Libertador, por él su Jefe, electo en consejo de jefes, me nombra Mayor General. Lo abrazo. Me abrazan todos (ibíd, 217).

Pero Martí, aunque fue el fundador de un pueblo, no se iba a redimir como "general de ejército". Pronto llegará la discordia con el mando militar, la guerra dentro de la guerra. El 16 de mayo de 1895, tres días antes de su muerte a caballo, mortalmente herido por las balas españolas durante su espontánea carga de caballería en Dos Ríos, surge por última vez en su *Diario* el problema del caudillismo que ha vuelto a la superficie y que enturbia la visión martiana de la guerra; una guerra que veía como necesaria y fatal. Así termina su *Diario*, crónica de una muerte anunciada, el 17 de mayo, con una frase casi anodina:

> Está muy turbia el agua crecida del Contramaestre,– y me trae Valentín un jarro hervido en dulce, con hojas de higo... (ibíd, 243).

---

16 José Martí: Manifiesto de Montecristi. En Martí 1975, 4, 101.

17 Ibíd., 99. Véase también la hermosa edición de Martí 1961. Los numerosos cambios merecerían un estudio más detallado que podría aclarar muchos aspectos de la visión martiana de la guerra.

18 José Martí: Diario. De Cabo Haitiano a Dos Ríos. En Martí 1975, 19, 215.

La desaparición física de Martí en la guerra que él mismo había preparado y que tanto significó para el mundo hispanohablante (y para Estados Unidos) ha dado lugar a muchas meditaciones acerca de la significación y la función de esta creación martiana. Entre estas meditaciones, pocas han sido más profundas que las que José Lezama Lima expuso en una conferencia dada en un enero (martiano) de 1957 y que luego fue integrada en su trascendental libro *La expresión americana*:

> José Martí representa, en una gran navidad verbal, la plenitud de la ausencia posible. En él culmina el calabozo de Fray Servando, la frustración de Simón Rodríguez, la muerte de Francisco Miranda pero también el relámpago de las siete intuiciones de la cultura china, que le permite tocar, por la metáfora del conocimiento, y crear el remolino que lo destruye [...]. Sus *Diarios* son el descubrimiento táctil del desembarcado, del reciénvenido, del duermevela, del entrevisto. Preside dos grandes momentos de la expresión americana. Aquel que crea un hecho por el espejo de la imagen. Y aquel que en la jácara mexicana, la anchurosa guitarra de Martín Fierro, la ballena teológica y el cuerpo whitmaniano, logra el retablo para la estrella que anuncia el acto naciente (Lezama Lima 1993, 130–132).

La subida de la estrella de Cuba, de la que nos habla Lezama Lima, correspondió con la caída de los astros en aquel histórico *desastre* español, que a su vez formó una pléyade brillante de escritores e intelectuales. La última palabra, sin embargo, no pertenece al creador de José Cemí sino al autor de *Nuestra América* que termina con la visión de una generación y de un acto generador que fue, al mismo tiempo, gesto fundador y transcultural:

> ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva![19]

19 José Martí: Nuestra América. En Martí 1975, 6, 23.

Bibliografía

Anuario Martiano (La Habana) 1, 1969, 327.

Aub, Max. 1985. *Jusep Torres Campalans*. Barcelona: Plaza & Janés.

Azorín, Antonio. 1971. La generación de 1898. En: íd. *Clásicos y modernos*. Buenos Aires: Losada.

Darío, Rubén. 1987. *España contemporánea*. Prólogo de Antonio Vilanova. Barcelona: Lumen.

Díaz-Plaja, Guillermo. 1951. *Modernismo frente a Noventa y Ocho. Una introducción a la literatura española del siglo XX*. Madrid: Espasa-Calpe.

Estrade, Paul (ed.). 1983. *José Martí, militante y estratega*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Ette, Ottmar. 1994. Imagen y poder - poder de la imagen: acerca de la iconografía martiana. En: Titus Heydenreich; Ottmar Ette (eds.). *José Martí 1895/1995. Literatura - Política - Filosofía - Estética*. Frankfurt/M.: Vervuert, 225-297.

Fox, Inman. 1997. *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*. Madrid: Cátedra.

Franzbach, Martin. 1988. *Die Hinwendung Spaniens zu Europa. Die generación del 98*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.

Ganivet, Angel. 1961. Ideárium español. En: íd. *Obras Completas* I. Prólogo de Melchor Fernández Almagro. Madrid: Aguilar.

Lezama Lima, José. 1993. *La expresión americana*. México: Fondo de Cultura Económica.

Krauss, Werner. 1972. Eine Generation der Niederlage. En: íd. *Spanien 1900 - 1965. Beitrag zu einer modernen Ideologiegeschichte*. München/Salzburg: Fink.

Martí, José. 1961. *Facsímil del Original del Manifiesto de Montecristi*. La Habana: Academia de la Historia de Cuba.

—. 1975. El general Sheridan. En: íd. *Obras Completas* 13. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

—. 1983. *Obras Completas, Edición crítica* I. La Habana: Centro de Estudios Martianos - Casa de las Américas.

—. 1993. *Epistolario* I. La Habana: Centro de Estudios Martianos.

Ortiz, Fernando. 1978. *Contrapunteo cubano del Tabaco y el Azúcar.* Prólogo y Cronología Julio Le Riverend. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Rodó, José Enrique. [2]1967. *Obras completas.* Editadas, con introducción, prólogos y notas, por Emir Rodríguez Monegal. Madrid: Aguilar.

Unamuno, Miguel de. [7]1967. Del sentimiento trágico de la vida. En: íd. *Ensayos.* Con una antología epistolar II, comentada por Bernardo G. de Cándamo. Madrid: Aguilar.

Zeuske, Michael; Max Zeuske. 1998. *Kuba 1492 - 1902. Kolonialgeschichte, Unabhängigkeitskriege und erste Okkupation durch die USA.* Leipzig: Leipziger Universitätsverlag.

La guerra del 98 desde la perspectiva de la prensa alemana y los intereses económicos y políticos

Martin Franzbach

La guerra entre Cuba, España y Norteamérica, de 1895 a 1898, puso en movimiento el orden geopolítico internacional, pero sus actores no fueron sólo las naciones mencionadas. En el equilibrio cuidadosamente ponderado de las potencias europeas, también el *Reich* alemán desempeñó un papel, aparentemente neutral, dando señales evidentes, sin embargo, de querer mostrar la fuerza de una gran potencia en ultramar, después de la guerra germano-francesa de 1870/71.

La guerra de Cuba no empezó a ser atractiva para la prensa alemana hasta la intervención militar norteamericana. Antes de la Primera Guerra Mundial, el espectro de la prensa era ya muy amplio para su época. Unos 4.000 periódicos tenían una tirada de unos cinco o seis mil millones de ejemplares. Su horizonte político abarcaba desde la prensa no afiliada a ningún partido, la prensa nacional-liberal, la liberal, la democrática, la prensa de derechas la socialista hasta publicaciones religiosas (Wernecke 1970).

La mayoría de las informaciones sobre la guerra de Cuba procedía de las grandes agencias internacionales, como la Agence Havas y el Buró Reuter. Las conferencias de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores las dirigía desde 1894 Otto Hammann, Consejero de Legación ("Wirklicher Geheimer Legationsrat") y doctor en Jurisprudencia, con anterioridad empleado del *Hamburger Correspondent*. El portavoz oficial, semiestatal, del gobierno era la *Norddeutsche Allgemeine Zeitung* que, si bien era estudiada en los centros oficiales, apenas era leída por el público.

También la *Frankfurter Zeitung* era considerada como portavoz semioficial. El *Vossische Zeitung*, la "Tía Voss", era, a pesar de su tirada relativamente reducida, el órgano liberal más importante. Además de estas publicaciones de la prensa, había una serie de periódicos regionales y de provincias. En el índice anual del Archivo para Investigación de la Prensa Alemana, de Bremen, se puede seleccionar cómodamente el material microfilmado.

Apenas había corresponsales de guerra alemanes *in situ*. Joseph Herrings escribió para la *New Yorker Staatszeitung*, publicando después sus artículos en forma de libro (*Kuba und der Krieg*, Nueva York 1899). A Charles Ring, de la *Vossische Zeitung* y del *Berliner Fortschrittsblatt*, el mando americano le retiró la acreditación (cf. Herrings 1899, 5). Lo mismo le sucedió al corresponsal Wirth, del *Frankfurter Generalanzeiger*, por difamación y supuesta sospecha de espionaje. En la *Neue Korrespondenz* (n° 109 del 14/09/1897) fue también

imprimido el informe de un alemán de Santiago de Cuba, en el que se describía detalladamente el ataque de los insurrectos a Guantánamo.

En el primer plano de la información figuraba la historia militar. Los comentarios políticos trataban por la neutralidad de Alemania que, sin embargo, apoyaba de forma no abierta a España y mostraba su escepticismo frente a la actitud anexionista de los EE.UU. Así, por ejemplo, en vísperas de la explosión del "Maine", el 15/03/1898, puede leerse en la *Weser Zeitung*, según fuentes diplomáticas francesas de París, lo siguiente:

> En caso de guerra, España no puede contar con el apoyo activo de Europa sino sólo con su propia fuerza. En la situación internacional actual, Europa no puede más que brindar simpatías a España.

El artículo de fondo al día siguiente llevaba por título, de acuerdo con esta actitud, "Sin posibilidad de solución". El periódico *Berliner Neueste Nachrichten* del 28/09/1897 invocaba el papel de mediador de Alemania en un artículo titulado "Europa y la cuestión cubana". Según él, existe un interés común europeo de solidaridad con España que, sin duda, permitiría formar una alianza entre Francia, Rusia, España y Alemania frente a los EE.UU. Considerando que la información era en general bastante estereotipada, resulta lógico que apenas aparezcan análisis que incluyan todos los aspectos del problema, con datos que expliquen las causas de la situación.

En *Die Neue Zeit*, el semanario de la socialdemocracia alemana, editado por Karl Kautsky en colaboración con Bebel, Bernstein, Lafargue, Liebknecht y Mehring, aparece un artículo de M. Beer sobre "Los Estados Unidos en 1898", en el que se analiza además la "Revolución en Cuba y las consecuencias de la guerra[1].

Los motivos para el estallido de la guerra el 24/02/1898 son atribuidos a la desesperada situación económica de la isla. El azúcar, el producto que marca el destino de Cuba, con el que aparecen unidos dos tercios de la población y otros muchos ramos económicos, es desplazado por la remolacha en el mercado mundial. A ello, habría que añadir el lento sistema mercantil y aduanero español que no permite flexibilidad alguna y que está corrompido por sus representantes.

La desoladora guerra de tres años representa el colapso definitivo de la isla:

> Los intereses económicos evidentes de EE.UU., su violenta ambición por conquistar nuevos mercados, así como la simpatía tradicional de los

1 Cf. XVII, 1, 1898/99, sobre todo 678-680 y 708-714.

americanos hacia los pueblos que luchan por la libertad de sus ciudadanos, condujeron a la intervención en favor de Cuba y a la destrucción del imperio colonial español (*Die Neue Zeit* 1898/99, 680)[2].

El comentarista M. Beer pasa después, en su informe desde Nueva York del 31/12/1898, a criticar el papel de los conservadores en Europa:

> Los conservadores y los partidos del centro alemanes y franceses, que simpatizan con España, aparecen a la luz de los hechos económicos, como los destructores implacables de la potencia colonial española.

Según Beer, los Estados Unidos proceden como gran potencia también en la esfera política. La ampliación de la doctrina Monroe ha desencadenado un delirio triunfal en todo el pueblo, lo que ha hecho enmudecer cualquier manifestación antiimperialista. Las consecuencias para el movimiento obrero y el socialismo se reflejan, en esta situación interna americana, en una resolución tomada frente al imperialismo en el XVIII Congreso de la "American Federation of Labor", celebrado desde el 12 hasta el 18/12/1898 en Kansas City:

> Como la guerra contra España dio origen a una nueva política, de mayor alcance -el imperialismo- y esta política, si el Senado la confirma, repercutirá seriamente sobre los asalariados al crear un ejército permanente y una flota aristocrática que pondrán en peligro la existencia de nuestra República, se decide por ello que el Congreso proteste contra cualquier innovación en nuestro sistema de gobierno e instruya a sus funcionarios para que, haciendo uso respetuoso de todos los medios no violentos, inflijan una derrota a esta política (*Die Neue Zeit* 1898/99, 712 s.).

La política expansionista como consecuencia lógica del sistema capitalista: esto suena ya a las palabras de Lenin en *El imperialismo como estadio superior del capitalismo* (1917), texto en que se señala la importancia en esa época de la guerra de Cuba como empresa imperialista.

Desde la publicación del *Ensayo político sobre la isla de Cuba* (1826), de Alexander von Humboldt, no habían aparecido en Alemania tantos libros sobre la isla como en el entorno de la Guerra de Cuba[3]. En todos ellos, los análisis

2 Las traducciones son, si no se ha indicado de otra manera, del autor.

3 Cf. Preiß 1897, Herrings 1899, Plüddemann 1899, Paasche 1900, Zabel 1901.

económicos ocupan una parte importante junto a una amplia exposición de los hechos de armas.

La prohibición, en 1897, de exportar tabaco en rama procedente de las provincias de La Habana y Pinar del Río, tuvo a corto plazo una repercusión mayor sobre los importadores de tabaco de las ciudades hanseáticas que la difícil importación de latanias de las Indias occidentales. Pero también la competencia de Inglaterra y los EE.UU. amenazaba a los intereses alemanes, como se desprende de un informe confidencial del Consulado Imperial de La Habana, fechado el 14/3/1898:

> Debido al hábil aprovechamiento de la coyuntura, sumamente favorable, creada por la actual revolución, la propiedad antes apuntada va a experimentar, según parece, un cambio considerable inmediatamente al pasar más fábricas y plantas industriales a manos inglesas (Staatsarchiv Bremen, A 3, S. 6, n° 214).

Como consecuencia de la Guerra de Cuba, la formación de *trusts* y consorcios se desplazó con mayor intensidad hacia los países angloamericanos y condujo a la creación de alianzas financieras transatlánticas. Al reparto del mundo entre las grandes potencias y la caza de los últimos ribetes coloniales siguió a finales del siglo XIX "el reparto del mundo entre las asociaciones capitalistas" (Lenin 1970, 820). Exactamente un año después, el cónsul alemán comunicaba la creación de un sindicato de tabaco Habana en los EE.UU., en el que convergieron capitales ingleses, norteamericanos y alemanes.

Los competidores desconfiaban entre sí en cuanto a sus posibles objetivos expansionistas. En 1898, el *New York Herald* y *The Florida Times-Union* informaban sobre rumores, según los cuales Gustav Bock, mayorista de tabaco de Bremen, proyectaba, a la cabeza de un sindicato alemán, adquirir grandes terrenos en la Isla de Pinos (cf. Auswärtiges Amt, Politisches Archiv, Bonn, R 17498). En contra de esta operación, estaban sobre todo los *trusts* norteamericanos, que incitaban no sin razón al gobierno para que declarase la guerra a España (Pratt 1934).

También H. Upmann, el consorcio alemán bancario y de tabaco, figuraba entre los ganadores de la guerra:

> Durante el bloqueo, el gobierno español dependía casi por completo de las cajas de caudales de Upmann y Co. [...] Parece ser que esta empresa había hecho un "negocio redondo" al adquirir letras de cambio de Madrid (Herrings 1899, 15).

Incluso la crónica de la guerra de Herrings (cf. ibíd., 187–205) terminaba con un análisis de los productos cubanos que se podrían utilizar en el mercado internacional y sus posibilidades de ser exportados e importados. También para los que estaban dispuestos a emigrar fueron analizados y clasificados detalladamente el mercado de trabajo y la lista de productos nacionales, de acuerdo con su pronóstico para el futuro, exponiendo las perspectivas del desarrollo del tabaco, azúcar, café, cacao, legumbres y verduras, frutas, maderas industriales, carey, ganadería, ferrocarriles y telégrafos.

Mientras que en 1898, 72 barcos alemanes, con un volumen total de 99.640 TRB tocaron en puertos cubanos, en 1899, a finales de la guerra, lo hicieron 102 barcos. Mientras que la compañía "Hamburg-Amerika-Linie" se dedicaba sobre todo al transporte mercante, la "Hapag-Lloyd" se orientaba al desplazamiento de viajeros. Sus barcos hacían escala en Amberes y en el norte de España (La Coruña, Santander, Bilbao) para absorber el volumen de emigración español.

Pero también se transportaba la cerveza *Löwenbräu*, de Munich, y la *Salvator*, de Bremen, para calmar la sed en los trópicos. No todos los emigrantes alemanes procedían de Alemania; muchos se desplazaban de Cuba desde los EE.UU. u otras regiones del mundo. Si se compara los 8.877 españoles que en 1902 y los 14.691 españoles que en 1903 emigraron a la isla del Caribe, las cifras para los alemanes en los mismos años resultan muy bajas: 69 y 82 emigrantes anualmente.

Poco después del final de la Guerra del 98 vivían unos 400 alemanes en la isla, en su mayoría comerciantes, técnicos y mano de obra. De los informes comerciales y anuales de los consulados Imperiales alemanes en Cuba se deduce que, para el período comprendido entre 1887 y 1906, los acontecimientos bélicos apenas afectaron a las propiedades de la colonia alemana.

La presión de la competencia norteamericana no perjudicó los intereses alemanes de exportación, ya que la lista de los productos alemanes -incluida la cerveza mencionada- no tenía competidores: vajillas, loza, porcelana, espejos, cristal para ventanas, zinc, máquinas de coser, joyería de plata, papel para envolver, instrumentos musicales, juguetes, artículos de cuero, relojes. Rápidamente el capital internacional se acomodó entre sí sin problemas, por encima de las fronteras nacionales.

Ya en 1899, el Prof. Dr. H. Paasche, Consejero Secreto del gobierno y miembro del *Reichstag* (Dieta Imperial) y de la Dieta de Prusia, se desplazó a Jamaica y Cuba, en misión parlamentaria, para hacer un viaje de exploración de cuatro meses, a fin de proveer un dictamen sobre la situación política y económica después del triunfo de los EE.UU. Su discurso ante la Dieta Imperial el 6/2/1900 informaba sobre el radio de acción de los EE.UU., sus éxitos

expansionistas y sus objetivos. En La Habana le produjo admiración al político alemán lo conseguido por la *American way of life*:

> Por lo visto, los americanos han realizado en poco tiempo muchos cambios y hay que asombrarse, cuando se circula por las pequeñas calles de La Habana Vieja, encontrar todo ordenado, sin descubrir huellas de la guerra (Paasche 1900, 45).

Por primera vez aparecen positivamente descritos los guerrilleros cubanos:

> Este hecho fidedigno demuestra por sí solo que no eran bandas de ladrones, una chusma de negros aventureros arremolinada, quienes lucharon contra la Monarquía española, sino gente que, con todo el valor de que es capaz un pueblo fiel hasta la muerte, estaba dispuesta a combatir hasta el final de su misión (ibíd., 52).

Resumen de las previsiones económicas: si los americanos no invirtieran sumas considerables en la economía destruida y agotada de la isla, Cuba no podría regenerarse. De ninguna manera surgiría un competidor para la industria azucarera alemana, teniendo en cuenta que las plantaciones cubanas están actualmente arruinadas:

> Bajo todos los conceptos sería de interés para Alemania que Cuba permanezca o permaneciera libre pues, repito, apenas habría que temer ninguna competencia especial durante los primeros momentos (ibíd., 70).

La soberanía nacional de Cuba no es aquí postulada por razones políticas sino deseada tan sólo por consideraciones económicas estratégicas.

Rudolf Zabel había tenido presente los intereses comerciales alemanes en Cuba al analizar la evolución económica, social y política de la isla. Aunque el manuscrito estaba ya acabado a finales de abril de 1898, es decir en el momento de la intervención de los EE.UU., el texto fue sometido a una segunda revisión en 1901. En los dos últimos capítulos sobre el comercio de Alemania con Cuba y el futuro de la isla (cf. Zabel 1901, 78-88) se examinan el azúcar y el tabaco como los dos productos principales. El azúcar de remolacha alemán como competidor del azúcar cubano en el mercado norteamericano -esto no iba a cambiar tampoco en el futuro.

Cuando Zabel escribió su libro, la situación política de la isla no estaba decidida todavía. A pesar de ello, dio la preferencia a los EE.UU. antes que a

España. Según él, sólo cuando la calma se haya restablecido, se abrirá, con ayuda de una política inteligente, "un gran mercado de venta para la industria alemana que conquista el mundo cada vez más" (Zabel 1901, 88).

Bibliografía

Archivos

Auswärtiges Amt (Bonn), Politisches Archiv [Ministerio de Asuntos Exteriores, Bonn, Archivo Político]: *Informes diplomáticos*, sección A, posesiones españolas en América (Cuba) (R 17482 hasta R 17501) (25 archivadores de actas).

Staatsarchiv (Bremen) [Archivo del Estado de Bremen]: varios informes diplomáticos y de comerciantes de Cuba (1877-1898), A. 3, S. 6 (n° 22, 106, 116, 212, 213, 214). A. 3, N. 3 (n° 125).

Archiv für Deutsche Presseforschung (Bremen) [Archivo para la Investigación de la Prensa Alemana].

Estudios

Hauschild-Thiessen, Renate; Elfriede Bachmann. 1972. *Führer durch die Quellen zur Geschichte Lateinamerikas in der Bundesrepublik Deutschland.* Bremen: Carl Schünemann.

Herrings, Joseph. 1899. *Kuba und der Krieg*. Eine Darstellung der Ereignisse während des spanisch-amerikanischen Krieges nach eigener Anschauung des Verfassers, sowie ein Leitfaden für "Kuba-Lustige". New York: Chas Wildermann.

Lenin, Wladimir Iljitsch. 1970. Der Imperialismus als höchstes Stadium des Kapitalismus. En: íd., *Ausgewählte Werke* I. Berlin: Dietz, 763-873.

Paasche, Hermann. 1900. *Im Fluge durch Jamaica und Cuba*. Stuttgart: J.G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger (= Msc. en el *Deutscher Reichstag*; 6/2/1900, Cuba 41-72).

Plüddemann, Max F. 1899. *Der Krieg um Cuba im Sommer 1898.* Berlin: Ernst Siegfried Mittler und Sohn.

Pratt, Julius W. 1934. American business and the Spanish-American war. En: *The Hispanic American Historical Review* 14, 163-201.

Preiß, Edmund Karl. 1897. *Kuba unter spanischer Regierung. Landesgesetze und Statistische Daten der Insel.* New York: S.L.

Wernecke, Klaus. 1970. *Der Wille zur Weltgeltung. Außenpolitik und Öffentlichkeit im Kaiserreich am Vorabend des 1. Weltkrieges.* Düsseldorf: Droste.

Zabel, Rudolf. 1901. *Cuba. Die wirthschaftliche, sociale und politische Entwickelung der Insel. Unter besonderer Berücksichtigung der deutschen Handelsinteressen.* Berlin/Leipzig: Friedrich Luckhardt.

Alemania ante la guerra de Cuba

Michael Zeuske

I. ¿Un Caribe alemán?: El Imperio Guillermino y el Caribe hacia 1898

Antes de entrar en la materia concreta del conflicto entre las potencias en cuanto a Cuba, queremos presentar algunos apuntes sobre las fuentes y sobre las relaciones entre la región americana de "Westindien"[1] (Indias Occidentales) y los Estados de Alemania[2].

El presente texto y sus datos se basan en el material de los archivos de Merseburgo (Archivo Secreto del Estado, Prusia, actualmente Berlín-Dahlem), Dresden (Archivo Principal del Estado, Sajonia) así como Friburgo de Brisgovia, Potsdam y Bonn (Archivo Militar Alemán, Archivo de la Federación Alemana, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores). Es decir, en la parte alemana el enfoque es sobre todo el del antiguo reino alemán de Prusia hasta 1871 y desde esta fecha sobre todo el enfoque central de instituciones de la Alemania imperial. En cuanto a la prensa alemana nos basamos en el libro de Kaikkonen (1980) y en materiales del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores en Bonn, así como de las bibliotecas de las Universidades de Köln, Leipzig y Bremen. La historiografía sobre el tema no es muy exhaustiva. Al lado de los trabajos más o menos contemporáneos y los de índole teórica (debate del "imperialismo"), abajo mencionados, la investigación reciente más extendida y sistemática procede de la pluma del investigador madrileño, Luis Álvarez Gutiérrez (1997).

Las relaciones directas entre lo que generalmente se llama "Alemania"[3] y las regiones caribeñas en América en los primeros cuatro de los últimos quinientos años carecieron de continuidad.

De esta manera pueden establecerse, en líneas generales, seis etapas de relaciones más o menos estables entre Alemania y el Caribe hasta finales del siglo XIX. En todas estas etapas -menos en la primera- Prusia por un lado y las Antillas por el otro, desempeñaron papeles importantes. En todo este tiempo se puede ver a Alemania y a los alemanes como espectadores celosos de los éxitos coloniales de otras potencias en el ámbito americano.

---

1 Según el concepto contemporáneo de "Westindien", véase *Conversations-Lexicon oder encyclopädisches Handwörterbuch für gebildete Stände* 1819, X, 545ss. En cuanto a la discusión geográfica-cultural, véase Sandner 1982; véanse partes de este artículo en Sandner 1996a, así como íd. 1996b.

2 Cf. Zeuske 1998a. Uno de los trabajos más valiosos sobre la influencia alemana que tiene también la ventaja de romper con la leyenda de que la política de influencia alemana empieza sólo con Bismarck es Schoonover 1985 y 1997.

3 Hasta comienzos del siglo XIX en el plano político o prenacional es mejor hablar del "Imperio Germánico" o de los diferentes reinos y de los principados electorales; en el plano geográfico-social se habla de los países alemanes, en cuanto a la cultura más bien de "países de habla alemana". Sobre "Alemania en Cuba", véase Franzbach 1993.

1ª etapa (imperial-habsburgiana): 1520-1550: los Welser en el Caribe (Santo Domingo, Cuba) y en tierra firme como súbditos del emperador Carlos V (Schmitt 1992; Walther 1992);

2ª etapa (brandenburgiana): 1650-1700: Kurland y Brandenburgo en Tobago, en la costa africana y en las islas danesas[4]. Brandenburgo, el reino central de la futura Prusia, intentó integrarse en el comercio triangular de esclavos negros. Los intentos fracasaron por la resistencia de las potencias marítimas Inglaterra y Holanda así como, mucho menos conocida, Dinamarca. Ambas etapas representan intentos de establecerse directamente en las Indias Occidentales y como tales fracasaron. Lo que no fracasó fue lo que generalmente se ha llamado "la conquista científica de América" (1799-1804) por parte de Alejandro von Humboldt, quien a su vez creó muchos mitos sobre una "América rica" que ha desempeñado su papel en las imaginaciones de los alemanes del siglo XIX.

3ª etapa (hanseático-prusiana): 1815-1830: expansión comercial, basada en compañías comerciales y en una multitud de casas comerciales, ya con intentos de apoyo estatal por parte de Prusia y otros reinos alemanes. Es ésta una etapa de tránsito, porque también había intentos de comprar u ocupar una o dos islas del Caribe. Los intentos de establecer relaciones directas entre los centros productivos de Alemania y los mercados del Caribe y de América mediante compañías comerciales fracasaron rotundamente.

4ª etapa (prusiana): 1845-1866: A partir de la segunda mitad del siglo (sobre todo antes de 1848/49 y alrededor de la crisis de 1857) comenzó un colonialismo moderno e indirecto en América, en el cual las islas de Cuba y de Haití/Santo Domingo constituyeron una base para la expansión hacia las Américas (Zeuske 1998a). Esta expansión hasta la guerra victoriosa contra Dinamarca (1864) siempre tuvo algo de timidez en cuanto a esta potencia marítima y colonial.

La exportación masiva de mercancías alemanas y la penetración comercial y financiera fueron apoyadas fuertemente por el Estado de Prusia y, naturalmente, también por viajes científicos y una fuerte emigración alemana hacia América (cf. Schoonover 1985, 394).

5ª etapa (prusiano-bismarckiana): 1867-1890: la etapa preparatoria de la expansión imperialista alemana en América con el tránsito al colonialismo directo en África (1884) y a la exportación de capitales; políticamente se la puede llamar bismarckiana hasta más o menos 1890 o, de forma menos personal, preimperialista -con interesantes cambios ya en el comportamiento político y militar también en cuanto al Caribe, pero con el concepto central de Bismarck de bases

4 Cf. Zeuske/Ludwig 1993; véase también Volberg 1977; Brühbach 1994; GStAM, Rep. 9, 7.1.I; Schück 1889.

marítimas e influencia más bien indirecta en vez de costosas colonias territoriales.

6ª etapa (imperial-hohenzolleriana): 1890-1906/14: la etapa del llamado nuevo rumbo de Guillermo II. Esta fase se basaba en una política hegemónica mundial en relación con la construcción de la flota de guerra alemana (cf. Fiebig-von Hase 1987, I, 17ss.). Abiertamente declarada fue la nueva "política mundial" en un discurso del secretario de Estado Conde Bernhard von Bülow en el *Reichstag*, el 6.12.1897; la frase más conocida reza así: "No queremos dejar a nadie a la sombra, pero exigimos también nuestro lugar a la luz del sol"[5]. En cuanto al Caribe había los conocidos conflictos abiertos en el caso de Venezuela (1902/03) y otros, más pequeños, como en el caso del Haití (1897). Pero a partir de 1906, cuando las tensiones con Gran Bretaña aumentaron considerablemente, los grupos políticos alrededor de Guillermo II tuvieron que dejar de lado los planes militares y geoestratégicos de aumento de influencia en América y en el Caribe y solamente quedó la parte económica y comercial.

II. Nuevos *versus* viejos Imperios

Hasta finales de los años 80 del siglo XIX, África (con excepción de Abisinia, Marruecos y Libia) y Oceanía fueron efectivamente repartidas entre los nuevos estados imperialistas y los estados que se consideraban potencias de primer orden y habían participado en la conferencia sobre el Congo en Berlín, en 1885[6]. La protección de los intereses políticos imperialistas de la época estuvo orientada sobre todo hacia los conflictos con China en el Lejano Oriente, el reparto de los restos independientes en África (Marruecos, Egipto, la colonia del Cabo), las crecientes tensiones diplomáticas entre los grandes poderes (por ejemplo Vladimirov 1957; Offner 1992) y las primeras guerras entre viejos y nuevos imperialismos en las áreas atlántica y pacífica, como la guerra entre los EE.UU. y España por Cuba y las Filipinas en 1898[7].

En estos conflictos imperiales, como también en el nivel conceptual, es posible detectar distintas tendencias: se trataba de conflictos entre antiguos imperios tradicionales, más bien de carácter autocrático-centralista (Imperio Otomano, Persia, China) o viejas potencias mundiales europeas en una fase de difícil transformación, como España (Pan-Montojo 1998; Havemann 1997), y los nuevos imperialismos y potencias coloniales entre los cuales se encontraban los

5 Cf. Fenske 1982, 131-133; Baumgart 1982, 45-47; Schöllgen 1989.

6 Cf. Hobsbawm 1989, 82; Kennedy 1991, 301s.; véase también Mommsen 1993; el estado de la investigación y la literatura más reciente se hallan en Chickering 1996.

7 Cf. Opatrny 1978; Trask 1981; véase también Fiebig-von Hase 1993; Cosmas 1971; Smith 1995a; Pérez Jr. 1998.

EE.UU., Japón y Alemania, como los más "nuevos" y agresivos de los años ochenta y noventa del siglo XIX[8]. Sin embargo, también entre los nuevos imperialismos había diferencias, fácilmente apreciables si consideramos el *Kaiserreich* alemán de los dos Guillermos y los Estados Unidos de América[9].

Esto, partiendo de una perspectiva más amplia del proceso colonial en la época imperialista, es muy importante para el caso cubano, porque por la fuerza del separatismo y también por el realismo político de sus líderes, los EE.UU. tuvieron que aplicar nuevos métodos políticos que se diferenciaban bastante de los métodos de otros "nuevos" imperialismos en África y Asia.

El nuevo imperialismo republicano de los EE.UU. -en otras palabras, el imperialismo de la parte *yankee* industrializada- en su expansión colonial en el área latinoamericana, caribeña o del Pacífico tuvo que emplear métodos distintos a los utilizados por el monocrático imperialismo germano, pues ya desde 1804 y 1811 se habían constituido repúblicas americanas en el hemisferio occidental y la competencia con otros interesados había aumentado considerablemente. En tal contexto, los actores políticos del norte pudieron apoyarse no sólo en el concepto, originalmente bastante tímido, de la llamada "doctrina" de Monroe, dirigida contra el viejo hegemonialismo monárquico de la Santa Alianza, sino, después de una interrupción entre 1865 hasta los años noventa, mayormente en los más modernos afanes expansionistas del sur, que tras la guerra civil y la victoria del norte se habían quedado rezagados (Heideking 1996).

Hasta aproximadamente 1889/90 los EE.UU. se habían ocupado justamente de la colonización del oeste en el interior de su territorio y, temporalmente con la anexión de Texas y partes de México, así como con los conocidos planes de una anexión de Canadá. La expansión interior en el continente norteamericano exigió en esa época gigantescos proyectos de infraestructura, lo que produjo una fase de intensa crisis estructural, así como reformas, y se orientó hacia su republicanismo neocolonial, un modelo que, en sus aspectos externos, fuera del continente americano, se parecía mucho más al concepto del *informal empire* británico (Wehler 1965a).

No fue hasta 1892 que las potencias tradicionales europeas reconocieron a los Estados Unidos como miembro del grupo de las grandes potencias, convirtiendo sus legaciones en embajadas (cf. Kennedy 1991, 301s.). Sin embargo, entre 1898

---

8 En cuanto al desarrollo de una una mentalidad expansiva e imperial en Alemania ya antes del Imperio, véase Fenske 1978.

9 Véase el clásico de la historiografía: Vagts 1935; sobre Cuba especialmente el capítulo XII/II: Kuba und die Philippinen-, Zucker- und Marinekonflikte, 1257-1410; véase también Vagts 1979; Vagts 1925; Zims 1929. Para la historiografía estadounidense véase Shippee 1925 y los trabajos monográficos que tratan de temas más globales, incluyendo el conflicto que aquí interesa, con una bibliografía y una introducción historiográfica excelente: La Feber 1963; May 1991.

y 1917 este estado de sistema republicano todavía no era considerado una gran potencia militar, como por ejemplo, Rusia o Alemania. En comparación con las sociedades militarizadas de Rusia, Alemania o el Japón, los EE.UU. en su imagen exterior habían permanecido como una sociedad civil, industrial y comercial (ibíd., 377).

Pero efectivamente, en el año 1898 se produjo en la historia de los EE.UU. un cambio de rumbo de las formas del expansionismo, del expansionismo interior-continental, con una ya considerable influencia en el Pacífico[10], hacia el expansionismo exterior tal como ha sido definido anteriormente. Esta dirección estratégica tuvo como consecuencia conflictos con otros nuevos poderes orientados hacia el Atlántico y el Pacífico, como la Alemania imperial[11].

La fase imperialista de los EE.UU. en el área del Atlántico comenzó con la ocupación directa de Puerto Rico el 25/07/1898 (Healy 1989; Collin 1990), en el Pacífico con la anexión de Hawai (07/07/1898) y de las Filipinas (13/08/1898), posiciones muy importantes para el control del canal de Panamá, del Pacífico y la influencia estratégica sobre China.

Pero el símbolo de este nuevo imperialismo en el hemisferio occidental y América Latina fue sin duda el comienzo oficial de la ocupación de Cuba (1899-1902) y posteriormente las intervenciones en Panamá, Santo Domingo y Haití. Estos países se encontraban directamente en posiciones geopolíticas importantes para los intereses estratégicos caribeños de la incipiente gran potencia[12], es decir, geoestratégicamente formaban puntos de control para la cuenca caribeña, así como el umbral para el pasaje hacia China, contando con el futuro canal de Panamá (1906-1914). Así las bases militares instaladas en Cuba servirían en los conceptos imperiales de los militares estadounidenses precisamente para dominar la entrada hacia la zona del futuro Canal centroamericano y defender el Sur de los EE.UU. Sin embargo, como no existía ningún enemigo que en realidad pudiera amenazar el sur de los EE.UU. se invirtió una gran energía en la construcción de un fantasma político -"el peligro alemán" en América (Baecker 1974). La política norteamericana en la región del Caribe -advierte Baecker- necesitaba la imagen de una Alemania agresiva para legitimar su

10 Véase la obra clásica de Pratt 1936. Véanse también Conde 1963, 232ss.; La Feber 1963; Angermann 1967, 696s.; Wehler 1974.

11 La expansión temprana de los Estados Unidos hacia el Caribe fue observada con celos por parte de la diplomacia alemana. Véase la síntesis de Álvarez Gutiérrez 1994.

12 El mejor trabajo sobre la perspectiva estratégica de los EE.UU. en aquel entonces sigue siendo el de Mahan 1897.

pretensión de dominio, que en realidad ya era evidente[13]. Por otra parte, en Alemania, como resaltó Alfred Vagts ya en 1939, la marina imperial tuvo que buscarse nuevos enemigos que se diferenciaban bastante de los viejos del ejército terrestre, lo que trajo consigo muchos conflictos en cuanto a la estrategia de la expansión alemana (Vagts 1979). Por lo demás, a partir de 1898 Cuba fue igualmente una zona de grandes inversiones para capitales norteamericanos y había una competencia bien fuerte con otros países industriales del norte, como también Alemania.

Para resumir esta parte: en contraste con los grandes proyectos planetarios de las ideologías imperialistas, el imperialismo practicado por los EE.UU. demostró que, incluso en el caso de los países relativamente pequeños como Cuba y más aún en el caso de las Filipinas, la conquista directa de otros territorios resultaba muy difícil, sobre todo si éstos se hallaban en plena transformación nacional. Por tal motivo, uno de los objetivos de José Martí fue iniciar una guerra preventiva -como parte de la transformación de Cuba en nación libre- contra las ambiciones imperiales de los EE.UU. Lo excepcional del caso de Cuba fue que aquí no sólo se extendió territorialmente una de las grandes potencias imperialistas, sino que en este conflicto confluyeron tres tipos de transformación: la nacional cubana y las dos imperiales; por una parte la transformación ascendente de la nueva potencia republicana americana y por otra, la transformación descendente de la vieja potencia monárquica europea (Zeuske 1995a). Además esta dimensión, digamos "hispano-cubano-filipina-norteamericana", estaba fuerte-mente influida por conflictos diplomáticos y de imágenes entre los "nuevos" imperialismos alemán y estadounidense, cuyos blancos estratégicos eran la influencia en América Latina y, más allá, en China.

III. Los Estados Unidos de Norteamérica, el *Kaiserreich* alemán y Cuba alrededor de 1898: ¿Antecedentes de una primera guerra mundial en el Caribe?

En cierto modo, la relación entre las grandes potencias imperiales influyó (y sigue influyendo) en cada conflicto local y sus posibles soluciones. Sirva la generalización de que la potencia capaz de aunar el ímpetu imperial con la autodefinición de potencia de orden y paz, así como con los medios necesarios y la mejor posición geoestratégica sería la de más influencia en un conflicto dado.

---

13 Cf. Baecker 1974, 235. Nuevas perspectivas estadounidenses interpretan la expansión de los EE.UU. hacia el Caribe con el concepto de *protective imperialism*, que resalta que, en oposición a otras potencias imperiales, el imperialismo de los EE.UU. hubiera sido defensivo y no tenía como objetivos la explotación y la represión de los países caribeños, sino su desarrollo y democratización. Véase Collin 1990, IX-XIV.

Pero, como es bien sabido de la historia de la Primera Guerra Mundial, de un conflicto meramente local puede desarrollarse un conflicto de grandes potencias.

Primero hay que resaltar que la posibilidad para una potencia militarmente inferior como los Estados Unidos de influir en el conflicto local cubano se dio porque a partir de los años noventa la constelación "normal" de los grandes poderes europeos y ruso había cambiado profundamente: el viejo sistema bismarckiano de relaciones internacionales estaba experimentando grandes alteraciones. Las relaciones entre los poderes, ahora ya no sólo europeos, sino mundiales, entraron en una fase de gran fluidez (Álvarez Gutiérrez 1994). Esta fase terminó con la formación de los bloques de la Primera Guerra Mundial.

En este sentido Cuba fue un importante objeto de conflicto y de prueba para los nuevos imperialismos alemán y estadounidense[14], sobre todo para su respectivo instrumento imperial más importante: la marina de guerra en un gran conflicto naval imaginado por ambas potencias, cuyos escenarios posibles serían, como se planificaba en Washington y en Berlín, por un lado el Caribe y, por otro, el Pacífico. Ambos instrumentos navales de hegemonía se desarrollaron desde los años noventa en ambos lados del Atlántico, bien bajo el pretexto del ya mencionado "peligro alemán" (Herwig/Trask 1970) para unos, o bajo el pretexto del "peligro americano" (cf. Herwig 1976, 87ss.) para los otros. Theodore Roosevelt lo expresó de manera simple y clara: "We cannot rival England as a naval power [...] but I think we ought to stand ahead of Germany" (cf. Vagts 1935, 1272). En todos los raciocinios estratégicos alrededor de 1900 ambos lados -tanto los alemanes como los norteamericanos- planificaban o, mejor dicho, imaginaban, que uno de los escenarios más probables de una guerra naval bajo las condiciones de la nueva estrategia de flotas de guerra, podría ser, o en algunos casos, como el del almirante alemán Guido Karcher, tendría que ser, el Mar Caribe (cf. Schoonover 1997, 85s.). En cuanto a las realidades hay que resaltar claramente que la marina de guerra alemana hasta 1905 y nuevamente a partir de 1909 era más fuerte que la estadounidense, pero tenía problemas graves para un largo viaje hacia las aguas azules del Caribe y carecía de una base territorial en la región. Por eso, los EE.UU. vieron con muy malos ojos todo intento alemán, incluso el más mínimo, de adquirir una base territorial antillana o caribeña. Los temores eran grandes y esas fantasías influían en la política.

---

14 Aunque el interés estratégico por Cuba había surgido antes, especialmente como parte de los problemas del sistema político europeo "bismarckiano", que se agravaron entre Alemania y España con la nueva política colonial alemana durante el llamado conflicto de las islas Carolinas (1885). El propio Bismarck enamoraba la idea, en el caso de un conflicto armado con España, de atacar a Cuba, como "la colonia más valiosa" de España, no para ocupar a Cuba, sino para herir a España en el "lugar más sensible" (es decir, el canciller imperial pensaba seguir una estrategia parecida a la de los ingleses en 1762). Véase Havemann 1997, 117 (relación secreta de Bismarck con Alvensleben, 11.09.1885).

Hasta el propio José Martí los refleja en sus escritos: "y ha venido a ser pesadilla constante [...] la idea de que Cuba cayese en las manos de Inglaterra o Alemania" (Martí 1963). En enero de 1896 escribió el embajador de los EE.UU. en Londres, Bayard, al secretario de Estado, Olney, en una carta confidencial lo siguiente: si hubiese más hostilidades entre Alemania y España

> a military occupation of the Island of Cuba by Germany would at once take place -and that the Island would then be held until a heavy indemnity should be paid by Spain- which in her financial condition would lead to an indefinite occupation by Germany (Bayard 1896).

Aquí tenemos la imaginación como una pesadilla del *worst case* estadounidense en cuanto a una Cuba alemana. Pero después de un nuevo auge de tensiones en 1902/03 (Venezuela), ya en 1906 los conflictos entre Alemania e Inglaterra se hicieron tan fuertes, que el Almirantazgo alemán (*Admiralstab*) tuvo que poner *ad acta* las imaginaciones de una guerra contra los Estados Unidos[15].

Si bien la fundación y el origen de ambas marinas, tanto en Alemania, como en América del Norte, tuvieron sus propias raíces, el caso de Cuba muestra con bastante nitidez la interrelación entre los dos imperialismos "nuevos" y con ello la creciente belicosidad de ambas partes. Por eso, las fuentes alemanas más importantes sobre "Cuba 1898" no se hallan entre los documentos del Ministerio del Exterior, sino en las actas del Almirantazgo de la Marina Imperial. Como veremos, las informaciones sobre los planes y las imaginaciones militares no llegaron a publicarse en la prensa alemana.

El almirantazgo se interesaba por casi todos los problemas relacionados con el imperio insular español. Existían juegos secretos de planificación bajo el lema "Alemania en guerra contra España": "¿Qué colonias españolas eran militar y económicamente útiles para Alemania?"[16]

Una vez concluida la guerra hispano-americana por Cuba y por Filipinas, Alemania se interesó sobre todo por las islas y colonias en las costas occidentales de África que pudieran utilizarse como puertos en la ruta entre Europa, África y el lejano Oriente, es decir, las Islas Canarias, Fernando Poo, Río de Oro y Río Muni (cf. ibíd., B/MF RM 5: 5867).

---

15 Cf. Fiebig-von Hase 1994 y 1997; Herwig 1976, 87ss. Herwig resalta que, debido a la complicada situación en Europa, el Almirantazgo, por el creciente antagonismo alemán-inglés, abandonó a partir de 1906 sus planes de una política de fuerza en cuanto a los EE.UU.

16 Bundesarchiv/Militärarchiv Freiburg 1897-1898, (f.) 4 recto-6 recto (r.). Se trató de un juego de planificación muy real, realizado por el "Comando crucero Falke" en el Pacífico, cuyo objetivo era adquirir las Islas Carolinas y las Islas Ladrones.

Alrededor de 1898, el interés alemán[17] por Cuba comprendía en general tres sectores. En primer lugar, económicamente y como productor y exportador más importante de azúcar de remolacha (y de azúcar en general)[18]. Alemania, por decirlo con cuidado, no tenía nada en contra de que debido a la guerra de independencia contra España reinara el "caos" en la producción azucarera de su rival principal y que la industria azucarera alemana pudiera ganar mercados en Estados Unidos. A ello se debe la nota marginal del emperador Guillermo II en una carta con la noticia de que la guerra en Cuba había afectado la zafra por lo menos hasta 1897: "eso sí va a dar alegría a nuestros campesinos azucareros" (Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes 1895-1896). En este caso los interesados se unieron en un grupo de presión llamado los "agrarios" (cf. Vagts 1935, II: 1259ss.). Políticamente eran adversarios férreos del republicanismo de los EE.UU. Este grupo de *junkers*, propietarios de grandes extensiones y empresarios azucareros de los territorios al este del río Elba (sus órganos de prensa eran la *Kreuzzeitung* y la *Deutsche Tageszeitung*), que formaban una parte del fundamento social del trono del *Kaiser*, era mucho más fuerte que el del segundo sector, es decir los grupos sociales relacionados con el comercio cubano-alemán, que obviamente no estaban interesados en el entorpecimiento del comercio[19] (*Frankfurter Zeitung*, *Weser-Zeitung* de Bremen y *Hamburgischer Correspondent*). Pero para estos, el comercio con los Estados Unidos era más importante que el comercio con Cuba o con la propia España. Además, por motivos históricos, políticos y religiosos, veían a los Estados Unidos como el aliado más importante para la llamada "solución pequeña alemana", es decir la unificación de Alemania alrededor de Prusia, dentro de una tradición de "cien años de amistad" entre la república norteamericana y Prusia.

El tercer sector de interés alemán en Cuba era de carácter mundial-estratégico. Cuba formaba un nudo central en la lógica de expansiones estratégicas, partiendo del Caribe hacia América Latina (Blancpain 1994), así como tomando el Caribe como punto de partida hacia el Pacífico y China en general, pasando por Panamá u otro país de Centroamérica. Este interés provenía de la "voluntad de conquistar

17 Véase Franzbach: "Der 98er-Krieg im Spiegel deutscher Interessen" (artículo no publicado, citado con permiso del autor).

18 Véanse las publicaciones alemanas más importantes de aquel entonces que tienen como tema justamente estos dos tópicos: Müller 1898 y Zabel 1898. Ambos folletos aparentemente fueron escritos en vísperas de la "liberación" de Cuba y con la esperanza de una mayor influencia alemana. Como libros, que reflejan más bien la experiencia de la guerra misma tenemos: Herrings 1899; en una perspectiva posterior escribieron Paasche (1900, 41-72) y Kaerger, el famoso experto en agricultura de la cancillería imperial, con su "Informe sobre la situación de la industria azucarera en Cuba" del 19.05.1901, aparentemente para preparar a los productores y políticos alemanes sobre la competencia cubana que era de esperar una vez concluida la guerra en la isla; cf. Bundesarchiv Abteilung Potsdam (BArchP), AA/II/5: 45-81.

19 Véanse por ejemplo Wolf 1906; Zeller 1920; Mikusch 1930.

el mundo" (*Welteroberungswille*) y en parte, del pretendido "dominio del mundo" (*Weltmacht*) de los grupos de actores políticos en torno a Guillermo II. Fueron sobre todo dos grupos que expresaron intereses coloniales, a saber: uno en la política exterior (von Bülow: cf. Winzen 1977), que estaba en plena transformación hacia una política imperial y colonial, y uno en la flota (von Tirpitz: cf. Vagts 1979).

Dicho simple y llanamente, con estos proyectos imperiales de cara a América Latina Alemania deseaba obtener colonias allí o, por lo menos, bases. Lo ideal habrían sido bases navales en el Caribe. Desde 1815 podía apreciarse en Alemania un creciente interés por América Latina (cf. Fiebig-von Hase 1987, I, 17ss.) y por islas antillanas -San Tomás, Puerto Rico, Culebra y las Islas Vírgenes, Margarita, Curaçao[20], Haití y Santo Domingo[21] (Bahía de Samaná) sobre todo- como bases territoriales, pero también especialmente de cara a la influencia económica y política en Cuba[22], aunque no se conocen planes alemanes para conquistar o comprar directamente a la mayor de la Antillas[23]. Justamente a finales de 1897 y comienzos de 1898 hubo una acción bélica de navíos alemanes contra Port-au-Prince. Este interés por Cuba y el Caribe cercano a veces desembocó incluso en dificultades con España, que no obstante, hasta el último tercio del siglo, nunca habían sido graves, ya que había fuertes colonias de alemanes sobre todo en la parte central de la Isla. Ya en los años setenta la política de Bismarck había ejercido bastante influencia en los problemas de España con sus colonias rebeldes, tal como lo muestra la obra de Luis Álvarez Gutiérrez.

Con la dimisión del canciller Otto Eduard Leopold, Fürst von Bismarck-Schönhausen (1815-1898) en 1890 y el llamado régimen personal (a partir de 1894) de Guillermo II, los asuntos de política exterior de Alemania pasaron a manos de una nueva generación política, cuyo creciente interés en la expansión colonial estaba relacionado con los afanes de adquirir bases navales en el Caribe y con el desarrollo de la marina como instrumento de política imperial (Fiebig-von Hase 1987, I: 62-512 *passim* y 742-788), por ejemplo para la ya mencionada "guerra imaginada" con los Estados Unidos en aguas caribeñas.

---

20 Véase la propuesta del plenipotenciario alemán en Caracas, von Bergen, de adquirir la isla holandesa y los ofrecimientos del ministro del exterior venezolano, Rojas Paúl, que apuntaban en la misma dirección, en BArchB, f. 199r; cf. Petter 1975, 220; para un trasfondo histórico de la presencia naval alemana en América Latina, véase Domnick 1999.

21 Véase el ofrecimiento a Alemania por parte del presidente Heureux de establecer una base en Santo Domingo, en: Lepsius/Mendelssohn Bartholdy/Thimme 1924, 15: 107-112.

22 Véase Álvarez Gutiérrez 1988. También mis artículos: Zeuske 1992 y 1995b; y Schneider 1940.

23 Al contrario, para Puerto Rico ya hubo una propuesta de compra por parte de Prusia en 1818; véase mi trabajo: Zeuske 1991.

Estos intereses alemanes en 1895-1898 se concentraron en el conflicto local de los separatistas cubanos contra España y, a partir de finales de 1897, especialmente en la guerra hispano-americana. Pero hay una diferencia entre las "dos guerras". La atención profunda y pública en cuanto a la competencia con los EE.UU. despertó realmente a finales de 1897. Así pues, el problema cubano de España se convirtió en un problema de las grandes potencias. Como tal penetró en las fuentes del Almirantazgo imperial alemán, pero apenas llegaron a conocerse públicamente los planes militares. Las informaciones secretas hay que verlas en relación con las imaginaciones y deseos imperiales alemanes de fin de siglo, que se hallaban entre el Scylla de ganar tiempo y construir la flota (von Tirpitz) y el Charybdis de una guerra para demostrar la nueva fuerza naval, probar la doctrina Monroe e intentar a impedir una influencia más fuerte de los Estados Unidos. Con esto se esperaba ganar tiempo en cuanto a la repartición de territorios por colonizar o influir hasta que Alemania fuera tan fuerte para conquistarlos o dominarlos informalmente. En este último sentido hasta el emperador Guillermo II mismo mostró un interés sumamente vivo en la guerra del 98.

Sin embargo, la política imperial alemana no obtuvo los éxitos deseados en cuanto a su pretensión de aumentar su influencia colonial o neocolonial mediante este conflicto de 1898 o, por lo menos, impedir una mayor influencia de los EE.UU. en zonas de su propio interés. Tampoco tuvo éxito en el proyecto español, como se llamó al plan de formar un bloque monárquico europeo a favor de la causa española. El mismo Kaiser Guillermo II, fracasó con su proyecto de esta alianza europeo-monárquica en apoyo de la reina de España (Vagts 1935, II: 1278ss.) y con su propuesta de una intermediación por parte del papa. Para la complicada y lenta diplomacia europea la guerra fue demasiado corta y rápida, además, los intereses opuestos a estos intentos dentro de la propia Alemania eran demasiado fuertes.

Así la primera gran guerra entre las potencias imperialistas no tuvo lugar en el Caribe, sino unos años más tarde entre Japón y Rusia y quince años más tarde en los campos terrestres de la Champagne de Francia y en los desiertos nevados de Rusia. Todavía no había una guerra entre dos "nuevos" imperialismos, pero la guerra entre España y los Estados Unidos sobre el trasfondo de un levantamiento anticolonial interno formaba un objeto fascinante de estudios.

En este sentido, para la política expansionista y especialmente para la marina alemana, la "Guerra de Cuba"[24] fue un experimento en todos los aspectos, muy

24 El nombre más o menos oficial o, por lo menos, tradicionalmente más difundido, en el área de habla alemana es *Spanisch-amerikanischer Krieg* (literalmente "guerra española-americana").

útil para los espectadores imperiales: político, diplomático, militar, técnico, tecnológico, táctico y estratégico.

Es decir, el tercer sector de intereses alemanes respecto a Cuba no tuvo el éxito deseado e imaginado, pero sí aportó experiencias útiles y utilizadas. Al iniciarse la guerra en abril de 1898, el Estado Mayor del Almirantazgo recibió todo el apoyo necesario para la recopilación de información bélica sobre una región que en su imaginación y planificación sería el escenario de la guerra contra los EE.UU. Se enviaron o concentraron unidades navales a los posibles escenarios de la guerra. Se probaron las fuerzas navales en casos concretos. Eso era un juego peligroso. Las decisiones que tuvieron que tomar *the men on the spot*, sobre todo los oficiales de la marina imperial con su mentalidad agresiva, en situaciones concretas y sin comunicación con el centro en Berlín, habrían podido llevar a una dinámica bélica real, pero -todavía- indeseada, en la cual habría tenido que reaccionar Alemania.

También se nombraron agregados militares destinados especialmente para esa tarea en las embajadas imperiales de Washington y Madrid (el teniente capitán von Krosigk en Madrid y el teniente capitán von Rebeur-Paschwitz en Washington)[25]. Los atachés de marina y ejército en Cuba viajaron hacia la provincia de Oriente en Cuba. Alemania quiso estar presente en el conflicto, sin arriesgar todavía un conflicto abierto naval -sobre todo con Gran Bretaña, su antiguo tutor marítimo[26].

Así pues, el Almirantazgo y el Ministerio de Marina (*Reichsmarineamt*)[27] y, a través de esas instituciones, el *Kaiser* y su gabinete imperial de marina, recibieron informaciones exactas, detalladas, rápidas y bastante útiles sobre la guerra en curso (cf. *ibíd.*, RM 2/1855 *passim*), como por ejemplo informes de espionaje, informes de embajadores, cónsules, atachés y agregados, recortes de periódicos, publicaciones[28], así como los llamados trabajos de invierno de los aspirantes a oficiales navales y de jóvenes tenientes de la marina[29]. La masa de información es asombrosa.

El *Kaiser* y las instituciones mencionadas recibían casi cada semana un informe detallado sobre la situación bélica (*Kriegslagebericht*)[30]. Estos informes

25 Véase Bundesarchiv/Militärarchiv Freiburg (B/MF) RM 5/5475.

26 Véanse Mommsen 1993, 157s.; Kneer 1975; Torre del Río 1988.

27 Véanse B/MF, RM 3/4262, así como RM 3/4263-4266.

28 Como copias de las obras de Mahan, o por ejemplo el folleto (1898).

29 Véase el "trabajo de invierno" del teniente naval Fremerey 1898.

30 Ibíd., RM 2/1855. Existen informes con las siguientes fechas: 30.04. (f. 9ss.), 07.05. (f. 28ss.), 28.05. (f. 48ss.), 04.06. (f. 72ss.), 11.06. (f. 67ss. [sic]), 18.06. (f. 97ss.), 02.07. (f. 111ss.), 16.07. (f. 148ss.), 24.07. (f. 171ss.), 30.07. (f. 180ss.), 15.08. (f. 205ss., con un anexo sobre "efectos de los proyectiles navales") y una relación inmediata al Emperador del 12.09. (f. 253ss.).

tienen una estructura fija y son fuentes de bastante interés para la historia militar, hasta ahora no analizadas sistemáticamente[31]. Finalmente, las informaciones y experiencias navales de la corta guerra pronto se generalizaron en ordenanzas militares[32], que el Almirantazgo ya pudo suministrar a la marina de guerra[33] en diciembre de 1898, es decir, en el mismo mes del tratado de paz entre España y EE.UU.

Además de estas informaciones indirectas, el Almirantazgo imperial alemán también se servía de otros tipos de información, más directas, como por ejemplo la proveniente de sendos navíos alemanes, como el crucero "Geier" (cf. ibíd., f. 89ss., f. 107ss.; RM 3/4263, f. 19ss.)[34] o de cónsules locales[35].

También tendrá que admitirse que si bien para las fuerzas internas cubanas de la transformación este conflicto entre dos "nuevos imperialismos" no desempeñó ningún papel directo, o muy escaso con respecto a Alemania, sí influyó fuertemente en la política de los Estados Unidos. Una vez comenzada la guerra de 1898, se emplearon, después de una corta fase de vacilaciones en mayo, toda la rapidez y todos los medios posibles para conseguir la victoria militar y ocupar Cuba, también a costo de desórdenes internos en cuanto a la organización militar (Smith 1995b).

Cuando en 1902 Cuba entró como república en la vida política internacional bajo la fuerte influencia de los EE.UU. (ocupación 1899-1902 y 1906-1908), el Almirantazgo imperial alemán no perdió su interés por los acontecimientos que se desarrollaban en la isla y en el Caribe, tal como lo demuestran las actas en Friburgo (cf. ibíd., RM 5/5405; RM 5/5406; RM 5/5407). Pero, por las tensiones entre las potencias europeas, la política mundial alemana tuvo que dejar el Nuevo Mundo para luchar en los campos del Viejo Continente, aunque sobre

---

31 La estructura es la siguiente: 1° Del escenario atlántico de la guerra (a veces con la situación y el número de las respectivas flotas); 2° Del escenario pacífico de la guerra; 3° La situación bélica (*Kriegslage*).

32 "Erfahrungen und Folgerungen aus dem spanisch-amerikanischen Kriege für den Bau und die Armierung von Kriegsschiffen. Bearbeitet im Reichs=Marine=Amt". Berlin, Dezember 1898; ibíd., f. 287r-294v.

33 También para el ejército aparecieron muy rápido las generalizaciones de las experiencias de la guerra terrestre, véase Kunz 1900 (con mapas).

34 El comandante del "Geier", capitán de navío Jacobsen, publicó un artículo sobre sus experiencias en Cuba entre octubre 1898 y febrero 1899 en la revista militar *Marine-Rundschau*. Este artículo a su vez fue rápidamente traducido al inglés y publicado por la *Office of Naval Intelligence* de Washington, cf. Plüddemann 1899b; véase Placer Cervera 1997. El "Geier" llegó a La Habana en mayo de 1898. Los buques bloqueadores norteamericanos le permitieron entrar y salir de puertos cubanos. El 16/6 entró en Cienfuegos, volvió a La Habana, saliendo de nuevo el 29/6, y regresó a La Habana el 1/8. Entre el 22 y el 29/6, Jacobsen se entrevistó con el Capitán General Blanco en La Habana; véase: B/MF 3232 S.M.S. "Geier"; así como la perspectiva española Gómez Núñez 1899.

35 Véanse los trabajos de diploma a base de las fuentes consulares alemanas (tutor: Michael Zeuske): Osburg 1998; Schierholt 1998; Döller de Ramírez 1999; Linnemann 1999.

todo en las planificaciones de la marina de guerra la región del Caribe siempre tuvo gran importancia.

IV. La prensa alemana, el conflicto entre España y los Estados Unidos y la guerra del 98

A finales del siglo XIX se publicaron en Alemania unos 4.000 periódicos[36]. Nos hemos concentrado en los siguientes periódicos: la *Kreuzzeitung*, un periódico conservador y monárquico, órgano de los agrarios; la *Deutsche Tageszeitung*, conservador también, órgano oficial del círculo de agrarios; y *Vorwärts*, órgano central del partido socialdemócrata. Los tres periódicos se publicaron en Berlín. La *Kölnische Zeitung* y la *Kölnische Volkszeitung*, órganos de masas católicos-ultramontanos; la *Frankfurter Zeitung*, liberal-demócrata y semioficial en cuanto a la política exterior (cf. Kaikkonen 1980, 135ss.; Neumann 1999); la *Weser-Zeitung* y el *Hamburgischer Correspondent*, ambos liberales, ligados con los intereses comerciales de las ciudades hanseáticas de Bremen y Hamburgo, aparecieron en los centros más importantes del comercio, de la industria pesada y del sector bancario. Por las ilustraciones, hemos elegido el periódico semanal *Illustrirte Zeitung* (Leipzig y Berlín), un periódico conservador y de masas, que a sí mismo se denominaba apolítico.

Para la información y, por supuesto, para la supervisión de la prensa en aquel entonces eran responsables tres instituciones: el buró literario del ministerio real del Estado, perteneciente al Ministerio del Interior de Prusia; el buró (*Referat*) de prensa del Ministerio del Exterior y el buró de información del Ministerio de la Marina Imperial[37]. El director del buró de prensa del Ministerio del Exterior fue a partir de 1894 el Dr. Otto Hammann, jurista y periodista muy experimentado, que antes había trabajado en el *Hamburgischer Correspondent* y en el buró literario de Prusia. Hammann tenía muy buenas relaciones personales con periodistas de la *Kölnische Zeitung* y de la *Frankfurter Zeitung*; la *Kreuz-Zeitung* (Schiemann) por su parte tenía buenas relaciones con el Ministerio del Exterior. El foro oficial del Ministerio del Exterior fue la *Norddeutsche Allgemeine Zeitung*, sin tener mucha influencia pública (cf. Kaikkonen 1980, 134s.). La mayoría de las informaciones provenía de las grandes agencias internacionales *Havas* y *Reuter*.

La masa de los artículos sobre España y los Estados Unidos (editoriales y demás artículos) se elevó entre comienzos de marzo de 1898 y comienzos de abril

36 El mejor trabajo sobre la prensa alemana y una guerra en América Latina es la tesis de doctorado de Domnick 1990, especialmente 61ss.

37 Véanse Kaikkonen 1980, 134; Deist 1976, 130s.; Wernecke 1970.

del mismo año de unos 120 a casi 550, para bajar constantemente hasta comienzos de junio (380), subiendo en junio otra vez hasta la cifra de 450 (comienzos de julio, es decir la batalla naval de Santiago) y bajando rápido hasta una cifra de 100 a comienzos de septiembre. Entre septiembre y noviembre hubo un ligero aumento hacia más o menos 160, para bajar hasta diciembre a una cifra de cerca de 100 artículos (ibíd., 168).

1. De la crisis hasta el estallido de la guerra (septiembre de 1897 hasta abril de 1898)

La prensa alemana empezó a interesarse por el conflicto entre los EE.UU. y España en torno a Cuba a partir de finales de 1897, con la designación de Woodford como ministro plenipotenciario en Madrid[38]. La información sobre la guerra de independencia cubana contra España hasta esta fecha era existente, pero no tan concentrada como las noticias e imágenes sobre el conflicto y la guerra entre España y Estados Unidos.

A partir de la nota de Woodford, la *Frankfurter Zeitung* no creía en una guerra, pero veía la presión y el interés de los Estados Unidos como justificados para terminar la guerra, la cual España sería incapaz de ganar con medios militares (cf. Kaikkonen 1980, 137)[39]. El órgano de los demócratas y de los intereses del comercio libre tuvo mucha influencia de la política norteamericana y no mencionaba sus fines expansionistas.

Al contrario, el órgano católico *Kölnische Zeitung* tomó una posición muy negativa en cuanto a Woodford y la política oficial de los EE.UU. El periódico indicó que desde los Estados Unidos se organizaba el apoyo a los insurgentes cubanos y que los americanos podían guerrear con España sin declarar la guerra. Pero el periódico reconoció también que los americanos tenían un derecho de presionar a España a causa de los daños hechos a americanos durante el levantamiento cubano (cf. ibíd., 138)[40]. La *Deutsche Tageszeitung* comentó la nota de Woodford en un tono agresivo: "¿ [...] que es esto sino un ultimato? De todas formas aquí se ha expresado en palabras claras la pretensión de los Estados Unidos de intervenir en Cuba."[41] Como la *Deutsche Tageszeitung*, la *Kreuz-Zeitung*, órgano de los monarquistas, conservadores y agrarios, utilizaba argumentos antiamericanos. Para los "jingoistas" sería la España débil un sujeto

38 El desarrollo hasta septiembre de 1897, basándose en documentos norteamericanos y alemanes, lo ha analizado Wehler (1965b); véase también Zeuske/Zeuske 1998b, 405ss.

39 *Frankfurter Zeitung* [*F.Z.*], 21.09.1897, 262/Abendblatt [*A*], 1; *F.Z.*, 25.09.1897, 266/Leitartikel [*L*; editorial], 1; *F.Z.*, 24.09.1897, 265/ L, 1.

40 *Kölnische Zeitung* [*K.Z.*], 02.09.1897, 795, 1; *K.Z.*, 30.09.1897, 878, 1.

41 *Deutsche Tageszeitung, Morgen-Zeitung* [*M*]/448, 24.09.1897, 2.

útil para una guerra. Pero aunque esta guerra se dirigiría contra el país ibérico, los americanos con su expansión desfrenada iban poniendo en peligro también las otras economías europeas y querían demostrar su supremacía a una "Europa envejecida" (ibíd., 139).

En la siguiente etapa, la de la "política española de indulgencia", es decir, la concesión del estatus autonómico para Cuba y la revocación del general Weyler, la prensa alemana era muy consciente de la naturaleza provisional de las relaciones pacíficas entre los dos adversarios (ibíd.). La *Kölnische Zeitung* pronosticaba que la autonomía no podía tener éxito, porque la economía de la isla estaba destruida, los cubanos inhábiles para la administración pública y porque entre los blancos y los negros existían muchos conflictos (cf. *K.Z.* 926, 16.10.1897, 1). Pero todavía ninguno de los periódicos expresaba que alguien creyó en una guerra abierta, deseada por el gobierno de los EE.UU., aunque el *Hamburgischer Correspondent* analizaba ya desde muy temprano, que esta situación, por la fuerza de las circunstancias, podría llevar a una guerra (cf. Kaikkonen 1980, 141)[42]. Las informaciones aparecieron bajo la rúbrica "noticias políticas del exterior" con titulares como "el conflicto entre España y los Estados Unidos de Norteamérica".

Sólo a partir de marzo de 1898, con el incidente del *Maine* y el presupuesto extraordinario de 50 millones de dólares para el gobierno de McKinley, la prensa alemana empezó a expresar su opinión sobre un posible estallido de la guerra entre los EE.UU. y España. La mayoría de la prensa alemana, aunque con matices en el enjuiciamiento de los motivos, escribió diferenciando entre el expansionismo de los "jingoistas" y el "presidente pacífico", aunque ya había voces, como la de la *Weser-Zeitung*, que criticaba el método de *si vis pacem, para bellum* (si quieres la paz, prepara la guerra) del gobierno de McKinley (cf. ibíd., 142)[43]. El único periódico que discrepó de este punto de vista era la *Kölnische Zeitung* que gozaba la fama de periódico oficial del Ministerio del Exterior (cf. ibíd., 135). Este periódico relacionaba el "problema de Cuba" y un posible estallido de la guerra con el sistema político en los EE.UU. El corresponsal de la *Kölnische Zeitung* en los Estados Unidos llamó a McKinley *William the Silent*. Opinaba que si se aflojara el apoyo para los republicanos, el presidente podría intentar "un pequeño desvío napoleónico". Las arengas y las detracciones de la "prensa difamatoria" en los estados orientales de los EE.UU. solamente serían posibles en este país, donde "arribistas incultos y fanfarrones materialistas brutos" determinaran la política. Al corresponsal le pareció que el

42 *Hamburgischer Correspondent* [H.C.], A/547, 23.11.1897, 1 [L].
43 *Weser-Zeitung* [W.Z.] 18428, 10.03.1898, 2. Morgenausgabe [2.M.], 1 [L].

presidente de veras era una herramienta sin voluntad propia de los fanáticos de la guerra, tal como lo había descrito De Lome[44].

El doctor Schiemann, el comentarista político de la *Kreuz-Zeitung*, opinaba que con el levantamiento de los cubanos España pagaría el precio de su "política irracional de explotación", y que ahora algunos círculos americanos utilizarían este levantamiento de manera brutal. Mientras que la *Illustrirte Zeitung*, un diario semanal con ilustraciones, a comienzos de marzo todavía publicaba "tablas marineras de Su Majestad el Emperador Guillermo II: los navíos de Japón, Alemania y Rusia en Asia Oriental"[45], la *Kreuz-Zeitung* como primero de los diarios empezó a comparar las fuerzas armadas de los adversarios de la posible guerra. Si estallara la guerra, España sería más fuerte por mar, pero más débil por tierra, y finalmente "terminará su papel [de potencia colonial]". Los americanos, analizaba Schiemann, no deseaban la independencia de Cuba, sino que apuntaban a una anexión de la isla, porque si no hacían esto, las inquietudes y las repetidas revoluciones como en las otras repúblicas de América del Sur y Centroamérica iban a caracterizar una Cuba independiente[46].

A comienzos de abril, una guerra parecía ya inevitable. El interés de la prensa alemana alcanzaba su cumbre. En este momento, también el periódico *Vorwärts*, socialdemócrata, empezó a criticar el "materialismo" y la "política colonial" del gobierno de los EE.UU. en las decisiones políticas, como casi todos los periódicos democráticos y liberales de izquierda, hasta los más conservadores. Por sus posiciones políticas, favorables al republicanismo y a la democracia norteamericanas, este periódico antes se había restringido a presentar meras noticias sobre el desarrollo del conflicto. Ahora veía a los americanos como instigadores de guerra. A los españoles atestiguó el *Vorwärts*: "paciencia, que no corresponde a su carácter popular". Opinaba que los americanos no querían anexionar a Cuba por la "cuestión de razas". No creía en la inmisión de potencia europea alguna en el conflicto. En una guerra España no tendría ninguna chance[47].

En general, si bien la prensa alemana opinaba que el mal gobierno español en Cuba era la causa del peligro de guerra, como motivo actual veía la política de intereses de los EE.UU. Para todos los periódicos los EE.UU. eran culpables del

---

44 Véanse *K.Z.* 205/221/248, 3, 8, 15.03.1898; Kaikkonen 1980, 142s.

45 *Illustrirte Zeitung* [*I.Z.*]. Wöchentliche Nachrichten über alle Ereignisse, Zustände und Persönlichkeiten der Gegenwart über Tagesgeschichte, öffentliches und gesellschaftliches Leben, Wissenschaft und Kunst, Handel und Industrie, Musik, Theater und Mode, vol. 110 (enero-julio de 1898). Leipzig/Berlin: J.J. Weber, 2853, 03.03.1898, 265.

46 Véanse *Kreuz-Zeitung* (*Krzztg*) 125/149, 16, 30.03.1898, 1 (respectivamente); Kaikkonen 1980, 143.

47 *Vorwärts* (Berliner Volksblatt. Zentralorgan der sozialdemokratischen Partei Deutschlands): V 77/90/92, L/1, 19, 21.04.1898, 1 (respectivamente).

estallido de la guerra. Pero ese fue el único punto de coincidencia. Sobre todo la *Frankfurter Zeitung* y la prensa liberal de izquierda expresaban entendimiento para los intereses económicos norteamericanos en Cuba, pero rechazaban profundamente una guerra como medio para resolver el conflicto por ser colonial, materialista e imperialista. Con esto se acercaban a las posiciones de la prensa conservadora y católica. La prensa de las ciudades hanseáticas expresó intereses comerciales alemanes cuando se inquietó por una posible inclusión de Cuba en el área de aranceles proteccionistas de los EE.UU. Ninguno de los periódicos alemanes, ni el *Vorwärts*, apoyaba abiertamente los intereses de los separatistas o independentistas cubanos, aunque el periódico socialdemócrata, por lo menos, de vez en cuando publicaba noticias bajo la rúbrica "De los insurgentes", en los cuales relataba los conflictos entre americanos y mambises. Generalmente se expresaba que los cubanos no serían maduros para una autonomía y que los EE.UU. no iban a anexionarse la isla por la "cuestión racial" (cf. Kaikkonen 1980, 144). Es de sumo interés que justamente el *Vorwärts* en este contexto informara sobre "dificultades" con los "regimientos de negros" estadounidenses en Cuba (cf. *V.* 15/94, 20.08.1898, 4). Trasfondo de todas estas opiniones de todos los partidos y movimientos era el socialdarwinismo y, por parte de la prensa liberal y protestante, la convicción de la supremacía de la "raza anglosajona" o, por lo menos, de la "cultura europea".

2. La guerra (abril hasta agosto de 1898)

Cuando estalló la guerra entre España y los Estados Unidos, la cuestión de una intermediación ya fuera por parte de las potencias europeas o por parte del Papa, tomó gran vuelo. Salvo la *Kölnische Volkszeitung*, todos los periódicos apoyaban la inmovilidad, así como la posición oficial de neutralismo del gobierno alemán y expresaban más o menos directamente que la guerra era cosa de los dos adversarios. Algunos periódicos liberales y democráticos resaltaban ahora abiertamente la "amistad de cien años entre EE.UU. y Alemania" y los intereses alemanes en Norteamérica. El corresponsal de la *Kölnische Zeitung* opinaba incluso ya antes de la guerra -y con esto se acercaba bastante a la posición utilitaria del gobierno alemán- que la indecisión de Europa en cuanto a una intermediación efectiva era un aviso en cuanto a la voluntad de las potencias marítimas de adquirir de manera barata experiencias sobre las nuevas posibilidades de una guerra de flotas (cf. *K.Z.* 328, 05.04.1898; Kaikkonen 1980, 146). Únicamente la *Kölnische Volkszeitung* se expresó a favor de una solidaridad monárquica y católica. El periódico escribió que sería muy problemático para el concepto jurídico de la diplomacia europea, si se negara la instancia de España con el argumento de un posible empeoramiento de las relaciones con los EE.UU.

Esta crítica se dirigió indirectamente contra el gobierno alemán y directamente contra la prensa liberal, protestante y democrática. La *Deutsche Tageszeitung* desencadenaba otra vez sus sentimientos antiamericanos: "La guerra de los americanos contra España es una guerra del saco de dinero[48] contra el honor nacional" (*D.T.* 192, 26.04.1898, L/1), utilizando un *topos* muy divulgado para explicar la postura de España en el conflicto. Con un realismo casi cínico el *Hamburgischer Correspondent* expresaba el trasfondo material de la posición mayoritaria alemana: el comercio alemán con España en 1896 había tenido un valor de 75 millones de marcos, mientras que el comercio con los Estados Unidos en 1895 tuvo un valor de casi 870 millones de marcos. Además se inculpó a España de nunca haber visto la "lucha de unificación alemana" con gran interés; la única gran potencia que habría apoyado la unificación alrededor de Prusia serían los EE.UU. (cf. *H.C.* 188 A/L, 23.04.1898, 1).

Sólo cuando una flota estadounidense apareció, un poco inesperada, en aguas de las Filipinas, cerca de la nueva posesión alemana china (Kiautschou 1897), la más conservadora *Kreuz-Zeitung* vio como justificada la presencia de navíos alemanes que iban a "garantizar en un sentido más amplio" los intereses alemanes. "Naturalmente" Alemania iba a tomar posición en cuanto a cambios territoriales eventuales (cf. *Krzztg.* 285, 22.04.1898, 1). El comentarista político Dr. Schiemann criticaba también la falta de experiencia militar de las milicias norteamericanas, es decir, el sistema "democrático"-militar de los EE.UU. en comparación con el sistema militar prusiano-alemán: "Imaginémosnos un cuerpo de ejército alemán en Key West, sin dudas ya hubiera llegado a las costas de Cuba" (ibíd., 239, 25.05.1898, 1). La posición más radical la expresaba otra vez la *Deutsche Tageszeitung*, muy cercana al emperador Guillermo (lema del periódico: ¡Por el emperador y el imperio; por el modo alemán; por el trabajo alemán en la ciudad y en el campo!), en un editorial con el título "Alemania y las Filipinas" (*D.T.* 5, 269/M, 12.06.1898, 1) que, además de reflejar que esta región en el lejano oriente en ese momento era un punto neurálgico de las políticas coloniales de los grandes poderes, sobre todo de Alemania y los EE.UU. (Wippich 1997), parece ser también una imaginación de los más conservadores y agresivos de una "solución alemana" en el caso de Cuba y, además contiene casi todos los elementos que normalmente se atribuyen al fenómeno del imperialismo:

48 Literalmente *Geldsack*, una formulación muy utilizada más tarde por los nazis para referirse al "capital norteamericano".

El poder naval alemán en el próximo tiempo va a estar representado de modo imponente en Manila. [...] Evidentemente la presencia de cuatro navíos de guerra ante el puerto principal de las Filipinas no sirve solamente para fines representativos. Al contrario, demuestra que nuestro gobierno ve la necesidad de estar preparado para impedir en el caso dado que el desarrollo en las Filipinas tomara un rumbo que pusiera en peligro los intereses alemanes allá. [...] Del hecho de que se ha destacado al vice-almirante Diederichs para allá, se desprende justamente que en los cargos competentes en Berlín se está tomando por necesario la presencia de un comandante de acreditada energía y prudencia en Manila.

Según todos los indicios, para la escuadra alemana y su tripulación [...] va a darse en corto tiempo bastante ocupación en este lugar. La situación de los europeos residentes en las Filipinas en los últimos tiempos se ha vuelto muy insegura. El poder de España ha sido quebrantado totalmente en este grupo de islas; pero no es América [es decir, los EE.UU.; M.Z.] que ha asumido el dominio allá, sino que el líder de los insurgentes Aguinaldo es el señor de hecho de las islas. Él se siente perfectamente como tal y ha lanzado ya varias proclamaciones, en las cuales se ocupa del futuro modo de gobierno. Propone establecer una dictadura hasta la total liberación de las islas. [...] De una sumisión a los Estados Unidos no se trata de ninguna manera, como se ve. [...] Pero por grande que sea el prestigio de Aguinaldo entre sus compatriotas, tan lejos no llega el poder de ningún jefe de insurgentes, que fuera capaz de contener las hordas salvajes de los revoltosos, de sus asesinatos e incendios. Por supuesto, los españoles residentes en las islas le hayan a ser las primeras víctimas, pero cuando las pandillas enfurecidas han tomado el gusto al asesinato y pillaje, no van a pararse ante los extranjeros, si no se les presenta un poder imponente para su amparo. Esperamos que la vista de nuestra escuadra de cruceros les inspire a las pandillas de insurgentes tanto respeto, que en su conjunto retrocedan de susto por lo menos en cuanto a los ataques a los alemanes que viven en Manila. Pero nuestros compatriotas ni por eso están seguros contra las agresiones de particulares y por este motivo pensamos que nuestros buques a pesar de la proclamación de Aguinaldo [de respetar la vida y las propiedades de todos los extranjeros; M.Z.] en varias ocasiones van a verse forzadas a intervenir.

Pero es más. Debido a que el gobierno de las Filipinas ya no está en manos de un poder civilizado, no nos queda más remedio que ocupar uno o más puntos del archipiélago, si se quiere proteger a los relativamente numerosos alemanes que viven allá y si no se quieren disminuir los intereses

comerciales alemanes legales por una colaboración de los americanos e ingleses con los indígenas. Eso tendría también un mayor provecho para nosotros, pues con esto ganaríamos una base carbonera en el camino hacia Asia oriental. [...] La situación actual nos presenta una ocasión ventajosa para tal adquisición. Nadie ha de entrometerse; porque las islas están sin dueño. España las ha perdido, pero los Estados Unidos por eso todavía no las han ganado. Si ellos quieren poner pie allá, entonces tendrán que quitarles los puntos por ocupar a los insurgentes, así como todos los otros poderes. Debido a que la escuadra bajo Dewey sólo cuenta con una tripulación insuficiente, los Estados Unidos no podrían hacer algo más inteligente que deliberar con Alemania con el propósito de una colaboración; porque a una acción de nuestra escuadra los insurgentes no se atreverían a contraponer una resistencia seria. Nuestra neutralidad no sería violada de ninguna manera, porque, como dijimos, ninguno de los dos estados actualmente está en posesión de las Filipinas.

Aunque la situación en Cuba era diferente, porque "los insurgentes" ya tenían un gobierno establecido y una constitución, tenemos aquí más o menos el modelo ideado por los círculos más agresivos de una intervención marítima alemana en el conflicto, porque Alemania no había reconocido la "república en armas" y además utilizaba el argumento de la incapacidad de los cubanos para la administración, la "pereza natural" de los criollos y la "cuestión de razas" para desprestigiar el movimiento separatista, utilizando el mismo lenguaje de supremacía europea.

La *Kölnische Zeitung* utilizaba los mismos argumentos en cuanto a la protección de los extranjeros en Filipinas, si los americanos se mostraban incapaces para esto.

En los meses de mayo y junio de 1898, el desarrollo de la guerra fue comentado en la *Deutsche Tageszeitung* en muy pocos editoriales, pero mayoritariamente bajo la rúbrica "Últimas noticias" con el título fijo "La guerra cubana"; en el *Vorwärts* bajo la rúbrica "La guerra", casi siempre en las páginas interiores. Hasta la batalla naval de Santiago a comienzos del mes de julio de 1898 se mantuvo viva, sobre todo en los periódicos conservadores, la impresión de las dificultades de los americanos de conquistar posiciones fuertes en las costas de la isla contra la fuerte resistencia del ejército español y de ganar la guerra a corto plazo, aunque todo el mundo estaba convencido de una victoria de los Estados Unidos a largo plazo. Sobre todo se resaltaba la inexperiencia de los americanos, el clima malsano y poco corriente, la inferioridad numérica de las tropas americanas y su sistema de milicias. "Es un secreto a voces," escribió la

Deutsche Tageszeitung, "que el general Miles considera a la mayoría de las milicias no aptas para la guerra". Y sigue:

> Eso es también la opinión de los atachés de marina y ejército, que han participado en el séquito hacia Santiago. A ellos les parece imposible indicar que en un momento estarán en condiciones de adelantarse para un ataque contra La Habana. Opinan que la fecha se va a prorrogar más y más. Los Estados Unidos han dispersado sus fuerzas militares por Cuba, las Filipinas y Puerto Rico. [...] Eso complica mucho la situación. Al comienzo de la guerra la mayoría de los americanos creía sin duda, que ésta sería llevada a cabo dentro de algunos meses, posiblemente dentro de algunas semanas. Ahora comienzan a darse cuenta de las dificultades (*D.T.* 5, 298/A, 29.06.1898, 3).

En este sentido el periódico hasta divulgaba rumores de "una gran batalla, exitosa para los españoles, cerca de Santiago" (ibíd., 302/A, 01.07.1898, 3). Justamente este sentimiento de superioridad militar-aristocrática lo criticaba el *Vorwärts*:

> Para los seguidores del militarismo y marinismo es naturalmente fatal que la América, contraria al espíritu militar, construyera tan rápido un ejército y una flota, aptos para la guerra, y superara jugando la vieja monarquía de aristócratas y soldados España (*V.* 15, 169/L, 22.07.1898, 1).

Generalmente la actitud de Alemania en cuanto a la guerra se trataba muy poco, con pocas excepciones se aceptaba la política oficial de neutralidad. Los periódicos liberales y (social-)democráticos siguieron en su admiración por el sistema político de libertades de los Estados Unidos, aunque con matices de desilusión, porque aparentemente el "sistema democrático" no se mostró capaz de garantizar la paz. Especialmente el *Vorwärts* expresaba mucha simpatía por los "plebeyos americanos". Analizando los resultados de la guerra y el "valor de los éxitos americanos", ridiculizaba la clase dominante alemana y su *Weltpolitik* (política mundial), dirigiéndose contra el propio Bismarck, pocos días antes de la muerte de éste. En un editorial "¿Qué enseña la guerra hispano-americana?" el periódico escribe: "Por un lado se les da una importancia extraordinaria, por el otro se les niega toda importancia [a la victoria de los americanos; M.Z.]". El príncipe Bismarck pertenece a los últimos. Con el mismo sentimiento de "indiferencia" con que en otro tiempo se burló de manera soberana (sobre el conflicto de los Balcanes), actualmente deja hacer burlas a sus lacayos de prensa en las *Hamburger Nachrichten* sobre el

poquito de éxito de los americanos. [...] Que en el ajedrez del mundo súbitamente un nuevo poder, que hasta ahora estaba totalmente alejado del "tablero de ajedrez del mundo", ha trastornado las figuras sin respeto y ha puesto nuevas figuras para un juego nuevo -esto es un acontecimiento de la historia mundial (*V.* 15, 169/L, 22.07.1898, 1).

Al contrario, a su modo de información proespañola a comienzos de julio también la prensa conservadora tuvo que poner como editorial la noticia no comentada bajo el título: "La decisión en Cuba". "La flota de Cervera ha sido destruida" (ibíd., 309/A, 04.07.1898, 1). Tan sólo cuatro días después apareció un editorial con el título "La situación de la guerra" que decía: "El golpe principal en la guerra hispano-americana está dado, no se puede pensar que la fortuna de la guerra pudiera volverse hacia España". Ahora el periódico inculpaba a los españoles de haber cometido muchos errores militares y se ocupaba del problema de la neutralidad de los grandes poderes en el caso de un ataque de los Estados Unidos contra la misma España.

Se cuenta que los grandes poderes en el caso de un ataque de los americanos contra las costas europeas y posesiones de España no van a mantener la neutralidad completa. [...] especialmente Alemania (?) y Francia se opondrían a un bombardeo de todas estas ciudades en las cuales existían intereses de ambos estados (ibíd., 314/AL, 08.08.1898, 1).

La división en dos campos religiosos opuestos, muy importante para la política interior alemana, se manifestó en las polémicas entre periódicos liberales (*Frankfurter Zeitung*) y católicos (*Kölnische Volkszeitung*) (cf. Kaikkonen 1980, 149).

Sobre los "insurgentes" cubanos la *Deutsche Tageszeitung*, en su típico lenguaje, propagaba una noticia de la Agencia Reuter (Londres), desde Río Guama:

Los cubanos agregados a los americanos son gente totalmente degenerada. Están sentados durante todo el día a la sombra y fuman cigarrillos y saborean las raciones que les han suministrado los americanos, mientras que éstos están ocupados en la construcción de vías y están expuestos casi siempre al calor del sol (*D.T.* 5, 298/A, 29.06.1898, 3).

Después de la victoria naval de los americanos a comienzos de julio, en julio y agosto de 1898, la "Guerra cubana" (*Deutsche Tageszeitung*), "la guerra

hispano-americana" (*Illustrirte Zeitung*), "la guerra" (*Vorwärts*), o como solían titular los periódicos el conflicto armado, las noticias sobre la guerra de Cuba ya habían desaparecido de las rúbricas de los periódicos. Las noticias ahora se dieron bajo la rúbrica "España y América" o "Sobre los preliminares de una paz". Sobre el armisticio se publicaron sendas noticias y un aparte en la primera página del 15 de agosto, comentando las reacciones de la prensa española (cf. ibíd., 378/AL, 15.08.1898, 1). El interés de los periódicos se dirigió hacia otros temas de la política mundial y colonial.

El tema pasó a las páginas de revistas teóricas y libros científicos, bajo el nuevo concepto "imperialismo", como por ejemplo a las páginas de la revista semanal de la socialdemocracia alemana, la *Neue Zeit* (editada por Kautsky en colaboración con A. Bebel, E. Bernstein, P. Lafargue, W. Liebknecht y F. Mehring) (cf. Franzbach 1993, 14-16; Beer 1898/99a y b) o, más tarde, a los libros de Hobson y Hilferding, sintetizados en el folleto de Vladimir Ulyanov, llamado Lenin (Lenin 1917). Así se elevó la corta guerra hispano-norteamericana al rango de la primera guerra imperialista.

V. Rasgos de la visibilidad de la guerra

Los diarios alemanes en aquel entonces no tenían ilustraciones, salvo algunos mapas políticos (o caricaturas), como por ejemplo la *Frankfurter Zeitung* o el *Vorwärts*. Ninguno de los periódicos alemanes había mandado un dibujante de prensa a Cuba. Corresponsales había muy pocos. Joseph Herrings escribió para la *New Yorker Staatszeitung*, publicando en alemán en los Estados Unidos[49]. A dos otros corresponsales, Charles Rind de la *Vossische Zeitung*, el órgano liberal más importante (popularmente "tía Voss"), y un tal Wirth del *Frankfurter General-anzeiger*, el comando de las tropas estadounidenses les quitó la acreditación (cf. Franzbach 1993, 13).

El periódico más influyente con ilustraciones era el semanal la *Illustrirte Zeitung*. "Wöchentliche Nachrichten über alle Ereignisse, Zustände und Persönlichkeiten der Gegenwart über Tagesgeschichte, öffentliches und gesellschaftliches Leben, Wissenschaft und Kunst, Handel und Industrie, Musik, Theater und Mode"[50].

La visualización de la guerra de Cuba empieza con el estallido de la guerra; en total aparecieron en la *Illustrirte Zeitung* seis grandes bloques. En 1898, antes de la guerra hispano-norteamericana, solamente hay una imagen bajo el título "El

49 Herrings 1899; para una perspectiva amplia, pero más bien norteamericana, véase Brown 1967.

50 Periódico Ilustrado. Noticias semanales sobre todos los acontecimientos, estados y personalidades de la actualidad sobre historia diaria, vida pública y social, ciencia y artes, comercio e industria, música, teatro y moda, vol. 110 (enero hasta julio de 1898) y 111 (agosto hasta diciembre de 1898). Leipzig/Berlin: Weber.

acorazado americano Maine, volado en el puerto de La Habana. De *Leslie's Weekly*", sin comentarios. La imagen no presenta la situación después de la explosión, sino el buque a toda vela en una página entera de tamaño gigante (ibíd., 110, 2853, 03.03.1898, 258), es decir, el cuadro respira más la "propaganda de la flota" en general, muy divulgada en aquel entonces, que los desastres de una explosión.

1. Los Estados Unidos están representados por una imagen del presidente McKinley, y el objeto de la guerra, Cuba, en un mapa debajo del presidente (ibíd., 2861, 28.04.1898, 531). Después aparecen los adversarios en imágenes dibujados en dos páginas opuestas bajo el título: "Los uniformes del ejército y de la marina españoles" y "Los uniformes del ejército y de la marina de los Estados Unidos", seguidos por una página doble (cada una en tamaño gigante): "La flota de guerra de los Estados Unidos de Norteamérica. Los tipos de buques de la construcción más moderna de la marina de guerra de los Estados Unidos de Norteamérica" (ibíd., 534s.). La imagen de McKinley está rodeada por un artículo "Los uniformes de los ejércitos de España y de los Estados Unidos; I° España, II° Estados Unidos" y en el mismo número se abre una rúbrica "La guerra hispano-americana" (ibíd., 516). Además, en la rúbrica fija "Ejército y flota" se informa sobre las cifras del ejército terrestre de los adversarios (ibíd., 524).

2. El segundo bloque está dedicado a España y Cuba, sin que aparecieran cubanos como actores de la contienda[51]. La portada da una imagen personal y, en cierto sentido, simpática (por lo menos para los espectadores contemporáneos), bajo el título "La reina-regenta María Cristina y el rey Alfonso XIII de España" (ibíd., 2862, 05.05.1898, 555)[52]. Prácticamente se trata de una visualización del monarquismo reinante en Alemania, matizado por el aspecto personal, que se podría poner bajo el lema "gente simpática y bien educada como tú y yo". El editorial lleva el título "El jefe de gabinete español y la guerra", acompañado por un retrato de "Práxedes Mateo Sagasta, el presidente de ministros español" (ibíd., 556). En el mismo número se informa sobre el desarrollo de la contienda en la rúbrica "La guerra hispano-americana" y se dan imágenes estereotípicas de Matanzas, La Habana (El Morro, el puerto, la catedral, un parque y un volante) bajo el título "Del teatro de la guerra hispano-americana" (ibíd., 558-560), que de ninguna manera muestran algo

51 Aunque la *Illustrirte Zeitung* en 1896-1897 había informado sobre los insurgentes y también los había visualizado de manera relativamente ancha, véanse las copias: ibíd, 108/2794 y 2802, 16.01. y 11.03.1897, 74-76 y 316s. (respectivamente).

52 Frontispicio, las páginas son seguidas por los volúmenes de 1898.

marcial, sino que se parecen más a postales contemporáneas de vacaciones. Siguen dos mapas, uno de La Habana y uno de Santiago de Cuba (ibíd., 560) y, en dos páginas "Los tipos principales de la flota de guerra española" (ibíd., 562-564)[53]. Las informaciones interesantes eran chiquitas. Bajo la rúbrica "Ejército y flota" se informaba sobre la compra de dos vapores rápidos de la línea "Hamburg-América" por parte de España (ibíd.), mientras que en el número anterior el periódico había informado sobre la negativa de vender buques de guerra a los Estados Unidos (ibíd., 2861, 28.04.1898, 532).

3. El tercer bloque está dedicado, por lo menos por las imágenes, a las Filipinas y a la batalla naval de Cavite. Las informaciones, tanto cuadros como textos, se reparten por cuatro números. Primero se presenta un mapa de Manila, así como imágenes de Manila y sus alrededores, muy pacíficos, pero bajo el título "Del teatro de la guerra hispano-americana" (ibíd., 2863, 12.05.1898, 590 y 592-594). En el siguiente número aparecen "Imágenes de las Filipinas", acompañadas por un artículo "La población de las Filipinas". El artículo está escrito en el tono "científico" de la etnografía oficial de aquel entonces. También menciona las riquezas del subsuelo y los recursos de las islas. El dominio de España hubiese sido ineficaz; un posible dominio de los norteamericanos sería muy diferente y la "raza anglosajona" no iba a permitir "una vida idílica y apartada de los tagales y negritos" (ibíd., 2864, 19.05.1898, 631-633). La ilustración, otra vez bajo el título "Del teatro de la guerra" en uno de los números siguientes, da una imagen muy marcial, heroica y propagandística de la batalla de Cavite: "Del teatro de la guerra: de la batalla naval cerca de Cavite en la bahía de Manila en el 1° de mayo: la almiranta española, la Reina Cristina atacando a la almiranta americana Olympia" (ibíd., 2865, 26.05.1898, 664). El mensaje visual es: todavía no está perdido nada. En el siguiente número aparece un artículo con el título "Del teatro de la guerra hispano-americana. La batalla naval de Cavite", acompañado de retratos y biografías de George Dewey, William Thomas Sampson y Don Pascual Cervera y Topete (ibíd., 666-670).

Sobre Cuba se da la información textual sobre la continuación de las hostilidades entre los separatistas y el ejército español que habían sido interrumpidas por deliberaciones entre el Capitán General Blanco y los líderes de los mambises (ibíd., 2865, 26.05.1898, 590). Las informaciones ya se ponen en un tercer plano y se da la impresión de cierta superioridad de España, mencionando la llegada de la escuadra española de Cabo Verde bajo el almirante Cervera y las dificultades de los americanos y su inexperiencia militar (ibíd., 662 y 2866, 02.06.1898, 696).

---

53 La lista de los navíos llega hasta la página 564.

Lo interesante es que en la parte *Frauen-Zeitung* ("periódico de mujeres") por única vez el periódico publicó una novela corta, muy sentimental y partidaria de los cubanos insurgentes bajo el título "La huida a los alpes cubanos. Una narración de la sublevación actual de Cuba" de Rolf Rabe, aparentemente un escritor romántico. La narración versa de un tal Paolo, hermano de Máximo Gómez (!), que transporta dinero para los insurgentes desde La Habana a Oriente. El personaje principal, claro está, se enamora de una cubana patriótica (ibíd., 2866, 02.06.1898, 715s.).

4. El cuarto bloque es, al contrario del tercero, sumamente concentrado; prácticamente se trata de un número especial sobre Cuba. Comienza con un editorial "Cuba" en el frontispicio que explica la causa de los disturbios en Cuba con la mala administración por parte de España, pero presenta a los americanos -al estilo de la prensa alemana en general- como culpables de la guerra actual (ibíd., 2867, 09.06.1898, 729s.). Las imágenes dan una impresión de la fuerza de España en el Caribe, presentando en una página entera "Del teatro de la guerra hispano-americana: La escuadra de reserva del contra-almirante Cámara" (ibíd., 732 "según un dibujo de A. de Caula"). El mensaje para el público, como parece, debe ser: en el Caribe y en Cuba España va a defender sus posiciones. Esta impresión se refuerza con las ilustraciones "El baluarte San Agustín" en Puerto Rico y un cuadro "El bombardeo de San Juan de Portorico el 12 de mayo" (ibíd., 733 "según un croquis dibujado por A. de Caula"); el mensaje es: Puerto Rico resiste los ataques de los americanos, seguido por un cuadro "Del teatro de la guerra hispano-americana: La bahía de Santiago de Cuba" (ibíd., 734 "según un dibujo de A. de Caula"). Todas las ilustraciones van acompañadas por artículos con los mismos títulos como las imágenes, que hablan la misma lengua. Sobre las luchas en Cuba, sí se informa sobre el desembarco de las tropas americanas en Oriente con el apoyo de Calixto García y de encuentros armados cerca de Santiago, pero se presentan como poco exitosos y cargados de muchas dificultades para los americanos (clima, enfermedades, inexperiencia, caos militar) (ibíd., 730).

5. En los números 2868 hasta 2870, en la segunda mitad de junio de 1898, el periódico sigue con su información más o menos positiva sobre las chances de España en América, aunque las noticias son un poco contradictorias y dispersas. En el número 2869 incluso el tema de la guerra no aparece en la rúbrica normal "De la guerra hispano-americana". Las imágenes presentan el ejército norteamericano y sus jefes militares de tal modo que los espectadores reciban la impresión de que se trata de vaqueros (*cowboys*). El cuadro "Intento de desembarco de tropas americanas cerca de Cienfuegos" muestra a los americanos

con los pies en el agua, aunque en realidad ya habían puesto pie en tierra (ibíd., 2869, 23.06.1898, 796–798 "según un dibujo de O. Beltrame").

En los textos se informa también sobre la situación en las Filipinas que se presenta como complicada, pero no tanto por los éxitos americanos sino por los "indígenas sublevados". Las embriagueces de los americanos se califican de exageradas (ibíd., 2868, 16.06.1898, 762). Al líder de los filipinos, Aguinaldo se le bautiza como "cabecilla de los tagales" (con la palabra española "cabecilla") en un texto acompañado por su retrato (ibíd.).

No tan directo como la *Deutsche Tageszeitung*, más neutral, pero en el mismo sentido, la *Illustrirte Zeitung* informa bajo la rúbrica "Ejército y flota" sobre el viaje de una escuadra alemana hacia Manila (ibíd., 2869, 23.06.1898, 803).

El último número de junio informa a los lectores de que una batalla decisiva está a punto de suceder (ibíd., 2870, 30.06.1898, 826). Los lectores en Alemania y sobre todo los espectadores de la *Illustrirte Zeitung* seguramente tuvieron la impresión de que podía esperarse una victoria para España.

6. La realidad fue mucho más dura y sorprendente para la supuesta "superioridad" de la fuerza militar europea. Si bien el periódico informó en sus textos –bastante cortos– sobre los éxitos de los americanos en la batalla naval de Santiago de Cuba y del sitio de la ciudad [54], los espectadores tuvieron que esperar hasta finales de julio de 1898 para ver la derrota de España y la destrucción de la flota de Cervera. El resultado de tanta demora fue tan compacto como heroico y propagandístico para la flota y las aventuras coloniales. En dos páginas enteras se informó: "Del teatro de la guerra: El bombardeo de Santiago de Cuba durante una tormenta tropical" y "Del teatro de la guerra: La destrucción de la flota de Cervera cerca de Santiago de Cuba (El "Cristóbal Colón" encendido, seguido por el *Iowa*)"[55]. En ninguno de los cuadros se ve a un acorazado destruido, salvo en la última imagen, muy lejos. Con estas imágenes terminó la visualización de la guerra de Cuba. La isla y, en general, el Caribe desaparecieron de la vista de los lectores de la *Illustrirte Zeitung*, salvo unos cuadros pequeños con el título "País y gente en Puerto Rico"[56].

El final de la guerra hispano-americana: ¿una paz sin atención pública?

Parecido a la política medial de los otros periódicos alemanes, la información textual sobre la guerra de Cuba en la *Illustrirte Zeitung* siguió como un tema bajo

54 Ibíd. 111: 2871, 07.07.1898, 12; 2872, 14.07.1898, 45; 2873, 21.07.1898, 78s; 2874, 28.07.1898, 108.

55 Ibíd. 2874, 28.07.1898, 114s. (el primero: "Dibujado por el dibujante de guerra de 'Leslie's Weekly'"; el segundo: "Dibujado según relaciones auténticas de A. Kirchner").

56 Ibíd., 2878, 25.08.1898, 258–260 mapa de Puerto Rico.

otros a la sombra de las noticias sobre China, el conflicto de Faschoda, la batalla de Omdurman entre los ingleses y el Mahdi, el caso de Dreyfuss, la muerte de Bismarck y el viaje del emperador alemán hacia Palestina, bajo la rúbrica "panorama de la semana" y el título "La guerra hispano-americana" hasta mediados de agosto de 1898. El 25 de agosto el periódico proclama "El fin de la guerra hispano-americana" (ibíd., 256).

Desde comienzos de septiembre hasta diciembre de 1898 las noticias aparecieron bajo las rúbricas "Las negociaciones de paz hispano-americanas" (ibíd., 2879, 01.09.1898, 287; 2880, 08.09.1898, 316), "Debate de guerra en las cortes españolas" (ibíd., 2881, 15.09.1898, 347), "La conferencia de paz hispano-americana" (ibíd., 2884, 6.10.1898, 441), "España y los Estados Unidos de Norteamérica" (ibíd., 2885, 13.10.1898, 475), así como, a mediados de diciembre: "Acerca de las negociaciones de paz hispano-americanas" (ibíd., 2889, 10.11.1898, 611 hasta 2894, 15.12.1898, 837), diciendo que "el tratado de paz está totalmente terminado", sin dar informaciones concretas sobre el Tratado de París.

El público de la *Illustrirte Zeitung* no vio ninguna imagen de las negociaciones ni recibió, como tampoco los lectores de los otros periódicos de este año, informaciones de los arreglos entre los Estados Unidos y España. Esto sigue tal vez a un fenómeno más general de que los periódicos casi siempre prestan más atención a la guerra que a la paz (Angell 1928).

Bibliografía

Álvarez Gutiérrez, Luis. 1988. *La diplomacia bismarckiana ante la cuestión cubana, 1868-1874*. Madrid: Centro de Estudios Históricos.

—. 1994. La diplomacia alemana ante el conflicto hispano-norteamericano de 1897-1898: primeras tomas de posición. En: *Hispania. Revista Española de Historia* LIV/1, 187, 43, 26 y 232ss.

—. 1997. Los imperios centrales ante el progresivo deterioro de las relaciones entre España y los Estados Unidos. En: *Hispania. Revista Española de Historia* LVII/2, 435-478.

Angell, Sir Norman. 1928. *The Public Mind. Its Disorders: Its Exploitation*. Cambridge.

Angermann, Erich. 1967. Der Imperialismus als Formenwandel des amerikani schen Expansionismus. Eine Studie über den Gedanken einer zivilisatorischen Sendung der Vereinigten Staaten. En: *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas (JbLA)* 4, 694-725.

Baecker, Thomas. 1974. Deutschland im karibischen Raum im Spiegel amerikanischer Akten. En: *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas (JbLA)* 11, 167–237.

Baumgart, Winfried. 1982. *Deutschland im Zeitalter des Imperialismus 1890–1914. Grundkräfte, Thesen und Strukturen.* Frankfurt/M.; Stuttgart; Wien: Urban.

Bayard, E. Taylor a Richard Olney. 15.01.1896 [carta confidencial]. En: *Library of Congress*. Washington, D.C.: Richard Olney Papers (cortesía de la doctora Ragnhild Fiebig-von Hase).

Beer, M. 1898/99a. Die Vereinigten Staaten im Jahre 1898. En: *Die Neue Zeit* XVII/1, 678–680.

—. 1898/99b. La revolución en Cuba y las consecuencias de la guerra. En: *Die Neue Zeit* XVII/1, 708–714.

Blancpain, Jean Pierre. 1994. *Migrations et mémoire germaniques en Amérique Latine*. Strassburg: Presses Universitaires de Strasbourg.

Brown, Charles Hunter. 1967. *The Correspondent's War. Journalists in the Spanish-American War*. New York: Scribner.

Brühbach, Nils. 1994. Seefahrt und Handel sind die fürnembsten Säulen eines Estats. Brandenburg-Preußen und der transatlantische Sklavenhandel im 17. und 18. Jahrhundert. En: Rüdiger Zoller (ed.). *Amerikaner wider Willen. Beiträge zur Sklaverei in Lateinamerika und ihre Folgen*. Frankfurt/M.: Vervuert, 11–42.

Chickering, Roger (ed.). 1996. *Imperial Germany. A Historical Companion*. Westport: Greenwood Press.

Collin, Richard H. 1990. *Theodore Roosevelt's Caribbean. The Panama Canal, the Monroe Doctrine, and the Latin American Context*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.

Conde, Alexander de. 1963. *A History of the American Foreign Policy*. New York: Scribner.

Conversations-Lexicon oder encyclopädisches Handwörterbuch für gebildete Stände. 1819. Leipzig.

Cosmas, Graham A. 1971. *An Army for Empire: The United States Army and the Spanish-American War*. Columbia: University of Missouri Press.

Deist, Wilhelm. 1976. *Flottenpolitik und Flottenpropaganda. Das Nachrichten-Bureau des Reichsmarineamtes 1897-1914*. Stuttgart: Deutsche Verlags Anstalt.

Döller de Ramírez, K. 1999. *Der Kubanische Krieg (1895-1898) aus der Perspektive deutscher Konsularakten. Das Jahr 1897*. Köln. Tesis de doctorado.

Domnick, Achim. 1999. Mostrar la bandera: la presencia alemana en América Latina en vísperas de la fundación del Imperio. En: Zeuske, Michael; Ulrike Schmieder (eds.). *Regiones europeas y Latinoamérica*. Frankfurt/M.: Vervuert, 337-363.

Domnick, Heinz-Joachim. 1990. *Der Krieg der Tripel-Allianz in der deutschen Historiographie und Publizistik: zur Erforschung des historischen Lateinamerikabildes im 19. und 20. Jahrhundert*. Frankfurt/M.; Bern; New York; Paris: Peter Lang.

Fenske, Hans (ed.). 1982. *Unter Wilhelm II. 1890-1918*. Darmstadt: Wissenschaftl. Buchgesellschaft.

—. 1978. Imperialistische Tendenzen in Deutschland vor 1866. Auswanderung, überseeische Bestrebungen, Weltmachtträume. En: *Historisches Jahrbuch* 97-98: 336-383.

Fiebig-von Hase, Ragnhild. 1987. *Lateinamerika als Konfliktherd der deutsch amerikanischen Beziehungen 1890-1903*. Göttingen: Vandenhoeck + Ruprecht.

—. 1993. The United States and Germany in the World Arena. En: H.-J. Schröder (ed.). *Confrontation and Cooperation. Germany and the United States in the Era of World War I 1900-1924*. Providence/Oxford, 33-68.

—. 1994. Imperialismus als "Sicherheitspolitik": Die Okkupation Haitis durch die USA im Sommer 1915. En: Felix Becker; Holger M. Meding; Barbara Potthast-Jutkeit; Karin Schüller (eds.). *Iberische Welten. Festschrift für Günter Kahle*. Köln; Weimar; Wien: Böhlau, 219-241.

—. 1997. Großmachtkonflikte in der Westlichen Hemisphäre: Das Beispiel der Venezuelakrise vom Winter 1902/03. En: J. Dülffer; M. Kröger.; R.-H. Wippich. *Vermiedene Kriege. Deeskalation von Konflikten der Großmächte zwischen Krimkrieg und Erstem Weltkrieg (1856-1914)*. München: Oldenbourg, 527-555.

Franzbach, Martin. 1993. Die beiden Deutschlands auf Kuba. Ein Beitrag zur Geschichte der Auslandsdeutschen in der Karibik. En: *Iberoamericana* 50, 4-16.

Fremerey, Leutnant zur See. 15.03.1898. Der jetzige Aufstand auf Kuba: Ursachen, Entstehung und bisheriger Verlauf ("Winterarbeit"). En: *B/MF*, RM 5/5923, f. 8r-47r.

Gómez Núñez, S. 1899. *La guerra hispano-americana: el bloqueo y la defensa de las costas*. Madrid.

Havemann, Nils. 1997. *Spanien im Kalkül der deutschen Außenpolitik von den letzten Jahren der Ära Bismarck bis zum Beginn der Wilhelminischen Weltpolitik (1883-1899)*. Berlin: Duncker und Humblot.

Healy, David. 1989. *Drive to Hegemony. The United States in the Caribbean, 1898-1917*. Madison: University of Wisconsin Press.

Heideking, Jürgen. 1996. *Geschichte der USA*. Tübingen; Basel: A. Francke.

Herrings, J. 1899. *Kuba und der Krieg. Eine Darstellung der Ereignisse während des spanisch-amerikanischen Kriegs nach eigener Anschauung des Verfassers, sowie ein Leitfaden für "Kuba-Lustige"*. New York: Chas Wildermann.

Herwig, H. H.; D. F. Trask. 1970. Naval Operations Plan Between Germany and the United States of America, 1898-1913. En: *Militärgeschichtliche Mitteilungen* 2, 532.

—. 1976. *Politics of Frustration, The United States in German Naval Planning, 1889-1941*. Boston; Toronto.

Hobsbawm, E. 1989. *Das imperiale Zeitalter 1875-1914*. Frankfurt/M.; New York: Eric/Campus.

Kennedy, Paul. 1991. *Aufstieg und Fall der großen Mächte. Ökonomischer Wandel und militärischer Konflikt von 1500 bis 2000*. Frankfurt/M: Fischer.

Kaerger, Karl. 19.05.1901. Informe sobre la situación de la industria azucarera en Cuba. En: Bundesarchiv Abteilung Potsdam (BArchP), Auswärtiges Amt, Abt. II. *Akten betr. die Lage der Zuckerindustrie auf Kuba* 5, 45-81.

Kaikkonen, Olli. 1980. *Deutschland und die Expansionspolitik der USA in den 90er Jahren des 19. Jahrhunderts mit besonderer Berücksichtigung der Einstellung Deutschlands zur Spanisch-Amerikanischen Krise*. Jyväskyla: Jyväskylan Yliopisto.

Kneer, Warren G. 1975. *Great Britain in the Caribbean, 1901-1913. A Study in Anglo-American Relations*. East Lansin: Michigan State University Press.

Kunz, H. 1900. Der spanisch-amerikanische Krieg im Jahre 1898. En: *Taktische Beispiele (1880-1900)* (Berlin) 42-144.

La Feber, Walter. 1963. *The New Empire: An Interpretation of American Expansion, 1860–1898*. Ithaca/New York: Cornell University Press.

Lenin, W. I. (1977) 1917. Der Imperialismus als höchstes Stadium des Kapitalismus. En: *Lenin. Werke*. Berlin: Dietz, 22: 189–309.

Lepsius, Johannes; Albrecht Mendelssohn Bartholdy; Friedrich Thimme (eds.). 1924. *Die Große Politik der Europäischen Kabinette, 1871–1914* (Sammlung der Diplomatischen Akten des Auswärtigen Amtes, 40 vols.). Im Auftrage des Auswärtigen Amtes. Berlin: Deutsche Verlagsgesellschaft für Politik und Geschichte.

Linnemann, C. 1999. *Der Krieg auf Kuba (1895–1898) aus der Perspektive deutscher Konsularakten. Das Jahr 1898*. Köln.

Mahan, Alfred Thayer. 1897. The Strategic Features of the Gulf of Mexico and the Caribbean Sea. En: íd. *The Interest of America in Sea Power, Present and Future*. Boston, 271–314.

—. 1898. *Über Intervention in Cuba, Schreiben des Achtbaren Herrn Edward Phelps an den Achtbaren Herrn Levi P. Morton und Manifest der Cubanischen Colonial-Regierung*. (Ins Deutsche übersetzt von Edmund Carl Preiss). New York.

Martí, José. 1963. La independencia de Cuba y la prensa de los Estados Unidos. En: íd. *Obras Completas*. La Habana: Editorial Nacional de Cuba, II: 148–150.

May, Ernest R. 1991. *American Imperialism. A Speculative Essay*. Chicago: Imprint Publications.

Mikusch, Gustav. 1930. *Kuba, Haiti und Louisiana als Zuckerländer. Eindrücke von einer Reise durch diese Länder*. Berlin: Parey.

Mommsen, Wolfgang J. 1993. *Großmachtstellung und Weltpolitik, 1870–1914. Die Außenpolitik des Deutschen Reiches*. Frankfurt/M.; Berlin: Ullstein.

Müller, W. 1898. *Cuba, seine Geschichte, wirtschaftliche und handelspolitische Entwicklung*. Berlin.

Neumann, A. 1999. *Der Kubanische Krieg (1895–1898) im Spiegel der "Frankfurter Zeitung"*. Köln.

Office of Naval Intelligence/Washington. 1899. *Comander Jacobsen, Sketches From Spanish-American War*. Washington.

Offner, John L. 1992. *An Unwanted War. The Diplomacy of the United States and Spain over Cuba, 1895–1898*. Chapel Hill: Univ. of North Carolina Press.

Opatrny, Josef. 1978. *Spanelsko a USA v Zápase o Kubu*. Praga: Univerzita Karlova.

Osburg, S. 1998. *Der Kubanische Krieg (1895-1898) aus der Perspektive deutscher Konsularakten. Das Jahr 1895* (tesis, tutoría: M. Zeuske). Köln.

Paasche, Hermann. 1900. *Im Fluge durch Jamaica und Cuba*. Stuttgart: Cotta'sche Buchhandlung.

Pan-Montojo, Juan. (coord.). 1998. *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid: Alianza.

Pérez Jr., Louis. A. 1998. *The War of 1898. The United States & Cuba in History and Historiography*. Chapel Hill/London: The University of North Carolina Press.

Petter, Wolfgang. 1975. *Die überseeischen Stützpunkte der preußisch-deutschen Kriegsmarine 1859-1883* (Disertación). Freiburg im Breisgau.

Placer Cervera, Gustavo. 1997. *Guerra hispano-cubano-norteamericana. Operaciones navales*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Plüddemann, M. 1899a. *Der Krieg auf Cuba im Sommer 1898*. Berlin: Ernst Siegfried Mittler und Sohn. (Traducción: 1898. Comments of Rear-Admiral Plüddemann (German Navy) On the Main Features of the War with Spain. Washington) (informaciones de Gustavo Placer Cervera, Inst. de Historia Militar de Cuba).

—. 1899b. *Comander Jacobsen, Sketches From Spanish-American War*. (Informaciones de Placer Cervera, Inst. de Historia Militar de Cuba). Washington: Office of Naval Intelligence.

Pratt, Julius W. 1936. *Expansionist of 1898. The Acquisition of Hawaii and the Spanish Islands*. Baltimore: The John Hopkins Press.

Sandner, G. 1982. Zur Problematik der Abgrenzung des Karibischen Raumes aus kulturgeographischer Sicht. En: *Karibik* (München), 11, 13-26.

—. 1996a. El imperio de Guillermo II y el Caribe. La competencia entre Alemania y los Estados Unidos alrededor de Cuba, 1890-1906. En: Paul Butel; B. Lavallé (coord.). *L'Espace Caraïbe. Théâtre et Enjeu des Luttes Impériales (XVIe - XIXe Siècle)* (Collection de la Maison des Pays Ibériques). Bordeaux, 70, 345-363.

—. 1996b. Cuba y el problema de la "transición pactada". Prolegómeno a una historia de la cultura política en Cuba (1880-1920). En: C. Naranjo Orovio; M.A. Puig-Samper; L.M. García Mora (eds.). *La Nación Soñada:*

Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98. Madrid (Aranjuez): Doce Calles, 131-148.

Schierholt, C. R. 1998. *Der Kubanische Krieg (1895-1898) aus der Perspektive deutscher Konsularakten. Das Jahr 1896*. Köln.

Schmitt, Eberhard. 1992. *Konquista als Konzernpolitik: Die Welser-Statthalterschaft über Venezuela 1528-1556*. Bamberg: Förderverein Forschungsstiftung für vergleichende europäische Überseegeschichte.

Schneider, A. 1940. Bismarck und Kuba - eine zeitgenössische Erinnerung. En: *Ibero-Amerikanische Rundschau* 6/8, 85-86.

Schöllgen, Gregor. 1989. Die Großmacht als Weltmacht. Idee, Wirklichkeit und Perzeption deutscher "Weltpolitik" im Zeitalter des Imperialismus. En: *Historische Zeitschrift* 248, 79-100.

Schoonover, Thomas. 1985. Prussia and the Protection of German Transit Through Middle America and Commerce with the Pacific Basin. En: *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas* (JbLA). 22, 393-422.

—. 1997. *Germany in Central America. Competive Imperialism, 1821-1929*. Tuscaloosa/London: The University of Alabama Press.

Schück, Richard. 1889. *Brandenburg - Preussens Kolonial-Politik unter dem Großen Kurfürsten und seinen Nachfolgern (1647 - 1721)* (2 tomos). Leipzig: C. Heymanns.

Shippee, Lester B. 1925. Germany and the Spanish-American War. En: *The American Historical Review* 30, 754-777.

Smith, Joseph. 1995a. *The Spanish-American War: Conflict in the Caribbean and the Pacific 1895-1902*. London; New York: Longman.

—. 1995b. The "Splendid Little War" of 1898: A Reappraisal. En: *History* 80/258, 22-37.

Torre del Río, Rosario de la. 1988. *Inglaterra y España en 1898*. (Pról. José María Jover). Madrid: Eudema.

Trask, David F. 1981. *The War with Spain in 1898*. New York: Macmillan.

Vagts, Alfred. 1925. Der spanisch-amerikanische Krieg. En: *Europäische Gespräche. Hamburger Monatshefte für Auswärtige Politik* 3, 626-650.

—. 1935. *Deutschland und die Vereinigten Staaten in der Weltpolitik*, 1 y 2. New York: Macmillan.

—. 1979. Hoffnungen und Befürchtungen von 1870–1915: ein deutsch-amerikanischer Krieg? En: Hans-Ulrich Wehler (ed.). *A. Vagts, Bilanzen und Balancen. Aufsätze zur internationalen Finanz und zur internationalen Politik*. München; Frankfurt/M.: Syndikat, 193ss.

Vladimirov, Leonid Sergeevich. 1957. *Diplomatija SSA v period ameri kansko-ispanskoj vojny* (en ruso). Moscú.

Volberg, Heinrich. 1977. *Deutsche Kolonialbestrebungen in Südamerika nach dem Dreißigjährigen Kriege, insbesondere die Bemühungen von Johann Joachim Becher*. Köln; Wien: Böhlau.

Walther, Rolf. 1992. *Der Traum vom Eldorado. Die deutsche Conquista in Venezuela im 16. Jahrhundert*. München: Eberhard.

Wehler. 1965a. 1889: Wendepunkt der amerikanischen Außenpolitik. Die Anfänge des modernen Panamerikanismus - Die Samoakrise. En: *Historische Zeitschrift* 201, 57–109.

—. 1965b. "Cuba Libre" und amerikanische Intervention. Der kubanische Aufstand seit dem Februar 1895 und drei Phasen der amerikanischen Kubapolitik bis zum September 1897. En:*Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas* (JbLA) 2, 303–346.

—. 1974. *Der Aufstieg des amerikanischen Imperialismus. Studien zur Entwicklung des Imperium Americanum*. Göttingen: Vandenhoeck + Ruprecht.

Wernecke, Klaus. 1970. *Der Wille zur Weltgeltung. Außenpolitik und Öffentlichkeit im Kaiserreich am Vorabend des 1. Weltkrieges*. Düsseldorf: Droste.

Winzen, Peter. 1977. *Bülows Weltmachtkonzept. Untersuchungen zur Frühphase seiner Aussenpolitik 1897–1901*. Boppard/Rh.: Schriften des Bundesarchivs, Boldt, 22.

Wippich. 1977."War with Germany is imminent". Deutsch-amerikanisches Säbelgerassel vor Manila 1898. En: Dülffer; Kröger; Wippich. *Vermiedene Kriege* ..., 513–526.

Wolf, Julius. 1906. *Der deutsch-amerikanische Handelsvertrag, die kubanische Zuckerproduktion und die Zukunft der Zuckerindustrie*. Jena: Fischer.

Zabel, Rudolf. 1898. *Cuba, die wirtschaftliche, soziale und politische Entwicklung der Insel. Unter besonderer Berücksichtigung der deutschen Handelsinteressen*. Berlin; Leipzig: F Ludhardt.

Zeller, Traugott. 1920. *Der Kampf zwischen Rohr- und Rübenzucker (Tages fragen der Auslandswirtschaft, Heft 14)*. Leipzig: Koehler.

Zeuske, Michael. 1991. Die vergessene Revolution: Deutschland und Haiti in der ersten Hälfte des 19. Jahrhunderts. Aspekte deutscher Politik und Ökonomie in Westindien. En: *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas* (JbLA) 28, 285-326.

—.1992. Comercio alemán y política comercial de Prusia en las Indias Occidentales, 1815-1860. En: *APUNTES* (Leipzig) 1/92, 32-57.

—; J. Ludwig. 1993. Im Zeichen des "kolumbianischen Austausches": Amerika und Europa (17./18. und Beginn des 19. Jahrhunderts). Aspekte einer Geographie der Kolonialwaren in deutschen Regionen. En: *Asien Afrika Lateinamerika (AALa)* (Berlin), 20/4, 605-645.

—. 1995a. El final del imperio de España en América. Transformación imperial y transición del poder en Cuba (1898-1902). En: Bernd Schröter; Karin Schüller (eds.). *Tordesillas y sus consecuencias. La política de las grandes potencias europeas respecto a América Latina (1494-1994)*. Frankfurt/M.: Vervuert, 143-182.

—. 1995b. ¡Con López a Cuba! Los voluntarios alemanes en la expedición de Narciso López, 1851-1852. En: *Trienio*, 26, 149-188.

—. 1998a. Regiones europeas y regiones americanas en la primera mitad del siglo XIX. Estructuras, relaciones y actores como bases de interacciones cognitivas en la expansión europea. En: íd.; U. Schmieder (eds.). *Regiones europeas y Latinoamérica*. Frankfurt/M.: Vervuert, 7-72.

—; Max Zeuske. 1998b. *Kuba 1492-1902. Kolonialgeschichte, Unabhängigkeitskriege und erste Okkupation durch die USA*. Leipzig: Leipziger Universitätsverlag.

Zims, Bernhard. 1929. *Die Grossmächte und der spanisch-amerikanische Krieg*. Münster: Univ. Diss.

Archivos:

BArchB, R. 1401, Nr. 281. *Die Beziehungen des Deutschen Reiches zu Venezuela*. Reichskanzleramt, f. 199r.

Bundesarchiv/Militärarchiv Freiburg (B/MF) RM 5/5923; Admiralstab der Marine, betreffend Geheime R. Angelegenheit. Von Sept. 1897 bis August 1898. *Spanische Kolonien*. Folio (f.), 4 recto-6 recto (r.).

—. B/MF, RM 5/5475; Admiralstab der Marine. *Akten betreffend Kriegsführung zwischen Amerika und Spanien*. Vom April 1898 bis 20.Juni 1898, f. 3r, 13r/v.

—. RM 5/5405: Admiralstab der Marine betreffend Nachrichten über Cuba, vom April 1902 bis December 1907.

—. RM 5/5406: dito..., vom Januar 1908 bis Juni 1914.

—. RM 5/5407: dito..., September 1903 bis November 1908.

—. B/MF, RM 3/4262-4266; Reichsmarineamt. *Krieg zwischen Spanien und Amerika*. Vom April 1898 bis Juni 1898.

—. B/MF, RM Rm/3v, 3232 S.M.S. "Geier".

—. B/MF, RM 2/1855; Kaiserliches Marinekabinett. *Kriegerische Aktionen im Auslande*. Von April 1898 bis Mai 1899, *passim*.

GStAM, Rep. 9, 7.1.I.

Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes (PA/AA), Bonn. 1895-1896. *Spanische Besitzungen in Amerika Nr. 2 betreffend die Angelegenheiten Kubas*. R 17488, A 13304: 13.12, No. 103, carta del embajador von Seldeneck desde La Habana, 23.11.1895.

El problema de la modernidad en América Latina: una aproximación histórico-sociológica a la contradicción civilización-barbarie

Joaquín Santana Castillo

Hace ya más de un siglo, en uno de los ensayos más hermosos e importantes escritos sobre América Latina, José Martí enfrentaba el problema de la modernidad en el subcontinente y alertaba de los numerosos peligros internos y externos que se cernían sobre nuestras tierras. Su conocimiento de la situación de nuestros pueblos y su fina sensibilidad poética lo llevaron a rechazar el excesivo culto por lo europeo, e impugnar la contradicción civilización-barbarie, tan al uso de la ensayística de la época, como elemento clave para llevar a cabo un proceso de modernización. Para Martí, la verdadera contradicción se hallaba entre la falsa erudición y la naturaleza (Martí 1992). Ésta, al buscar remedio a nuestros males, imponía fórmulas ajenas a nuestras condiciones y generaba rechazos y resistencias que hacían fracasar lo proyectado.

Con estas ideas, Martí abre una nueva perspectiva para el análisis, perspectiva que él no puede explotar y que permanece hasta hoy en día insuficientemente trabajada. No obstante, la lectura de este y otros textos puede crear la impresión de cierta contradictoriedad en la lógica interna del pensamiento martiano. Mientras por un lado rechaza la polaridad civilización-barbarie, por otro admite con beneplácito que los jóvenes de América salgan al mundo escoltados por Bolívar y Spencer, o ve con admiración la manera en que Buenos Aires prepara su futura grandeza.

No es propósito del presente trabajo adentrarse en las honduras hermenéuticas de la obra martiana. Una respuesta inicial a estas supuestas o posibles incompatibilidades descansa en que la crítica de Martí a la falsa erudición no reniega de las conquistas del pensamiento y la ciencia europeas. Sí es intención expresa del autor de estas líneas subrayar la complejidad y contradictoriedad del problema de la modernidad y su expresión latinoamericana como enfrentamiento de la civilización con la barbarie.

Esta complejidad dimana de factores de diversa índole. Algunos de ellos se vinculan a los laberínticos procesos de búsqueda de una identidad propia. Otros se asocian a los fenómenos resultantes de la construcción de utopías y proyectos sociales. En última instancia, estas dificultades se resumen en los avatares y desaciertos de una determinada interpretación de la historia interconectada con un específico ideal de progreso y un determinado papel para la actuación de los sujetos sociales.

A esto, se une la existencia de una profusa literatura que hace más ardua la labor del que se proponga estudiar el problema. Puede afirmarse, casi sin temor a pecar de absoluto, que la lucha de la civilización contra la barbarie se ha presentado como el sustrato argumental más socorrido de la novelística latinoamericana. Pero la dualidad civilización-barbarie no ha sido objeto exclusivo de la predilección de escritores como José Eustaquio Rivera, Rómulo Gallegos, Alejo Carpentier o Gabriel García Márquez, por sólo mencionar algunos de los más representativos. Junto a la literatura de ficción se encuentra una enorme e incontable producción intelectual de carácter económico, sociológico, político, histórico o filosófico que explícita o implícitamente se ha hecho eco del tema por más de doscientos años.

Llegada a América con los "descubridores", la problemática de la civilización-barbarie devino el instrumento ideológico por excelencia para justificar la conquista y colonización del nuevo mundo. Ésta adquirió un carácter y contenido nuevo al asociarse a la modernización y a los procesos mentales de lo que pudiera denominarse contemporáneamente como estilo de pensamiento desarrollista. La mayoría de los autores que estudian la cuestión no vacilan en situar los orígenes de este fenómeno en las primeras décadas del siglo XIX, cuando los sectores dirigentes y la intelectualidad de las emergentes naciones latinoamericanas aspiraban a alcanzar un nivel de desarrollo en sus respectivos países equiparable a los niveles de progreso y modernidad logrados por Inglaterra, Francia y otras naciones europeas.

Leopoldo Zea, en su libro *Filosofía y cultura latinoamericana*, escribe al respecto:

> El mundo iberoamericano colonizado por España y Portugal entra en el siglo XIX en la más extraña aventura en que un conjunto de pueblos pueda entrar en el campo de las ideas: la aventura que significa tratar de deshacerse de la propia formación cultural para adoptar otra. El mundo iberoamericano se encuentra frente a un mundo dentro del cual se siente inadaptado: el mundo moderno. Mientras los países iberoamericanos permanecían en el mundo de ideas y creencias, de hábitos y costumbres establecidos por los poderes de la Península Ibérica, el resto del mundo marchaba por otros caminos distintos. Caminos que, ante los sorprendidos ojos iberoamericanos, se presentaban como opuestos y casi inconciliables con los que ellos habían recibido como herencia. Inglaterra con su revolución industrial y sus instituciones políticas; Francia con su revolución política e ideológica, y los Estados Unidos con sus nuevas instituciones de carácter liberal y democrático mostraban otras rutas al mundo (Zea 1976, 179).

Sin embargo, la mayoría de los estudiosos olvida, como bien señala Fernando Mires, que la formación del estilo social desarrollista de pensamiento comenzó mucho antes. Justo cuando los Borbones se empeñaron en restaurar el perdido poderío español y dieron luz verde a un proyecto de modernización de las diferentes regiones del imperio. Por ello no resulta desacertada la tesis de este autor cuando plantea que:

> En cierto modo la ideología dominante de los criollos dependentistas puede caracterizarse como una suerte de radicalización, en sus formas francófila y anglófila, del propio "despotismo ilustrado" que quisieron implantar las autoridades de la Península durante el declive del período de dominación colonial (Mires 1993, 25).

A partir de ese momento aparece en América Latina una ideología que, al tomar como modelo a algunas naciones de Europa y más tarde también a los Estados Unidos, promoverá la realización de un proceso civilizatorio conducente a la modernidad de nuestros países. Este estilo de pensamiento se prolonga con algunas variantes hasta nuestros días, nutriendo diversas teorías aún después de la crisis del desarrollismo de corte cepalino.

Era natural que los primeros exponentes de esta ideología no empleasen el concepto de desarrollo sino la terminología de su época. En su vocabulario se encontraba la palabra civilización desde la cual era deducible el progreso. Rasgo característico de casi todos sus representantes era el antihispanismo. España era presentada por la propaganda civilizatoria como la causante del atraso y el oscurantismo que imperaba en América. Para los más lúcidos, la tarea iba más allá del mero rechazo, pues consistía en extirpar la colonia que continuaba perviviendo en las repúblicas. Hombres como Esteban Echeverría, Francisco Bilbao, José María Samper o Juan Bautista Alberdi, argumentaron la necesidad de alcanzar la coherencia económico-social mediante la incorporación definitiva de nuestros países a la economía moderna.

Conviene no identificar las posiciones de este sector intelectual de franca inspiración demoliberal con el antihispanismo y europeización por los caudillos y grupos de raigambre conservadora o liberal moderada. Mientras los primeros sustentaban la imperiosa necesidad de producir cambios estructurales como requisito del progreso anhelado, representando así a una burguesía ausente, los segundos promovían transformaciones superficiales o intentaban conciliar lo inconciliable. Tal es, por ejemplo, la postura de Lucas Alamán, que proyecta iniciar la industrialización de México sin alterar las relaciones precapitalistas existentes y de las cuales él es fiel representante.

Una cuestión diferente es la de la factibilidad. Siempre nos ronda la pregunta en torno a la posibilidad real de producir cambios en las estructuras sociales de las emergentes naciones de Latinoamérica. Si tenemos en cuenta el grado de enraizamiento de las relaciones precapitalistas en las sociedades latinoamericanas, y el poder hegemónico y estrechos vínculos de la oligarquía con el mercado mundial, habría que concluir que una transformación radical del *statu quo* era si no imposible, harto difícil. Fenómenos como la esclavitud o el tributo indígena, abolidos durante la lucha por la independencia, tuvieron que ser restaurados ante la imposibilidad del estado nacional de encontrar fuentes para su financiamiento. Esto no niega que en la mayoría de los casos esta restauración se realizó bajo los imperativos de una oligarquía conservadora que veía así satisfechos sus intereses.

No obstante, Latinoamérica se monta en el siglo XIX en el vagón civilizatorio, como después lo haría en el XX, para insertarse en los carriles del desarrollo. Si se toma como referente comparativo la modernidad alcanzada por la Europa industrial y los Estados Unidos, la experimentada por América Latina a lo largo del siglo XIX tuvo rasgos peculiares. Curiosamente, las anomalías también se harían presentes en este siglo en medio de la instrumentación de los diferentes proyectos de industrialización o desarrollo. Alguno de los rasgos anómalos de la modernización decimonónica pueden resumirse de la siguiente manera:

1. Simbiosis entre latifundio y modernización. Lejos de comportarse como antagónico ante la modernización, el latifundio -y junto con él, todo el sistema de relaciones sociales que le acompañan- se mostró como una de sus condicionantes.
2. La oligarquía, en especial la agroexportadora, ante la ausencia de una burguesía nacional, facilita un tipo de modernización favorable a sus intereses. Se trata de una modernización proveniente fundamentalmente del exterior y que no afecta de manera directa las estructuras internas. El proceso de modernización en América Latina institucionaliza y consolida las relaciones que, de acuerdo a una lectura histórica que toma como paradigma el desarrollo europeo, son características del llamado atraso.
3. Al ser realizada la modernización por vías externas, ésta se concentró en determinadas ciudades que perdieron tanto económica como culturalmente su contacto con las regiones interiores. La ciudad modernizada en un inicio por los impulsos exteriores devino en el modelo de civilización por excelencia que se oponía a la barbarie rural. Este fenómeno reflejado de manera gráfica por la ensayística de la época, y muy especialmente por el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento, daba inicio a una lógica dual que con variantes se

prolonga hasta nuestro días. No en balde el pensamiento de Sarmiento es considerado como precursor de la sociología latinoamericana.

4. La dominación oligárquica asociada a la modernización se mostró desde un principio como extremadamente autoritaria, y esto se reflejó en el tipo de gobierno fuerte, por lo regular dictatorial, que prevaleció en la mayoría de las repúblicas latinoamericanas a lo largo del siglo XIX. El desarrollo y el progreso no fueron la condición necesaria para la democratización de las relaciones políticas, sino que se comportaron contrario a lo previsto por las teorías liberales. Los primeros pasos hacia la modernización en Argentina fueron emprendidos por la cruel dictadura de Juan Manuel Rosas. Por su parte, Porfirio Díaz, que llegó al poder encabezando un movimiento anti-reeleccionista y se perpetuó en éste por más de 30 años, encarna mejor que ningún otro dictador latinoamericano esa extraña simbiosis entre las relaciones despóticas heredadas del período colonial y la modernización acelerada de los procesos productivos. Por lo regular, los gobiernos dictatoriales, apoyados desde el exterior por las naciones más industrializadas, e internamente por las oligarquías más intransigentes, abrigaban sueños modernizadores que, al ser aplicados a nombre de la civilización y el progreso, se convertían en una terrible pesadilla para las masas pobres y las comunidades indígenas.

Sintomáticamente, al analizar los acontecimientos de las últimas cuatro décadas del presente siglo, el investigador pudiera llegar a la conclusión de que la tesis de Nietzsche sobre el eterno retorno encuentra en América Latina su más plena confirmación. Las dictaduras militares del pasado reciente, haciendo abstracción de sus diferencias con sus homólogas decimonónicas, también justificaban su tiranía presentándose como defensoras de la modernidad y el desarrollo. El impulso más alto en la construcción del "milagro brasileño" se alcanzó precisamente durante el período de las dictaduras militares. El neoliberalismo, tan en boga en nuestros días, encontró en Chile bajo el sangriento régimen de Pinochet, un verdadero laboratorio social para su experimentación práctica.

Fue en este complejo entramado de relaciones políticas, económicas y sociales donde se gestó una atmósfera intelectual que empalmaría perfectamente con la filosofía y la sociología positivista importada de Europa. Este positivismo latinoamericano permeado de un evolucionismo social, cuyo rasgo principal desde el punto de vista conceptual era el ascenso progresivo de lo superior, propugnó la destrucción de las relaciones consideradas como inferiores, vale decir, no modernas. De ahí el famoso lema de la civilización contra la barbarie que, dada la existencia de una población indígena difícilmente asimilable al

proyecto de modernidad que se pensaba construir, adquirió un marcado matiz racista.

En *Conflicto y armonía de las razas en América*, Sarmiento expresaba la esencia de este pensamiento al escribir:

> Sin más rodeos ¿qué distingue a la colonización de Norteamérica? El hecho de que los anglosajones no admitieron a las razas indígenas como asociales y menos como esclavas en su sociedad. ¿Qué distingue a la colonización española? El hecho de que hizo un monopolio de su propia raza, que cuando emigró a América no abandonó la Edad Media, y que absorbió en su sangre a una raza prehistórica y servil (Sarmiento 1986, 362).

De la aplicación con que el estado argentino siguió los dictados de intelectuales como Sarmiento da fe la actual composición racial de la población de este país. Jorge Luis Borges bromeaba con la ironía que lo caracterizaba, al declarar: "Nosotros somos los únicos verdaderos europeos, pues en Europa, la gente es, ante todo, francesa, italiana, española [...]" (Borges 1989, 417).

Resulta en extremo interesante que las valoraciones sobre la evolución del pensamiento social sitúen a este período como antecedente inmediato de la sociología latinoamericana. Autores como Gino Germani, Ignacio Sotelo o Velia Cecilia Bobes coinciden al denominar como presociológica a esta etapa. No es de extrañar entonces que una parte de los sociólogos contemporáneos se comporten como herederos de este pensamiento y convengan en la vigencia casi absoluta de la tesis civilización-barbarie. La diferencia hay que buscarla, más que en la lógica, en el uso de nuevos vocablos técnicos. En vez de civilización, se recurre a términos como desarrollo, progreso, integración, formalización, etc., mientras que el concepto de barbarie es sustituido por palabras como subdesarrollo, tradición, marginalidad o informalidad.

Llama la atención la persistencia de esta ideología del desarrollo, aún cuando los datos estadísticos que la propia CEPAL ofrece nos hablan del descalabro de las políticas modernizadoras. Es probable que una de las razones de su obstinada permanencia radique en la ausencia de un análisis crítico totalizador que sin renunciar a la idea de progreso, enjuicie sus fundamentos evolucionistas y la versión unilineal de la historia y la sociedad.

A dos años del nuevo milenio, el balance de lo realmente alcanzado por el industrialismo desarrollista y las diferentes políticas modernizadoras se presenta como impostergable; si bien no es necesario esperar por éste para observar la frustración por la realización inconclusa del proyecto de la modernidad en esta

parte del mundo. La modernidad se comporta en América Latina como una hija bastarda, y como tal, despojada de los derechos y ventajas de los hijos legítimos.

En *El laberinto de la soledad* Octavio Paz ofrece un impactante cuadro de la realidad mexicana al observar:

> En nuestro territorio conviven no sólo distintas razas y lenguas, sino varios niveles históricos. Hay quienes viven antes de la historia; otros, como los otomíes, desplazados por sucesivas invasiones, al margen de ella y, sin acudir a estos extremos, varias épocas se enfrentan, se ignoran o se entredevoran sobre una misma tierra o separadas por unos kilómetros (Paz 1950, 18).

En esta reflexión, valedera también para el conjunto de la América Latina, Paz describe plásticamente, tal vez sin proponérselo, la parcialidad de la modernidad en estas tierras. Pero además, subraya una cuestión que no debe quedar inadvertida: la coexistencia de niveles históricos y culturales diferentes.

La absoluta confianza con que historiadores y científicos sociales se entregaron a una concepción eurocéntrica de la historia nos ha jugado una mala pasada. El carácter progresivo y unidireccional que dimana de ésta ha impedido comprender la verdadera naturaleza de nuestras realidades y dictado un comportamiento extraño a las mismas. Por ello, hoy más que nunca antes resultan necesarias las advertencias de José Martí en *Nuestra América* para encontrar una armónica relación entre la erudición verdadera y la naturaleza americana.

Bibliografía

Borges, Jorge Luis. 1989. Palabras de Jorge Luis Borges. En: Alain Rouguie (ed.). *La América Latina: Introducción al extremo occidente*. México, D.F.: Siglo XXI, 416–419.

Martí, José. 1992. Nuestra América. En: *Obras Escogidas*. 3 tomos. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales (Centro de Estudios Martianos), I: 456 y II: 482–488.

Mires, Fernando. 1993. *El discurso de la miseria o la crisis de la sociología en América Latina*. Caracas: Nueva Sociedad.

Paz, Octavio. 1950. El laberinto de la soledad. En: *Cuadernos Americanos*. México, D.F.: UNAM.

Sarmiento, Domingo Faustino. 1986. Conflicto y armonía de las razas en América. En: *Ideas en torno a Latinoamérica* I. México, D.F.: UNAM, 360–365.

Zea, Leopoldo. 1976. *Filosofía y cultura latinoamericana*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos".

III

Cultura y modernidad

Mi tío, el empleado: una transgresión modernizadora

Rogelio Rodríguez Coronel

Durante el siglo XIX, la novela cubana, atenta a orientaciones literarias de la época, cumple una función analítico-social, y este aspecto ha sido valorado por los estudios histórico-literarios y críticos sin ahondar en otras tensiones que se generan a partir del encuentro y yuxtaposición de tendencias disímiles prevenientes de las metrópolis culturales -España, Francia o Inglaterra, con alguna mirada hacia los Estados Unidos- que convergen en una sociedad estructuralmente deforme pero intelectual y tecnológicamente en pugna por una ansiada modernidad.

En principio, la vocación social de la novela cubana resulta una verdad necesaria, pero en ningún caso suficiente para explicar las peculiaridades que asume el proceso narrativo. Su validación no puede fundamentarse únicamente desde esta óptica que, por otra parte, no marcaría diferencias sustanciales con respecto a la novelística de otros países y otras épocas. En todo caso, no se haría más que apelar a un rasgo presente en este tipo de discurso desde su génesis.

Las obras de Anselmo Suárez y Romero, Cirilo Villaverde y Ramón Meza profundizan sucesivamente en los estratos conformadores de la sociedad colonial. A la visión romántica de *Francisco*, propia del abolicionismo reformista de las primeras décadas, sucede la reconstrucción -no exenta de imprecisiones, pero valiosa en su conjunto- del universo de relaciones del sistema colonial en *Cecilia Valdés*. El esquema romántico vertebra, a veces débilmente, un sistema de valores que intenta la reproducción, el lienzo de época, el trazado de figuras y contradicciones del contexto. En este caso, la expresión costumbrista funciona a favor de la revelación identitaria. Pero no será hasta *Mi tío, el empleado* (1887), de Ramón Meza, cuando se manifieste, desde una perspectiva renovadora, el carácter profundamente deformador de las estructuras de la colonia. Sin perder una vocación de análisis social, la mirada "realista" en la obra de Meza asume otras determinaciones. La caricatura, el humor, el grotesco de los personajes, el sentido expresionista de la imagen, diferencian la novela de sus precedentes, lo cual no fue adecuadamente comprendido en su época ni posteriormente. De hecho, permanece silenciada, casi desconocida, hasta que en 1960 Lorenzo García Vega la exhuma en su *Antología de la novela cubana* y se reimprime por la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación con un prólogo de García Vega, y al año siguiente, en el centenario del nacimiento del autor, se produce su revalorización crítica en un homenaje propiciado por Mario Parajón (1962). A este homenaje se suma Alejo Carpentier desde las páginas de *El Mundo*, el 16/11/1960, para manifestar:

> Hemos de reconocer que la novela de Meza es una singularísima novela, que escapa a las normas corrientes de la narrativa de su época -y más aún si pensamos que aparece en América donde, en la segunda mitad del siglo pasado, no se concebía que una novela pudiese prescindir de una anécdota central con su correspondiente idilio.

La mayor parte de la crítica coetánea a Meza, excepto la de José Martí, rechaza la obra. Manuel de la Cruz le censura su "ira de sectario, su ironía, epigrama sangriento o burla desdeñosa"; Leo Quesquel, crítico francés en *La Nouvelle Revue*[1] sólo elogia los "cuadros de costumbres" mientras que tiene que haber sido lapidaria la crítica de Enrique José Varona (1887):

> El Sr. Meza carece aún -y esto no es de extrañar porque aun es muy joven- de verdadera penetración psicológica. Ve bien los objetos, y por lo tanto las personas, pero no penetra mucho más allá de la superficie [...].
>
> [*Mi tío, el empleado*] parece hecha a retazos. Sus capítulos producen la impresión de croquis tomados rápidamente al paso, y retocados con elementos de pura fantasía. En el fondo hay algo real, algo que se ha visto, pero hay demasiados accesorios que resultan postizos. Por eso en vez de una sátira de costumbres, como ha querido su autor, ha resultado una serie de caricaturas. El autor ha imaginado más que observado; y lo malo es que la obra debiera ser de mera observación, para los fines que se ha propuesto el autor (Varona 1887).

Se hace notorio que detrás de todos estos juicios se debaten la perspectiva del autor y su consecuente método de facturación artística, las expectativas de la época con respecto al género y las insatisfacciones o perturbaciones que provocaron las peculiaridades de la escritura de Meza.

Parece un sortilegio la información que se tenía en la isla sobre las corrientes literarias dominantes en Europa, principalmente en Francia, Alemania, Inglaterra y en los Estados Unidos durante el siglo XIX pasado. En un afán por la independencia cultural de España -correlato de otra más definitiva-, los escritores y artistas cubanos de entonces se mantenían al tanto de las orientaciones de los centros hegemónicos foráneos. Un ejemplo significativo: en agosto de 1864, muy poco después de publicarse en París la *Historia de la literatura inglesa*, de Hipólito Taine, Enrique Piñeyro dio a conocer un extenso trabajo titulado "La literatura considerada como ciencia positiva" (Piñeyro 1864),

---

1 Traducido y publicado en *La Habana literaria* I, año I, de 1891.

donde expuso los principios básicos del positivismo literario, con lo cual estableció el norte para la crítica y la creación.

Por otra parte, el costumbrismo había impuesto sus fueros durante todos los años anteriores del siglo y finalmente, en 1882 -cinco años antes de la publicación de *Mi tío, el empleado*-, había aparecido su punto más alto: *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde, a quien ya se consideraba como modelo narrativo de nuestro realismo. La repercusión que alcanzan las primeras novelas de Meza (*El duelo de mi vecino* 1884, y *Flores y calabazas* 1885), pero sobre todo *Carmela*, publicada poco antes que *Mi tío, el empleado*, indica claramente las demandas que se le hacían al escritor.

En carta desde Nueva York, del 05/05/1887, Villaverde felicita a Meza por la publicación de *Carmela*, y lo considera "uno de los pocos *escogidos* [...] entre los muchos *llamados* novelistas cubanos", y comenta:

> De esta labor concienzuda y acertada resultan naturalmente retratos de personas que viven, hablan y actúan como todo ser de razón, no meras ficciones de exaltada fantasía, que por bellas y originales que parezcan, carecen de interés para el lector que a la par que recreo, busca verdad en las obras de la imaginación. El realismo que echaba de menos en *Flores y calabazas*, lo encuentro en todo su desarrollo en *Carmela*.

Y, al finalizar, le dice que espera coincidir con los juicios que, en breve, emitirá Enrique José Varona en la *Revista Cubana*.

Carmela fue considerada por Varona como "hermana menor de *Cecilia Valdés*"; sin embargo, el crítico positivista antes había catalogado al Meza de *Flores y calabazas* como "carente de naturalidad" por querer ser naturalista, lo cual mereció una comedida respuesta de Meza en "La Habana Elegante" del 13/06/1886, que termina proclamando:

> Una vez que se sabe que el arte ha entrado en una nueva faz, una vez que se conocen sus actuales tendencias, entendemos que es preferible seguir, aunque no servilmente, los preceptos que en la actualidad le informan, a romper de abierto modo con ellos; pues dentro de los preceptos generales de una escuela pueden producirse obras originales y nuevas.

Esta declaración más bien conservadora de Meza revela la coyuntura estética en que se encontraba: queriéndose someter a los postulados del realismo reproductor, del costumbrismo, de lo que se esperaba de su obra como

plasmación de lo observado, está tentado por *lo original* y *nuevo*, categorías tan seductoras para las vanguardias.

Inmediatamente después de la romántica *Carmela* aparece *Mi tío, el empleado*, novela rara para entonces, transgresora, quizás únicamente comprendida por otro *raro*: José Martí, quien, luego de saludar el "sobrio ingenio, cuidado estilo y varonil amargura" de una novela que "parece una mueca hecha con los labios ensangrentados", manifiesta:

> El libro, sin ser más que un retrato, parece caricatura; pero precisamente está su mérito en que, aun en el riesgo de desviar la novela de su naturaleza, no quiso el autor invalidarla mejorando lo real en una obra realista, cuya esencia y método es la observación, sino que, hallando caricatura la verdad, la dejó como era. [...] Hay ojos centelleantes bajo esa careta pintarrajeada (Martí 1888).

Y en otra oportunidad, al paso, ilumina un parentesco, una sutil revelación:

> Hay algo de pantagruélico en aquellos banquetes, y de rabelesiano en la risa del libro, no tanto por voluntad de este como por efecto del modelo monstruoso (Martí 1963, 125ss.).

Martí tiende hilos entre Rabelais y Meza, pero trasciende la mera conexión intertextual para fijar la esencia del vínculo: la carnavalesca realidad que impone sus determinaciones literarias. De ahí las máscaras sucesivas de Vicente Cuevas/Conde de Coveo, el picaresco submundo de la burocracia, la vida convertida en un retablo de títeres, como también observó Martí.

El asunto tratado por Meza no era nuevo. José Antonio Portuondo, en un artículo de 1974 que sirve de prólogo a la edición cubana de 1981, así lo refiere, y también nos recuerda que un año después de la aparición de la novela de Meza, Darío publica *El rey burgués*, con una temática similar. Sin embargo, la conformación de la sociedad americana desde sus orígenes propició ese baile de máscaras, pues, como señala Fernando Ortiz:

> América fue poblada por raudales de las más apartadas fluencias que en su precipitación formaban un torbellino arrollador donde se subvertían todas las posiciones sociales [...].
>
> Quien allá era labriego, aquí fue mercader; quien soldado, plantador, quien montuno, militar, nobles pasaron a filibusteros, monjes a piratas, villanos a hidalgos, magnates a esclavos, alcurniados a pordioseros, pícaros

a gobernadores; y todos desgajados de su tronco ancestral, aquí sin pueblo, gremio, tribu, ni familia, rotos, desvinculados, reducidos a meras individualidades, socialmente desintegrados y sin amparo (Ortiz 1993).

Con sagacidad, esta observación de Fernando Ortiz le ha servido a la ensayista Margarita Mateo (1995) para validar sus juicios sobre la posmodernidad en América Latina, sobre el carácter paródico, y a la vez transgresor, de los orígenes de nuestras sociedades. Meza también responde a esta certeza, y con ella opera cuando había llegado al límite el grado de tensión existente entre una estructura de un poder colonial cada vez más paralizante y los intereses y potencialidades, apenas vislumbrados en la novela, de la sociedad criolla. Ese es el "modelo monstruoso" que le hace concebir su obra.

Se sabe que Meza, amigo de Julián del Casal[2], leía a los simbolistas franceses, conocía de Gautier, Baudelaire, Verlaine, pero en su "Autobiografía" publicada en *Helios* el 01/01/1910, nos dice que, de sus contemporáneos, no comprende a Rubén Darío ni a Santos Chocano y que prefiere a Campoamor, Bécquer y Núñez de Arce y deja de lado a Salvador Rueda. En la narrativa, desdeña a Blasco Ibáñez y acoge a Pereda y a Juan Valera. Sin embargo, cuando se refiere a la pintura declara que su gusto está conformado para disfrutar las sombras de Rubens y de Rembrandt; la luz de Rafael y los colores de Goya y de Velázquez. Me resulta reveladora esta relación del autor de una novela que ha sido considerada no sin razón como expresionista, y se ha hecho énfasis en la crítica actual de la función del juego de luces y de sombras, y a ello podemos añadir del movimiento en la descripción de la vida citadina, lo cual introduce una óptica distinta –más dinámica, más cinematográfica– con respecto a aquélla que preside el cuadro de costumbre tradicional. ¿Y no es goyesca, por ejemplo, la figura del mendigo don Benigno, y de acuerdo con esta estirpe, el buñuelesco banquete de los misericordiosos en el Teatro Tacón, que nos lleva a una memorable escena de *Viridiana*, o aquélla que se difumina lentamente al final de la boda del Conde de Coveo y Clotilde, digna de *El ángel exterminador*? ¿Y no es de Velázquez la parodia de una nobleza carcomida, de todo un mundo que ya no da más de sí?

Son varios los críticos que, en el referido homenaje a Meza, han caracterizado pasajes de la novela, sobre todo los que remiten a los laberintos burocráticos, como "kafkianos". Ciertamente, el calificativo sintetiza espléndidamente la atmósfera creada y la enajenación de los personajes, pero la imagen en Meza carece de la trascendencia alegórica que alcanza en el autor de *El proceso*. Sin

2 Para comprender las coincidencias y discrepancias estéticas entre Meza y Casal, resulta iluminador el texto *Julián del Casal* publicado por Meza 1910 y recogido en Parajón 1962.

embargo, este vínculo nos lleva a otro motivo de mayor significación: el de la metamorfosis, también apuntado por los estudiosos.

José Lezama Lima, en su *Ramón Meza: Tersitismo y claro enigma*, precisa:

> Ahí está ya Ramón Meza, en sus transmutaciones. Los personajes de Meza no sufren metamorfosis, pues no cambian de forma sino de disfraz, mucho menos podemos hablar de metanoia, cambio de esencias. El emigrante inmediato, el calderero, el noble falso, el apasionado disfrazado, el buscador de himeneos ricos, el consejero equivocado, varían en sus disfraces, en su marco de presentación, pero persisten en su esencia descencional y fría, son siempre unos jayanes (Lezama Lima 1962).

Lezama ratifica el carácter carnavalesco de la novela, sus andamiajes de representación y, por esa vía, su esencia picaresca.

Hay un cambio de *leitmotiv* y de focalización narrativa entre la primera y segunda parte de la obra que merece atención.

La Primera Parte está presidida por dos epígrafes, el primero, tomado de *La desheredada*, de Benito Pérez Galdós, presenta a Cuba como una Jauja donde España "puede remediar los desastres de sus hijos", mientras que el segundo critica las manquedades de la sociedad española por el crecimiento desmesurado de la burocracia y la orfandad que se observa en la producción agrícola a través de una cita de *Influjo de la Revolución Francesa en España*, de José Mor de Fuentes. La Segunda Parte se inicia también con dos epígrafes, uno de los cuales está tomado de *Los espadachines*, de Juan Martínez Villegas, y en él se denuncia a los falsos aristócratas emergentes; el otro es un fragmento de *La pródiga*, de Alarcón, que caracteriza a España como un "país de pillos", o lo que es peor, de arribistas incompetentes. Ambos remiten a la metrópoli como el origen de los males sociales que se denuncian; Cuba es un reflejo paródico (Vitier 1962).

La novela se inicia con una narración omnisciente que luego se personaliza en el sobrino de Vicente Cuevas, el protagonista; ambos son inmigrantes españoles llegados a la Isla, Tierra de Promisión. Durante veinticinco capítulos, Vicente Cuevas trata de instalarse en La Habana, de ser reconocido socialmente y de hacer fortuna por distintas vías, todas picarescas, en este "país de pillos". Un afán impulsa sus actos y barre escrúpulos: *ser algo*. Pero, frustrado en sus propósitos y víctima de los cambios políticos, tiene que huir a México para desempeñarse allí como calderero. La Segunda Parte, compuesta por veinte capítulos y un Epílogo, es el reverso de la primera.

La narración se desarrolla en una voz omnisciente que guarda diferencia con la anterior: aunque sigue siendo la misma voz, el punto de vista de la enunciación

ha variado. Hasta el penúltimo capítulo se nos ha narrado las peripecias del Conde de Coveo, personaje de poder, fortuna y socialmente triunfante con un dejo de ironía y reticencias que introduce la sospecha en el lector de que se trata del mismo Vicente Cuevas que había dejado en México. En ese capítulo XIX, el sobrino-narrador establece las identidades correspondientes y justifica su ausencia como personaje a partir de sus escrúpulos morales para escalar en aquella sociedad. Esa es la mirada que crea los intersticios de distanciamiento crítico que controlan la lectura.

En esta Segunda Parte aparecen los mismos motivos que en la primera, pero ahora Vicente Cuevas/Conde de Coveo ha triunfado, ya es "algo", aunque ha dejado a su paso una estela de oprobios. Sin embargo, un nuevo *leitmotiv* se entroniza: "¡Me falta algo!"

Antón Arrufat, en su iluminador ensayo *Ramón Meza y la novela cubana del siglo XIX*, afirma que *Mi tío, el empleado* resulta la novela de la insatisfacción, del desasosiego -muy presente en Casal-, y lo atribuye a "un estado general de evasión y al mismo tiempo, de revelación de los sentimientos humanos de los fines del siglo", lo cual le permite concluir que la obra de Meza "no es tan sólo la novela de un inmigrante, es una indagación, dentro de sus posibilidades, de la condición humana" (Arrufat 1962). Tiene razón el ensayista en su sensible lectura, pero creo que la actuante modernidad del texto reside en el debate de una contradicción esencial propia de la sociedad occidental a partir del Renacimiento: la contradicción entre individuo y sociedad. Vicente Cuevas aprovecha cínicamente lo que la propia sociedad condiciona para ser, para una realización, pero eso conduce al personaje, cada vez más, a alejarse de sí mismo a través de máscaras sucesivas. "Ser algo" está planteado, en la Primera Parte, en términos de triunfo social; en la Segunda, "Me falta algo" denota una carencia más decisiva que atañe a la dimensión existencial del individuo. La sociedad no puede satisfacerla.

Algunos estudiosos se han referido a la dimensión luciferina del Conde de Coveo; Cintio Vitier lo considera un *desalmado*, en el sentido primigenio de la palabra. Pero si observamos con cierta piedad, podemos concluir que estamos también ante una víctima cuya ejecutoria no es sino el reflejo de un centro ausente. La antítesis del personaje es don Benigno, aquel empleado honesto que fue desplazado por Vicente Cuevas y que termina en la miseria. Su sombra lo perseguirá durante toda la Segunda Parte y es soporte principal de los resortes condenatorios al Conde de Coveo. Aparece por vez primera al final del banquete paródico de los sirvientes en el Teatro Tacón, recoge las sobras y se marcha "persignándose con un pedazo de pan y sin pronunciar palabra".Y ello le hace

concluir a Cintio Vitier: "Es éste un gran momento simbólico de la expresión cubana" (Vitier 1962, 28). Su muerte sirve de epílogo a la novela.

Numerosos son los signos que conforman una instancia simbólica, pero, además de don Benigno, otros dos resultan relevantes por formar parte del paisaje moral de la obra: la cúpula de la iglesia de las Ursulinas y, sobre todo, la estatua de Neptuno a la entrada de la bahía de La Habana. Son testigos silenciosos pero elocuentes de la trayectoria del Conde de Coveo. ¿Simbolizan elementos de una ciudad que resiste la depredación del foráneo? ¿Acaso remiten a religión y cultura como valladares frente a una sociedad donde el afán de lucro deshumaniza al hombre?

Me resulta significativo que *Mi tío, el empleado* haya sido exhumada en 1960. Sabemos que el cambio social trajo como consecuencia inmediata el reconocimiento y rescate del patrimonio cultural del siglo XIX, una de las maneras de restaurar una identidad maltrecha en la década del cincuenta.

Precisamente cuando nuestra sociedad procuraba autenticidad y creación, la novela de Meza debió haber funcionado como un alerta frente a los escaladores de nueva hechura con otras máscaras, o a aquellos otros que querían convertirnos en una parodia de centros más distantes. Pero, sobre todo, como una andanada contra los que estimaban que el poder y sus privilegios podían satisfacer las apetencias más esenciales del ser humano. Yo creo que todavía podemos leerla así.

Bibliografía

Arrufat, Antón. 1962. Ramón Meza y la novela cubana del siglo XIX. En: Parajón 1962, 203.

Lezama Lima, José. 1962. Ramón Meza: Tersitismo y claro enigma. En: Parajón 1962, 20.

Martí, José. 25/4/1988. Mi tío, el empleado, novela de Ramón Meza. En: *El Avisador Cubano* (Nueva York).

—. 1963. *Obras completas* 5. La Habana: Nacional de Cuba.

Mateo, Margarita. 1995. La literatura latinoamericana y el posmodernismo. En: íd. *Ella escribía poscrítica*. La Habana: Casa Editora Abril, 5–18.

Meza, Ramón. 1910. Julián del Casal. En: *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* (La Habana); (Recogido en: Parajón (ed.) 1962, 206–240).

Ortiz, Fernando. 1993. El choteo. En: *Albur* (La Habana), IV (número especial), 162.

Parajón, Mario (ed.). 1962. *Cuba en la UNESCO: Homenaje a Ramón Meza (1861–1961)*. La Habana: Comisión de la UNESCO.

Piñeyro, Enrique. 1864. La literatura considerada como ciencia positiva. En: *El Siglo* (La Habana) 10 y 11; (También en: *Memorias de la Real Sociedad Económica y Anales de fomento* IX. Serie 5ta. La Habana: Imprenta del Tiempo, 133–141).

Varona, Enrique José. 1887. Mi tío, el empleado. En: *Revista Cubana* V, 372ss.

Vitier, Cintio. 1962. Sor Juana, Meza, Martí. En: Parajón 1962, 26–30.

La noción de literatura cubana nacional en la historiografía cubana y española

Hans-Otto Dill

Criollos vs españoles

El problema de la independencia literaria de Cuba es discutido a partir de 1898 por críticos de ambos lados del Atlántico. En ellos se refleja la separación entre las letras cubanas y españolas, resultado de la contradicción histórica "entre los nacidos en esta tierra (primero llamados criollos, después cubanos) y los peninsulares llegados de Europa, [...] eje de nuestra historia hasta fines del siglo XIX" (Bueno 1979, 79). Los españoles y autonomistas proespañoles consideran, como consecuencia de su opción política proespañola, la literatura cubana como española. El autonomista Rafael Montero, en su prólogo a la edición madrileña del *Estudio sobre el movimiento literario y científico en Cuba* de Mitjans, escribe todavía en 1918:

> No es una Historia de la literatura cubana, ni podría serlo; porque no tenemos, ni es posible que tengamos literatura propia y determinada, cuando no la tiene ningún otro pueblo de América [...], sino una Historia del movimiento científico y literario (Montero 1918, 15).

Más lejos van los españoles Marcelino Menéndez y Pelayo y Miguel de Unamuno, menos por fácil colonialismo cultural y más por rencor hacia la hija ingrata de la "la Madre Patria". Según el primero, "la literatura y ciencia de la española provincia de Cuba" deben su calidad "a la bandera de la Madre Patria" (Menéndez y Pelayo 1911, 210s.). Tan poca importancia literaria atribuye el ilustre polígrafo español al año de 1898, que en una reedición posterior de su antología de la poesía hispanoamericana confiesa no ver la necesidad de cambiar después de esa fecha palabra alguna de lo escrito antes de 1898 sobre la literatura cubana (cf. Menéndez y Pelayo 1911, 210).

Unamuno insiste igualmente en la hispanidad (no "españolidad") de la literatura hispanoamericana. Para Carpentier, Unamuno no es santo de su devoción "por haberse lamentado en el final de *El sentimiento trágico de la vida* de que Cuba hubiese dejado de ser colonia española" (Carpentier 1981, 142).

Los críticos cubanos separatistas y patrióticos, al contrario, no hablan de la española provincia de Cuba, sino primero de la "Isla de Cuba" (Antonio José Valdés: *Historia de la Isla de Cuba,* 1813; Antonio Bachiller y Morales: *Apuntes para la Historia de las Letras y de la instrucción pública de la Isla de Cuba,* 1859; El Lugareño: *La independencia de la isla de Cuba* (185?).

De esta denominación *geográfica*, políticamente neutral, pasan a la noción *política* de corte independista "patria". Remos y Rubio ve en el siboneyísmo frente a la censura un modo "de expresar las angustias de la patria, recordando las angustias y persecuciones de los indios [...]" (Remos y Rubio 1958, 119). Portuondo, insistiendo en el término "patria", llama el "patriotismo" el "tema generacional" de Varela, Heredia, Saco, del Monte y Luz Caballero (cf. Portuondo 1962, 18), señalando después de la evasión premodernista la vuelta del término "patria" en el periódico homónimo y en poemas de Martí (*Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche).* "Patria" significaba el rechazo de España como "Madre Patria".

El propio Menéndez y Pelayo constata que "el espíritu general de los literatos y de los hombres de ciencia en Cuba ha solido ser sistemáticamente hostil a España" (Menéndez y Pelayo 1893, 4). Remos y Rubio subraya:

> Estallada la Guerra Grande (1868-1879), la literatura tuvo para los cubanos un tema preferente: la independencia de Cuba, y la oratoria revolucionaria, la poesía patriótica y el periódico de combate, fueron las trincheras de la palabra separatista (Remos y Rubio 1925, 169).

De patria se deriva la denominación de poeta patriótico, político, civil o cívico, calificativos o sinónimos o distintivos. El adjetivo "político" indica que el poeta sale de la esfera literaria, desempeñándose también en la política; "patriótico", que participa de la lucha por una patria independiente de España; "cívico", que lucha por las libertades de prensa, de opinión, de reunión, por la democracia y contra la tiranía; en una palabra: por una sociedad civil. Heredia, Villaverde, Martí, Varona eran políticos, patrióticos, cívicos. Henríquez Ureña descubre "sentimientos civiles y patrióticos" en Milanés (Henríquez Ureña 1978, 234). Según Chacón y Calvo, Heredia "recoge e interpreta todas las ansias libertarias del pasado siglo, cuyo patriotismo le lleva [...] a la robusta entonación de sus cantos civiles" (Chacón y Calvo 1922, 186).

España perseguía ferozmente a los escritores cubanos cívicos. Zenea y Plácido -cuya ejecución justifica Menéndez y Pelayo con su participación en "una conjuración de negros y mulatos contra la raza blanca de la isla, con intento de hacer de Cuba otra república de Haití" (Menéndez y Pelayo 1911, 260)- mueren fusilados, El Cucalambé fue asesinado, Martí sucumbe en combate, Villaverde es condenado a muerte y después exiliado como Heredia, Mendive, del Monte, Varona y otros muchos. Según Meza, el destierro es un fenómeno característico de Cuba por la labor política de sus escritores (cf. Mitjans 1963, 37),

constatación referida a fines del siglo XX a la oposición anticastrista residente en Miami (cf. Ares/Baldor 1986, 44).

La oposición entre hispanófilos y cubanistas la ilustran sus reacciones distintas con motivo del 500° aniversario del llamado Descubrimiento. Menéndez y Pelayo editó su famosa antología hispanoamericana para celebrar este evento. El cubano Varona, en cambio, lo lamentó:

> Pronto se reunirán los españoles y sus descendientes de América para festejar su reconciliación, con el pretexto de conmemorar al descubridor del Nuevo Mundo. Será una hermosa fiesta. Pero hay un pueblo americano, que no podrá regocijarse el día del centenario próximo: Cuba (Varona 1891, 193).

Los escritores cubanos no sólo construyeron la patria, sino también la nación cubana mediante la creación de la conciencia nacional de los cubanos:

> el siglo XIX define y fortalece la nacionalidad cubana: es más, la nacionalidad se transforma en nación mediante la lucha armada iniciada en 1868 para conquistar la independencia (Bueno 1979, 119).

Félix Lizaso escribe:

> Mientras en el continente americano se daban las grandes batallas por la independencia, en Cuba los hombres que habrían de ser los forjadores de nuestra nacionalidad le daban a ésta un contenido y una arquitectura que iban a ser la concepción más armoniosa y alta, más sólida y rica de sustancia de la cubanidad (Lizaso 1949, 11).

Para la crítica del siglo XX, el año de 1898, en cuanto año de la independencia de España, es por lo tanto también directamente obra de los poetas cubanos.

Pero Mitjans, autor del primer esbozo de una historia de la literatura cubana, el *Movimiento literario y científico de Cuba*, pasa por alto este papel cívico. Por los contextos premodernistas seguramente, asume un criterio estético-formal, excluyendo las biografías, consideradas por él como más tarde por Roland Barthes como extraliterarias, del campo literario, registrando según un canon neoclásico sólo los valores literarios, contenidos exclusivamente en los textos. "Hablemos del poeta" dice respecto de Heredia, callando las actividades políticas del bardo santiaguero. La poesía cívica herediana no la vincula con el problema cubano, ni la trata como un tema central, sino como un tema cualquiera: "Sus

poesías políticas", escribe, "contienen todos los sentimientos propios de su época y de sus particulares circunstancias" (Mitjans 1963, 143). Varona crítica estas "doctrinas estéticas demasiado estrictas": "Poner la belleza como fin de arte, es poner fuera del arte lo más de cuanto ha producido la inspiración artística" (Varona 1891, 199). Max Henríquez Ureña dice:

> La historia literaria de Cuba en el siglo XIX [...] produce la sensación de un campo de batalla en el cual es incesante el choque de tendencias políticas inconciliables. No pocas veces hay que dar acogida en la historia de las letras a polemistas o expositores de soluciones políticas o proyectos económicos, aunque no sean hombres de letras y desde el punto de vista pura y estrictamente literario no tengan mayor significación. [...] La historia literaria quedaría trunca si se suprimiese la mención de esos batalladores de la pluma [...] (Henríquez Ureña 1978, 17).

Pero en verdad muchos escritores cubanos decimonónicos -el mejor ejemplo es Martí- eran políticos más en sus biografías que en sus obras. Menéndez y Pelayo menciona solamente a dos, a Heredia y a Zenea, en juicios seguramente más políticos que estéticos. De Heredia dice: "Los versos más endebles de Heredia son sus versos políticos" (Menéndez y Pelayo 1911, 229), de Zenea: "Sus injurias rimadas contra España no aumentarán ciertamente la gloria de su nombre" (ibíd., 211). Infame es su justificación de la censura española:

> La suspicacia vigilante de la censura prestó buen servicio al numen de estos poetas, forzándoles a buscar para su propaganda medios y recursos ingeniosos, trasladando o graduando su pensamiento a otro molde estético, con lo cual logró a veces realización más serena y más lírica el mismo espíritu que, desbordando luego y libre de toda traba, no supo engendrar otra cosa que vulgares explosiones de furia y encono (ibíd., 271).

Ramón Meza, en cambio, al continuar en *La obra póstuma de A. Mitjans. Examen y anotaciones* (Revista Cubana 1891) el "movimiento literario de Cuba" hasta los años ochenta, critica la censura española por no favorecer, sino impedir el desarrollo de la literatura cubana (cf. Mitjans 1963, 19).

La cubanía de la naturaleza y del paisaje

Pero con una literatura contraria al régimen colonial de España podría Cuba quedarse dentro de los moldes peninsulares, siguiendo siendo una provincia cultural. De ahí que la crítica, sobre todo Vitier en su obra fundamental *Lo*

cubano en la poesía, ubique el carácter nacional -*lo cubano*, la *cubanía* o *cubanidad*- de la literatura cubana no en su superficial dimensión política, sino en algo más poético y medular, en la pintura de la *naturaleza específicamente cubana*. La naturaleza tropical, la fauna y flora, el paisaje de Cuba son según muchos críticos la más alta expresión poética de lo cubano. Eso es nuevo: todavía Mitjans veía en la *Oda al Niágara* y en el poema *En el Teocalli de Cholula* de Heredia sólo logros y defectos formales, nada de la nueva visión de la cultura e historia americanas. Pero Henríquez Ureña vio en estas composiciones el sentimiento de la naturaleza americana (cf. Henríquez Ureña 1978, 132). Tampoco aprueba Mitjans el sincretismo americano de Plácido que mezcla "flora y planta de Cuba" con "rosas de Jericó, cedros del Libanón, olivas de Sión" (Mitjans 1963, 134) ni en Poey y Mendive la mixtura de naturaleza cubana y mitología griega (cf. ibíd., 153), como no reconoce en Zequeira y Rubalcava la correspondencia entre la tradición eglógica y bucólica clásica y la naturaleza arcádica del Caribe en la que hace hincapié Chacón y Calvo (cf. 1922, 60).

Cintio Vitier advierte en las descripciones del paisaje y de la naturaleza tanto de los neoclasicistas, románticos, realistas y costumbristas como en el *Diario de campaña* de Martí una identificadora *cubanía* (cf. Vitier 1970, 267-275). Con Pobeda y El Cuculambé ("descubridor de los campos de Cuba") es Samuel Feijóo "el primer y único poeta cubano hasta hoy, que se haya sumergido totalmente en la naturaleza de la isla" (ibíd., 534). La añoranza del paisaje cubano de los actuales exiliados se inserta también en la tradición paisajista cubana, destaca, en forma más lírica que analítica, Mercy Ares en *El paisaje en la lírica cubana* (cf. Ares/Baldor *et al.* 1986, 29-47).

La pintura del paisaje insular como apropiación de éste por el cubano es para Vitier un proceso de espiritualización y jerarquía, culminando en la espiritualización de la naturaleza por Zenea. Después de las frutas piña y mamey ("paladar y olfato") aparecen los árboles y pájaros (cf. Vitier 1970, 68). La palma es, según la crítica, la planta emblemática de Cuba en la obra de Heredia, Martí, Poveda, Zambrana ("Los profundos suspiros de las palmas") y Guillén ("Cuba, palmar vendido"). Este árbol, símbolo que despertó la conciencia independentista, cuajó como cifra de la isla según Vitier, que descubre que el campo, además de paisaje, es también economía (cf.ibíd., 349): la caña deviene con el monocultivo planta típicamente cubana con su "olor a caña de azúcar en el aire" (ibíd., 359).

Cubanía como particularidad del hombre cubano

Un escalón más alto de cubanía es la personalidad del cubano. Según Varona, gran sociólogo, la cubanidad de los personajes de novela se debe a la particularidad de la sociedad cubana. Dice bajo el rubro significativo "una novela cubana", de *Carmela*, de Meza

> resorte oculto de la acción, el elemento trágico de ella está precisamente en nuestro modo de ser social; es nuestra sociedad lo que envuelve y penetra los personajes [...]. Cada uno de ellos es como es, porque ha nacido o vive en Cuba, colocados en otro medio social, sus actos y el desarrollo del drama en conjunto habrían tomado otra forma o carecerían de sentido (Varona 1891, 118s.).

Pero la mayor parte de los críticos hace hincapié en la particularidad étnica, la psicología nacional de Cuba expresada en su literatura. "[...] una literatura genuinamente nacional es uno de los signos más característicos de la unidad étnica de un pueblo; su existencia [...]", dice Chacón y Calvo (1922, 19), subrayando la importancia de la literatura para la conformación del *ethnos* cubano:

> [...] entre los diferentes elementos que integran la unidad étnica de un pueblo hay uno que no cede en importancia a otro [...]. Este elemento es el literario. Una literatura propia [...] (ibíd., 18).

La literatura es según Max Henríquez Ureña espejo de la personalidad del cubano:

> ¿Qué hacen los poetas y los costumbristas, sino mirar hacia adentro, hacia la esencia misma del sentir cubano? ¿A qué otra cosa, sino al empeño de buscar las esencias de lo cubano, se debe la difusión que alcanzaron, no sólo en la poesía patriótica, sino también en la poesía criolla, o la poesía indigenista, o la rica y variada literatura de costumbres? (Henríquez Ureña 1978, 17).

Entre los rasgos típicos cubanos reflejados en la literatura están fenómenos tan dispares como "el espíritu como sacrificio y creación" (pensando en Martí u otros mártires) y la "golosidad y sensualidad" (del paladar y del olfato).

> Todo este mundo de sensaciones cubanas se desplegará con su consecuente metafórica y teología en la vasta novela *Paradiso,* [...] visión de los sabores y sentidos de la isla (Vitier 1970, 460).

Otra característica cubana expresada en literatura mencionada por la crítica es la musicalidad.

Claro, una naciente crítica e historiografía nacional insiste en la otredad étnica del cubano frente al español, la que diferencia a la literatura: cubana, espejo de la cubanía mental, de la española:

> El cubano [...] tiene caracteres que marcan un progreso dentro de su raza; si no más inteligente en absoluto que el español, es de comprensión más rápida y mucho menos refractario a las novedades; ha perdido, al ser transplantado a América, la desconfianza de lo desconocido (Varona 1891, 131).

Pero Varona reconoce también "herencias" mentales españolas en los cubanos como "bandolerismo" y "violencia" (ibíd., 206).

Según Chacón y Calvo el *ethnos* cubano se compone de varias etnias originarias en que

> no cabe negar que las influencias del medio, y las de otras razas o civilizaciones, le han dado ciertos caracteres peculiares que la distinguen de un modo débil es cierto, pero la distinguen al cabo, de la literatura española (Chacón y Calvo 1922, 20).

Piensa sobre todo en los negros, cuya integración en la nación es el gran tema nacional de la primera mitad del siglo XX, constituyendo un eje tan importante de las contiendas acerca de la nación cubana, como en el siglo XIX la discusión sobre españolidad/hispanidad vs. criolledad.

La integración del negro en la nación cubana tiene en la "transculturación" su expresión cultural, basada, según Ortíz, en el contrapunteo del tabaco (indígena-criollo) y del azúcar (importado-negro) conllevando el carácter sincrético blanquinegro de la nación y cultura. La consecuencia: el surgimiento de la poesía afrococubana de Guillén, Ballagas, Arozarena en los años veinte y treinta.

El problema de la lengua española

Un argumento principal esgrimido por Unamuno y otros hispanófilos es que en el Nuevo Mundo se sigue usando el idioma español. La argumentación tiene por base la situación en Europa donde existe una casi identidad entre lengua y literatura nacionales. Si no hay lengua cubana, tampoco hay literatura cubana. Dice el salamanquino: "Soy español, locamente español por que van ligados los sendos patriotismos de las naciones de lengua hispánica" (Unamuno 1966, 61). Los americanismos presentados por lingüistas americanos que prueban la existencia de idiomas hispanoamericanos distintos del peninsular se deben según él a regiolectos peninsulares. Pero se niega a discutir palabras y formas fonéticas de origen indio o africano, características para la comunicación y las literaturas del Nuevo Mundo. Parecidas ideas, con matices racistas inexistentes en Unamuno, admirador de la poesía mulata de Guillén, son pregonadas por Menéndez y Pelayo.

La particularidad literaria de la literatura cubana

Precisamente el problema de la lengua lleva la discusión a la orilla opuesta, porque el discurso literario tiene -en sus modos de narrar, sus metáforas, su dramaturgia- su idioma independiente del idioma natural en que el autor escribe. De ahí que la importancia del idioma español para la literatura cubana no signifique según Carpentier la pertenencia de ésta a la española. Contra el periodista Azar del *Diario de la Marina* que había sostenido que el meridiano intelectual de Hispanoamérica era Madrid, Carpentier alude al propio idioma literario (por ejemplo modos de narrar) estéticamente más importante que el idioma natural. Según él, la novelística cubana ha adoptado, a diferencia de la española, técnicas narrativas de la literatura francesa, lo que diferencia el lenguaje literario cubano del español: en Hispanoamérica "se sigue mucho más el modelo francés que el español, para liberarse de la influencia española" (Carpentier 1981, 228). Ya Varona lamentó la influencia literaria española porque "con ella y por desgracia penetran las ideas estrechas y perniciosas de la escuela ultramontana española" (Varona 1891, 124).

También otros subrayan que Cuba ya ha encontrado en el siglo XIX, con anterioridad a otros países latinoamericanos, modelos literarios no-ibéricos.

> Hasta Zenea nuestra poesía muestra influencias casi exclusivamente españolas. [...] Pero con él empieza la línea de influencia francesa, norteamericana, inglesa e inclusive alemana

escribe Chacón y Calvo (1922, 185), atribuyendo a Luisa Pérez de Zambrana la "desespañolización de nuestra lírica" (ibíd., 207).

La crítica subraya que gracias a estas influencias la cubanía de la literatura cubana, lejos de ser provinciano, significa universalidad. Los cubanos no sólo leían, sino también traducían la producción contemporánea extranjera, a diferencia de sus colegas españoles.

> En Cuba concurren muy diversas causas para revestir de esta importancia una buena traducción. La literatura española, que ha sido nuestro primer modelo, no es rica en buenas traducciones literarias. [...] Así desde que hubo hombres de letras en Cuba, ha habido traducciones de las literaturas extranjeras. Nuestros poetas notables han sido también distinguidos traductores (Varona 1883, 92s.).

La polémica sobre el cambio del paradigma español por el francés y no-ibérico en la literatura cubana motiva la discusión de las propiedades estético-literarias de la literatura cubana, que la diferencian literariamente, y no sólo política y mentalmente y por la realidad extraliteraria reflejada en ella, de otras literaturas. Casi todos los críticos convienen en que una característica de la literatura cubana es el barroquismo, que se encuentra sobre todo en los poemas de Ángel Gaztelu y Lezama Lima y en la narrativa de Carpentier, Lezama Lima, Cabrera Infante y Sarduy, y ha sido estudiada por Carpentier, Sarduy, Cabrera Infante. Además aparece como fenómeno literario exclusivamente cubano el siboneyísmo.

Otro rasgo cubano específicamente literario es la preferencia por un determinado género literario, la *décima,* cuya cubanidad es discutida en la oposición *décima vs. romance.* El romance octosílabo es muy popular en España, pero de ningún modo típico para Cuba, donde es menos producto de la tradición oral que de reminiscencias cultas, "mezcla insufrible de términos clásicos y criollismos" (Chacón y Calvo 1922, 41). Los romances de Domingo del Monte, considerados por críticos cubanos como malogrados y no cubanos, son alabados desde luego, por Menéndez y Pelayo: "Sus agradables romances sobre costumbres del campo de Cuba son de la mejor escuela peninsular" (Menéndez y Pelayo 1911, 248).

La décima, en cambio, goza de popularidad enorme tanto entre los sencillos cantantes populares como entre poetas elitistas como Lezama Lima (hasta hay un decimista protagónico en *Paradiso*). Una explicación plausible de la preferencia de los cubanos "por la décima al modo del poeta y músico granadino Vicente Espinel, prefiriéndola al romance" la ofrece Carolina Poncet:

en primer lugar, no ha sido jamás afecto el cubano a la poesía narrativa, que es lo que mejor se adapta al romance, por lo mismo que la gran libertad de esta clase de rima lo aleja menos de la prosa. En segundo lugar, la misma variedad de conceptos que caracteriza a la muelle poesía popular cubana -cuyo sentimiento dominante es un amor pueril y quejumbroso- necesita como compensación la melodía y el ritmo de una estrofa aconsonantada, artificiosa y pulida en sus formas. Por último el *oído musical* que todos los críticos reconocen a los cubanos no se satisface con las combinaciones asonantadas [...] como el romance. El versificador popular cubano [...] no sólo compone la décima erótica o *filosófica*, sino que acompañado con el rasgueo de la guitarra, la entona en las callejuelas (cito según Remos y Rubio 1958, 47-49).

La misma cubanía literaria basada en la musicalidad y sensualidad la tiene el *son* afrocubano, letra con música rítmica bailada y cantada, introducido por Guillén en la poesía, imitado por García Lorca, y en general la poesía negra de Ballagas, Guirao y Pedroso.

Otra modalidad muy cubana de la poesía la constituyen ciertas metáforas, símbolos, sinécdoques, metonimias y otros tropos literarios que, sacados de la propia realidad cubana, se repiten en la misma literatura cubana, refiriéndose ya no sólo a fenómenos reales, sino a otros literarios, constituyendo así una interna tradición cubana de autorreferencialidad literaria. En primer lugar la *palma*, alegoría metonímica de Cuba, como hemos visto, de Heredia, Zambrana, Martí, Guillén. La *caña de azúcar* es, al igual que el *tabaco* de los "vegueros", otro elemento de la naturaleza cubana transformado en símbolo típico, cuyo sentido cultural ha descubierto Fernando Ortíz en su *Contrapunteo del tabaco y el azúcar*, que va desde *El poema de los cañaverales* de Pichardo Moya por *La Zafra* de Acosta hasta Guillén con el poemita *Caña* y la *Elegía a Jesús Menéndez*. Estas particularidades que van desde el patriotismo pasando por la reflexión de la naturaleza y del paisaje de Cuba y la expresión de la mentalidad, sicología y sensualidad del poliétnico pueblo cubano hasta peculiaridades específicas del discurso literario diferencian a la literatura cubana de la española, atestiguando su descolonización.

Igualmente importante nos parece algo que ya muestra a las claras el propio Mitjans, quizá sin quererlo: que la literatura cubana surge sin precursores ni preparativos en el siglo XIX, constituyendo casi de golpe un cuerpo de elementos autorrelacionados entre ellos (sociedades, tertulias, escuelas, epistolarios, polémicas, géneros literarios) como compacto e impresionante movimiento, como cualquier otra literatura nacional e independiente.

Lo que extraña mucho es la ausencia, entre los abogados de la cubanía literaria, del escritor que más que todos los demás poetas cívicos ha luchado contra el coloniaje español y por la independencia política de Cuba: José Martí. El amante de la literatura española que sigue los moldes de sus estrofas y versos tradicionales de España al tiempo que divulga y traduce obras de escritores no-ibéricos, no habla de literatura cubana, sino de literatura americana, en conformidad con su visión de la unidad político-cultural de "Nuestra América", que no se realizó en la forma que pensaba él. Pero por el idioma español, el destino histórico común y la cultura sincrética, poliétnica y multiracial de todos los pueblos hispanoamericanos, la literatura cubana sin dejar de ser nacional se inscribe en la literatura del subcontinente. Con razón sitúa Lazo a tres niveles, al nacional, al español y al hispanoamericano, la literatura cubana al plantear la

> interrogación acerca de la existencia progresivamente autónoma y diferenciable de la literatura cubana como acerca de la de los demás pueblos hispanoamericanos, integrantes a su vez de una literatura general hispanoamericana, relacionada estrechamente con la española, pero no subordinada a ésta [...] (Lazo 1967, 16).

Bibliografía

Ares, Mercy; Aurelio Baldo Baldor *et al.* (eds.). 1986. *Características Nacionales de la Literatura Cubana.* Miami: Patronato Ramón Guiteras.

Bueno, Salvador. 1979. *La crítica literaria cubana del siglo XIX.* La Habana: Pueblo y Educación.

Carpentier, Alejo. 1981. *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos.* México: Siglo XXI.

Chacón y Calvo, José María. 1922. *Ensayos de literatura cubana.* Madrid: Saturnino Calleja.

Henríquez Ureña, Max. 1978. *Panorama histórico de la literatura cubana* I. La Habana: Arte y Literatura.

Lazo, Raimundo. 1967. *La literatura cubana. Esquema histórico (desde sus orígenes hasta 1966).* La Habana: Editora Universitaria.

Lizaso, Félix. 1949. *El pensamiento vivo de Varona.* Pres. por Félix Lizaso. Buenos Aires: Losada.

Menéndez y Pelayo, Marcelino (ed.). 1893. *Antología de poetas hispano-americanos* II. Madrid: Real Academia Española.

—. 1911. *Obras completas*. III. Historia de la poesía hispanoamericana. Madrid: Suárez.

Mitjans, Aurelio. 1963. *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba*. La Habana: Consejo Nacional de Cultura.

Montero, Rafael. 1918. Prólogo a Aurelio Mitjans. *Historia de la literatura cubana*. Madrid: Editorial América.

Portuondo, José Antonio. 1962. *Bosquejo histórico de las letras cubanas*. La Habana: Editora del Ministerio de Educación.

Remos y Rubio, Juan José. 1958. *Proceso histórico de las letras cubanas*. Madrid: Guadarrama.

Unamuno, Miguel de. 1966. *Obras completas* VI. La raza y la lengua. Madrid: Afrodisio Aguado.

Varona, Enrique José. 1883. *Estudios literarios y filosóficos. Literatura cubana*. La Habana: La Nueva Principal.

—. 1891. *Artículos y discursos (Literatura, Política, Sociología)*. La Habana.

Vitier, Citio. ²1970. *Lo cubano en la poesía*. La Habana: Instituto del Libro.

Novela histórica, Independencia y Revolución

Karl Kohut

Fascinante palabra: poder:
la apertura de todos los caminos,
la llave de todas las puertas,
la aceptación de todas las opciones,
el propiciamiento de todas las tendencias,
la realización de todas las inclinaciones,
el quebrantamiento de todos los albedríos,
la síntesis de todas las autoridades,
la concentración de todos los arbitrios:
la totalidad total.
Lisandro Otero: *Temporada de ángeles*

El 98 y la novela histórica cubana

La novela histórica, género de moda desde hace unas décadas en América Latina, lo ha sido mucho menos en Cuba. Por lo menos, así lo hacen suponer las estadísticas establecidas por Seymour Menton en su conocido libro (cf. 1993, 2-13). En la lista de la *nueva novela histórica*, aparecen tres autores (Alejo Carpentier, Reinaldo Arenas y Antonio Benítez Rojo) con siete novelas[1], en la de las que llama las *no tan nuevas novelas históricas* son cinco autores (Alfredo Antonio Fernández, Lisandro Otero, Julio Travieso, Carlos Albert Montaner y Rolando Rodríguez) con una novela cada uno[2]. A estas obras (sean "nuevas" o "no tan nuevas") habría que añadir la novela reciente de Julio Travieso Serrano, *El polvo y el oro*, aparecida en 1996. Dejando aparte la separación más que discutible entre *nueva* y *no tan nueva novela histórica*, nos quedamos con un número total de ocho autores con doce novelas (trece si incluimos *El polvo y el oro*), para los cuarenta años desde finales de los años cuarenta hasta principios de los años noventa. La significación de este número reducido se hace patente si lo comparamos, por un lado, con el de las novelas de la revolución, según la definición de Rogelio Rodríguez Coronel y, por el otro, con la producción de novelas históricas en el subcontinente latinoamericano. En cuanto a las novelas de la revolución, Rogelio Rodríguez Coronel enumera más de 120 para los años

1 Carpentier: *El reino de este mundo* (1949), *El siglo de las luces* (1962), *Concierto barroco* (1974) y *El arpa y la sombra* (1979); Arenas: *El mundo alucinante* (1969) y *La loma del ángel* (1987); Benítez Rojo: *El mar de las lentejas* (1979).

2 Fernández: *El candidato* (1979); Otero: *Temporada de ángeles* (1983); Travieso: *Cuando la noche muera* (1983); Montaner: *Trama* (1987); Rodríguez: *República angelical* (1988).

entre 1959 y 1978. No he contado las novelas históricas de las dos listas de Seymour Menton, pero la proporción es muy semejante.

Sin embargo, sería prematuro concluir de estas comparaciones que los autores cubanos no se interesan por el pasado de la isla. Seymour Menton ha establecido sus listas fundándose en un criterio formulado por Anderson Imbert según el cual se considera novela histórica tan sólo una obra cuya acción real tuvo lugar antes del nacimiento del autor (cf. Menton 1993, 16). Dejando aparte la cuestión de si este criterio es adecuado para separar las novelas históricas de la masa de las novelas en general, quedan excluidas *a priori* las novelas sobre la revolución de 1959 escritas en los años posteriores[3]. Hay que tomar en cuenta, además, un cierto tipo de novela que, sin ser histórico en el sentido estricto, inserta el pasado en el presente, de tal modo que el pasado ilumina el presente, y el presente nos hace ver mejor sus raíces en el pasado. Según Linda Hutcheon (cf. 1988, 4), el tópico del "pasado presente" sería característico de la literatura posmoderna. El ciclo de novelas de Lisandro Otero que comprende *La situación* (1963), *Pasión de Urbino* (1967), *En semejante ciudad* (1979) y *Árbol de la vida* (1990) correspondería perfectamente a esta definición, puesto que su acción está situada en los años anteriores a y contemporáneos de la revolución cubana de 1959, pero incluye, a pesar de ello, numerosos episodios de la historia cubana desde principios del siglo XIX. Esas reflexiones nos hacen entrever que la preocupación por el pasado no estaría tan ausente en la novelística cubana de las últimas décadas como lo hacen suponer las listas de Seymour Menton.

Lo dicho vale sólo con una excepción significativa: no hay ninguna obra que se dedique a los acontecimientos de la Independencia, tal como lo hace la novela española *Héroes de Cuba* (1963), de Ricardo Fernández de la Reguera y Susana March, recién reeditada por la editorial Planeta (1997) o, en Colombia, el ciclo de novelas en torno al Libertador. Dejo aparte la biografía, cuyo interés en nuestro contexto se explica por el personaje de José Martí. Entre las tantas biografías del "maestro", "apóstol", "mártir", "héroe", habría que señalar *Martí el apóstol* (1933) de Jorge Mañach, y la *Vida de José Martí. El hombre íntimo y el hombre público* (1954) de Alberto Baeza Flores. Si bien éste último es de origen chileno, está firmemente arraigado en la escena literaria cubana. La crítica ha señalado de modo particular la calidad literaria de la obra (Ette 1995)[4]. A pesar de que sobre todo en la biografía llamada literaria se borran las diferencias

3 Hay que distinguir novelas de índole histórica sobre la Revolución Cubana de las novelas "de la revolución cubana", analizadas por Rogelio Rodríguez Coronel en su libro conocido, y que define con las palabras "que se escribe[n] en simpatía con el proceso cubano" (1986, 10).

4 Habría que mencionar la "nueva biografía" de Martí por el mismo autor, publicada en 1976.

entre los géneros biográfico y novelesco, las biografías de Martí constituyen un *corpus* propio que exigiría un análisis aparte.

Sin embargo, y a pesar de las apariencias, los acontecimientos del 98 no están ausentes en la novela cubana de las últimas décadas, sino presentes, si bien de modo implícito, como trasfondo de las novelas históricas que giran alrededor del fenómeno de la revolución, sea la cubana del 59 o la de otros países y épocas. Para explicar esta constatación que puede extrañar a primera vista, quiero citar una reflexión de Fidel Castro que Lisandro Otero ha antepuesto a su novela *Temporada de ángeles* (1983) que trata de la revolución inglesa de Oliver Cromwell del siglo XVII, tema aparentemente muy lejano de la problemática cubana:

> Sabido es que en Inglaterra, en el siglo XVII fueron destronados dos reyes, Carlos I y Jacobo II por actos de despotismo. Estos hechos coincidieron con el nacimiento de la filosofía política liberal, esencia ideológica de una nueva clase social que pugnaba entonces por romper las cadenas del feudalismo. Frente a las tiranías de derecho divino esa filosofía opuso el principio del contrato social y el consentimiento de los gobernados, y sirvió de fundamento a la revolución inglesa en 1688, y a las revoluciones americana y francesa, de 1775 y 1789. Estos grandes acontecimientos revolucionarios abrieron el proceso de liberación de las colonias españolas en América, cuyo último eslabón fue Cuba.

Al anteponer a su novela estas frases en las que Fidel Castro construye una continuidad del pensamiento revolucionario, Otero dirige la lectura del lector, haciéndole ver de antemano que la narración de los acontecimientos de la revolución inglesa del siglo XVII no es un fin en sí mismo sino que elucida también el proceso cubano de fines del siglo pasado hasta la actualidad.

El mismo argumento valdría por extensión para *El siglo de las luces*, de Alejo Carpentier, cuya relación con la Revolución Cubana ha sido interpretada, por la crítica, de modo controvertido. Siguiendo esta pista quiero interpretar, en lo que sigue, las dos novelas sobre las revoluciones inglesa del siglo XVII y francesa del siglo XVIII, relacionándolas con el proceso cubano[5].

5 En los últimos años, el impacto de la Revolución Francesa en la literatura española y latinoamericano ha despertado un interés creciente en la investigación. Véanse, entre otros, Herrera 1988, Maniquíes 1989 y Busquets 1990.

El siglo de las luces

Según escribe Roberto González Echevarría (1990, 242), la impronta de la Revolución Francesa en *El siglo de las luces* sería muy débil: "of the French Revolution, as it were, there is little in *Explosion in a Cathedral*, only some of its repercussions in the Caribbean". Sin embargo, esta constatación es cierta sólo a un nivel superficial. En la reflexión implícita sobre la revolución, por el contrario, la Revolución Francesa tiene un papel esencial.

Es inevitable empezar con el tantas veces interpretado enigmático preámbulo. Un yo narrador, que el lector no puede relacionar con persona alguna, se encuentra en un barco en pleno viaje, del cual el espacio y el tiempo han sido anulados, oscilando entre el ayer y el mañana, entre la Estrella Polar, la Osa Mayor y la Cruz del Sur. En la proa del barco hay una gran máquina, como una puerta abierta a un ancho cielo, una puerta sin batiente, con un triángulo negro con bisel acerado y frío, una especie de guiadora, que por la necesaria exactitud de sus paralelas, por su implacable geometría se asemeja a un gran instrumento de navegación (7). Sólo mucho más tarde se le revela al lector que ese yo pertenece al joven cubano Esteban. El barco es parte de una pequeña armada que en los primeros años de la Revolución Francesa partió de Francia rumbo al Caribe. El mando absoluto se halla en manos de Víctor Hugues, que tiene la misión de llevar a las posesiones francesas del Caribe los adelantos de la Revolución. La enigmática máquina del principio es la guillotina:

> Luciendo todos los distintivos de su autoridad, inmóvil, pétreo, con la mano derecha apoyada en los montantes de la Máquina, Víctor Hugues se había transformado, repentinamente en una Alegoría. Con la Libertad llegaba la primera guillotina al Nuevo Mundo (134).

Con ello se han nombrado los polos del conflicto con la Revolución Francesa en esta novela: se trata de su imagen entre los extremos de la libertad y del terror. En la revolución trasplantada a América, Carpentier dibuja un cuadro de la propia Revolución Francesa. Mediante la figura de Víctor puede reproducir el desarrollo histórico en todas sus fases, desde los inicios idealistas pasando por la época del Terror hasta el regreso al punto de partida. La analogía llega hasta los detalles, como se pone especialmente de manifiesto en la campaña final de Víctor contra los esclavos, que se corresponde con la campaña rusa de Napoleón. Como éste, Víctor regresa vencido. En este episodio, sin embargo, queda también a su vez patente la diferencia clave: Víctor no es derrotado por un ejército enemigo sino por la naturaleza. Con eso llego a un punto decisivo de la crítica de Carpentier al trasplante de la Revolución Francesa a América. Para él

encarna el espíritu de la geometría y de la abstracción, que es mortal cuando se transpone a la realidad. Aquí se revela el profundo significado de la descripción de la guillotina en el preámbulo de la novela, donde había sido descrita con términos de geometría. La antítesis positiva es la naturaleza, y de ahí comprendemos el por qué las descripciones de la naturaleza exuberante del Caribe tienen un papel tan importante en esta novela de la revolución. Punto culminante de estos pasajes es el período de su vida, en el cual Esteban ejerce de corsario, y en el que vive con extática exaltación la naturaleza del Caribe, en la que todo se suma "al Gran Teatro de la Universal Devoración, donde todos eran comidos por todos, consustanciados, imbricados de antemano, dentro de la unicidad de lo fluido" (183). La revolución fracasa en América porque se vuelve contra la naturaleza y no se ajusta a ella. No se trata de una crítica de principios a la revolución, cuyos adelantos Carpentier no niega, sino más bien de una crítica a esta revolución concreta que le es ajena a América. Si esta interpretación es acertada, podemos leer la novela como un comentario a las revoluciones contemporáneas en América. En el fondo ideológico de la novela, encontramos la visión de una revolución que debería fundir lo europeo con lo americano para tener éxito. De ahí se explica el hecho de que ha sido leída a la vez como defensa y como crítica de la Revolución Cubana, puesto que esta valoración depende de manera decisiva de la posición ideológica del crítico.

Esta interpretación no sería completa si no incluyera la reflexión sobre la historia universal. Hay en la novela un pasaje de elevada solemnidad que, aún estando en principio vinculada a la perspectiva de Esteban, por su estilo y su tono parece apoyarse sobre sí mismo. Esteban se encuentra en las Bocas del Dragón, donde Colón creyó haber hallado la puerta al Paraíso Terrenal. La reflexión se desprende del lugar y se dirige hacia los Caribes, que en los siglos anteriores a la venida de Colón se encaminaron hacia el norte en busca del Reino del Norte y de la Tierra de Promisión. Inundaron las Islas del Caribe sembrando por dondequiera que pasaran el horror y la muerte. En las islas se encontraron con otros intrusos que procedían de regiones desconocidas. Dos épocas históricas se encontraban frente a frente en esta lucha, en la cual era imposible la paz, y se encontraban, al mismo tiempo, el Hombre del Tótem y el Hombre de la Teología:

> Y [Esteban] pensaba, acodado en la borda del *Amazon*, frente a la costa quebrada y boscosa que en nada había cambiado desde que la contemplara el Gran Almirante de Isabel y Fernando, en la persistencia del mito de la Tierra de Promisión. Según el color de los siglos, cambiaba el mito de carácter, respondiendo a siempre renovadas apetencias, pero era siempre el

mismo: había, debía haber, era necesario que hubiese en el tiempo presente -cualquier tiempo presente- un Mundo Mejor. Los Caribes habían imaginado ese Mundo Mejor a su manera, como lo había imaginado a su vez, en estas bullentes Rocas del Dragón, alumbrado, iluminado por el sabor del agua venida de lo remoto, el Gran Almirante de Isabel y Fernando. [...] Mundo Mejor habían hallado los Enciclopedistas en la sociedad de los Antiguos Incas, como Mundo Mejor hubiesen parecido los Estados Unidos, cuando de ellos recibiera Europa unos embajadores sin peluca [...], que impartían bendiciones en nombre de la Libertad. Y a un Mundo Mejor había marchado Esteban, no hacía tanto tiempo, encandilado por la Gran Columna de Fuego que parecía alzarse en el Oriente (253s.).

Carpentier relaciona la utopía de la Ilustración Francesa, sus fines y sus ideas con las concepciones míticas del Paraíso Terrenal. La Revolución concreta e histórica llega con ello parte de un mito siempre presente, en todos los tiempos, que acompaña los caminos del hombre.

En el vínculo entre revolución y utopía se encuentra la clave del concepto de revolución en Carpentier, quien ve la utopía como una constante de la historia del hombre, que aparece siempre bajo nuevas formas y que determina, como modelo, la dirección que toman los actos humanos en una época determinada. No obstante, cuando una revolución quiere transponer la utopía como algo absoluto a la realidad, la utopía se transforma en amenaza para la sociedad. Este intento debe desembocar necesariamente en el terror, con lo cual la visión de un Mundo Mejor se convierte en Apocalipsis. Víctor Hugues fracasa porque busca en la revolución la idea de lo absoluto, perdiendo en esta búsqueda la idea de la revolución y perdiéndose finalmente a sí mismo.

Esta reflexión filosófica (a veces en un tono algo ampuloso) sobre la revolución se encuentra ironizada o, como se dice según Bakhtín, carnavalizada en otros pasajes de la novela. El mejor ejemplo de esta carnavalización me parece ser el capítulo dedicado a la colonia penitenciaria Sinnamary que constituye una contrafactura tragicómica de la sociedad revolucionaria francesa:

La deportación, era muy cierto, había transformado Sinnamary en un rarísimo lugar, que tenía algo de irreal y de fantástico dentro de la sórdida realidad de sus miserias y purulencias. En medio de una vegetación de los orígenes del mundo, aquello era como un Estado Antiguo, asolado por la peste, transitado por los entierros, cuyos hombres, vistos por un Hoggart, animaran una perenne caricatura de sus oficios y funciones (230).

Incluso más obviamente resalta este procedimiento en una escena situada en Sinnamary y cuyo protagonista es Billaud-Varennes, personaje potentísimo de la Revolución Francesa que se encuentra ahora desterrado a la colonia penitencial. Después de una noche de altas discusiones filosóficas, Esteban ve al ex mandatario escribiendo en su habitación:

> De cuando en cuando mataba con un potente manotazo algún insecto que se hubiera posado sobre sus hombros o su nuca. Cerca de él, echada sobre un camastro, la joven Brígida, desnuda, se abanicaba los pechos y los muslos con un número viejo de *La décade philosophique*[6].

La revolución degradada se convierte en farsa. Hay muchas escenas que conforman, en su totalidad, una contrafactura irónica de la revolución. Los dos niveles de significación, la filosófica tanto como la carnavalizada, se corresponden. *El siglo de las luces* no es ni una apología ni una crítica de la Revolución Cubana de 1959, sino más bien un comentario filosófico e irónico en forma de novela a la idea de la revolución y su realización histórica. En este sentido, la novela se puede leer como una reflexión sobre la implantación de la revolución en la realidad cubana, reflexión que confiere a la novela un valor emblemático dentro de las pocas novelas históricas cubanas de la segunda mitad de nuestro siglo.

Temporada de ángeles

Mientras que *El siglo de las luces* pasa por ser una de las grandes novelas de mediados del siglo pasado, *Temporada de ángeles* no ha recibido mucha atención por parte de la crítica académica[7]. Este silencio por parte de la crítica internacional se explica con las palabras de David H. Bost y Lisa Zimmerman (1991/1992, 1), según las cuales escritores como Edmundo Desnoes y Lisandro Otero "wrote somewhat traditional novels in which characters are mere types moved and motivated by inevitable forces of history"[8].

La novela empieza con un prólogo tan similar a *El siglo de las luces* que cabe preguntarse si no se trata de una intertextualidad consciente. Otra vez estamos en un barco, esta vez navegando hacia Inglaterra, otra vez el barco lleva una

---

6 241; cf. el comentario de González Echevarría a esta escena (1990, 237).

7 En la entrada de la novela en el *Diccionario Enciclopédico Letras de América Latina (DELAL)*, escrita por Rogelio Rodríguez Coronel, resalta que las pocas críticas aparecieron casi exclusivamente en revistas cubanas.

8 Además, es significativo el hecho de que los dos autores no mencionen en su reflexión sobre la novela cubana de la revolución *Temporada de ángeles*. Para Fernando Alegría (1993, XVI), por el contrario, la novela es una "brillante especulación histórica".

máquina, esta vez una máquina de imprimir, en la que un personaje (todavía) no identificado hace imprimir folletines de propaganda libertaria y antimonárquica destinados a Inglaterra, y al personaje

> le exaltaba su participación como combatiente, su entrega, su cometido en la guerra por introducir la luz; estaba plagado de imperfecciones pero sabía que estaba llegando la temporada en que los ángeles descienden a la tierra, y él podía asistirlos (10).

El episodio está datado en 1639, y la guerra a la que se hace alusión es la guerra del Parlamento inglés contra el monarca Carlos I, guerra que terminará con la victoria de las tropas parlamentarias bajo el mando de Oliver Cromwell, la ejecución del monarca en enero de 1649 y la instalación de la República. Otero narra estos acontecimientos en tres libros con un total de 26 capítulos minuciosamente datados. La progresión temporal es lineal sin ninguna complicación técnica. Los personajes de la novela son tanto históricos como inventados. Entre los primeros, destacan el rey y Oliver Cromwell, con otros personajes de ambos lados. Entre los segundos, los protagonistas son Luciano, quien de aprendiz de panadero asciende a capitán de caballería en el ejército de Cromwell, y el abogado Stanton, quien termina como secretario del Consejo de Estado bajo Cromwell.

La narración despliega la evolución histórica en sus distintas ramificaciones siguiendo la vida de los personajes humildes en el Londres de esos años y de los grandes, y lo hace con tanto lujo de detalles que tenemos la impresión de asistir a una de esas gigantescas producciones históricas de Hollywood, sea "Ben Hur" o "Cleopatra" u otra. El autor reconstruye el ambiente histórico tan minuciosamente que cumpliría las exigencias tanto de la *couleur locale* del romanticismo francés como de la verosimilitud aristotélica que Georg Lúkacs postula para la novela histórica. No hay carnavalización ni metaficción ni otro de los recursos que Linda Hutcheon o Seymour Menton destacan como característicos de la novela histórica posmoderna. La única variación narrativa que el autor se permite es el tratamiento particular de Luciano cuyas acciones y pensamientos evoca a través del tú narrativo. En resumidas cuentas, estas características de la novela justificarían el juicio de Seymour Menton, quien la inserta en la lista de las "no tan nuevas novelas históricas".

Sin embargo, no es el objetivo de este ensayo discutir la novedad o no novedad literaria de la novela, sino su contenido ideológico relacionado con el problema de la revolución. A este nivel, la novela es de una riqueza que hace olvidar la escritura algo tradicional.

La novela enfrenta los idearios de los dos bandos opuestos, presentándolos a través de los distintos personajes que defienden las ideas respectivas, sean liberales o monárquicas. Las ideas aparecen no en forma de reflexiones del narrador, sino "en perspectiva". Este procedimiento tiene particular importancia en la presentación del bando liberal que no es uno sino en el que compiten diferentes tendencias y fracciones.

Entre ellas, son de particular importancia los llamados *niveladores* "quienes encarnan, en verdad, el espíritu de cuanto había hecho [Cromwell] hasta ahora" (349). Su meta se resume en las palabras (presentadas a través de la conciencia de Luciano) que

> querían cambiar el mundo, suprimir las injusticias y fundar un orden nuevo en la existencia humana, eliminar el hambre y entregar la libertad; para eso estudiaron, discutieron, conspiraron, agitaron y se rebelaron; por ello conmocionaron aquel Reino descascarado y hueco, por ello combatieron y muchos murieron (349s.).

La vanguardia radical de los *niveladores* son los llamados *cavadores*, guiados por Winstanley. Su *credo* está contenido en un panfleto titulado *La bandera de vanguardia de los verdaderos niveladores* que se resume con las palabras:

> En el principio de los tiempos, el gran Creador, La Razón, hizo de la tierra un tesoro común para preservar las bestias, los pájaros, los peces y al hombre, quien era el señor que gobernaría esta Creación. No se destinaba a una parte de la humanidad para dominar sobre la otra, porque cada humano, hombre o mujer, es una criatura perfecta en sí misma. Y este Espíritu que sometió la carne humana a la Razón, su Creador, hizo al hombre su maestro y gobernante, dentro de sí mismo, por lo que no necesitaba a otros que le enseñen y conduzcan (340).

Más tarde, la igualdad de los hombres terminó con la victoria de los sentidos sobre la razón y la introducción de la propiedad privada. La meta política de los *cavadores* es, por ende, la vuelta al estado original:

> Cuando la tierra vuelva a ser un patrimonio común, la enemistad cesará, y ninguno pretenderá someter ni aniquilar a otros, y se hará a los demás lo que se espera que los demás hagan a uno, y se amará a los enemigos, no sólo en palabras sino con acciones. Estaban en la colina de San Jorge para vivir con rectitud y lograr que la tierra fuera la fortuna del común, y que

cada quien, nacido en ella, fuese alimentado por ella, de acuerdo con La Razón, que debía gobernarlos; y comerían juntos y ninguno sería señor de otro y se verían como iguales en la creación (341).

Esta utopía radical retoma la *Utopia* de Tomás Moro que a su vez expresa ideas comunes del humanismo europeo. Sin embargo, esas ideas igualitarias que motivaron la oposición del Parlamento al monarca, resultan incómodas en el momento de su victoria. Porque como explica Stanton a Luciano, toda sociedad necesita un orden, y la propiedad privada es el fundamento de toda sociedad (351s.). Para Luciano, por el contrario, la revolución nunca está acabada por lo que habría que mantener vivo el espíritu revolucionario; el nuevo orden impuesto por la revolución contendría el germen de un nuevo autoritarismo que remplaza al viejo abolido:

¿Qué fue de la tempestad y del torbellino, qué de la voluntad de transformación, en qué se convirtió su inocencia original, dónde se perdió la pureza de algunos, por qué transformaron el atropello en privilegios y a la antigua opulencia en rígidas jerarquías, por qué acompañar la instauración de la justicia con el autoritarismo? Se quiere demasiado orden en la República y por ello iban a matar la imaginación. Para ser fieles a los principios por los cuales se sublevaron y escogieron un camino incómodo y arduo; para seguir siendo leales a lo que realmente eran y no traicionarse, no bastaba con ser irreprochable, impoluto y probo, debían impugnar permanentemente, oponerse, contradecir, reclamar, refutar: no perder la vehemencia de los primeros tiempos y seguir con el enardecimiento de sus ideas iniciales [...] (350).

Consecuentemente, Luciano se separa primero de su amigo Stanton, al cual había seguido desde el principio, y después de Cromwell, como capitán de un regimiento que sigue las auténticas consignas revolucionarias, y cuya acción Cromwell considera como sedición. Luciano ya había asistido antes a un caso análogo en el cual Cromwell no había dudado en hacer ejecutar al que consideró culpable, y sabía "que algo estaba terminando con todo aquello" (299), de modo que no le sorprende mucho el hecho de que a él le espere el mismo destino: "Estabas preparado y decidiste salir de ese mundo lo más inadvertidamente posible" (373).

En las horas antes de su muerte, Luciano reflexiona sobre su dedicación a "La Causa", palabra con la que se designa la revolución parlamentaria:

> [...] a pesar de todo el haber servido a La Causa era lo mejor que pudo acontecerles, y su advenimiento avanzó aquella tierra hacia fronteras atrevidas; los epígonos eran imperfectos pero aventajaban a los antecesores. En la búsqueda de los fines se llegó a los mayores contrasentidos: matar al hombre por amor al hombre, buscar la paz por la violencia, liberar al hombre subyugándolo. Podía alcanzarse una plenitud -no sólo en lo material, que ya vendría-, en los asuntos espirituales, nunca antes conocido, aunque un proceso como aquél viniese acompañado de atrocidades, su llegada indicaba la propensión moral del hombre, su búsqueda de las categorías éticas, su demanda de armonía y rectitud, su necesidad de moderación y decoro [...] (368s.).

Estas palabras se pueden leer como una apología de la revolución real existente, y una aceptación algo resignada de las violencias cometidas en su nombre. ¿Justifica Luciano, al borde de la muerte, los excesos de la revolución como inevitables? Luciano llega hasta disculpar la acción de Cromwell:

> No tenías rencor hacia Cromwell: hacía lo que podía, dentro de las circunstancias; no pudo llegar tan lejos como ustedes hubieran querido, pero tampoco lo habrían dejado quienes lo respaldaban: su deber era mantener la unidad del Ejército y la de ustedes, rebelarse: cada uno actuaba como le correspondía. El hombre siempre trataría de ir más allá de sus posibilidades y en eso estaba la medida de su grandeza y no en lo que efectivamente hubiese podido lograr; por ello, ustedes eran más sobresalientes que Cromwell y la posteridad lo reconocería así (369).

Luciano disculpa a Cromwell, pero mantiene la superioridad de la utopía sobre la realidad. Sin embargo, la novela no termina con este tono conciliador. En el último capítulo, Cromwell invita a Stanton a una conversación íntima, en la que hace ver que aspira a la corona, desde luego por motivos desinteresados y siempre para servir a La Causa. Muy discretamente, Stanton le indica la inconveniencia de esta acción, para el descontento visible del nuevo mandatario. Cuando se separan, Stanton tiene "la certidumbre de que no perduraría como secretario del Consejo de Estado" (376).

Estas palabras escépticas con las que termina la novela echan una nueva luz sobre las últimas reflexiones de Luciano. La novela termina con una nota pesimista: la Revolución ha fracasado porque su protagonista sólo se sirvió de la utopía igualitaria para llegar al poder. En este sentido, el tema central de la

novela es el poder, y cabe citar, en este lugar, las reflexiones de un personaje secundario que precede al epígrafe de este ensayo:

> El jorobado pensó en la extraña forma de gobernar de los hombres: la necesidad política, la razón de Estado: el filo de la espada tienen un lugar preponderante en las relaciones humanas y las demás minucias se supeditan al objetivo central: el control del poder; no era muy distinto de la imposición de la violencia por los salteadores, la diferencia estribaba en la legalidad: unos se acogían al orden de las injusticias y otros se colocaban al margen de ellas; la legitimidad aleaba y santificaba con tanta intensidad que, incluso los que la violaban, como ahora hacía este coronel Pride, eran readmitidos al concierto tan pronto ajustaban sus diferendos. Fascinante palabra: poder [...] (301s.).

A pesar de las diferencias entre las dos novelas tanto en la forma literaria como en la profundidad y complejidad del pensamiento filosófico, *Temporada de ángeles* es, como *El siglo de las luces*, una novela sobre la degradación de la revolución. Sin embargo, las causas de la degradación son opuestas: mientras que en aquélla es la imposición de la utopía a la realidad, en ésta es el abandono de la utopía para reacomodarse con y en la realidad. A la luz de la novela de Otero, nos damos cuenta de que también al fondo de la carpenteriana se encuentra el problema del poder y de su seducción.

Temporada de ángeles fue escrita y publicada en Cuba, y el autor le ha dado un sello de autenticidad revolucionaria al anteponer las frases de Fidel Castro. En muchos pasajes, la novela se lee como una novela clave de la realidad cubana, y supongo que lo será mucho más para un lector cubano. A través de las ideas libertarias expuestas, a través de las críticas del sistema monárquico, vislumbramos el discurso de la Revolución Cubana. Al final, sin embargo, la apología de la revolución se convierte en subversión. ¿Tenemos que leer la novela como una crítica cuidadosamente envuelta de la Revolución Cubana?[9] Sea como fuere, tiene en común con la novela carpenteriana el obligar al lector a reflexionar, a través de los hechos pasados en otros países y otros siglos, sobre la realidad política del presente.

9 Cf. las preguntas formuladas por Fernando Alegría (1993, XVI).

Bibliografía

Novelas y biografías

Baeza Flores, Alberto. 1954. *Vida de José Martí. El hombre íntimo y el hombre público*. La Habana: Publicaciones de la Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario y del Monumento de Martí.

—. 1976. *El hombre y la rosa blanca. Nueva biografía de José Martí*. San José (Costa Rica): Época y Ser.

Carpentier, Alejo. [1962] 1965. *El siglo de las luces*. Barcelona: Seix Barral.

Fernández de la Reguera, Ricardo; Susana March. [1963] 1997. *Héroes de Cuba (Los héroes del Desastre)*. Barcelona: Planeta.

Mañach, Jorge. [1933] 1963. *Martí el apóstol*. Madrid: Espasa Calpe.

Otero, Lisandro. 1983. *Temporada de ángeles*. La Habana: Letras Cubanas.

—. 1993. *Pasión de Urbino. General a Caballo. Temporada de Angeles*. Prólogo de Fernando Alegría. Cronología y bibliografía de Tomás Fernández Robaina. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Estudios

Alegría, Fernando. 1993. Prólogo. En: Otero 1993, IX-XVII.

Bost, David H.; Lisa Zimmerman. 1991/1992. The Cuban Novel of the Revolution. A Postmodern Perspective. En: *South Eastern Latin Americanist* 35, 1-13.

Busquets, Loreto. 1990. *Cultura hispánica y revolución francesa*. Roma: Bulzoni.

Dill, Hans-Otto. 1993. *Lateinamerikanische Wunder und kreolische Sensibilität. Der Erzähler und Essayist Alejo Carpentier*. Hamburg: Dr. Kovac.

Ette, Ottmar. 1995. *José Martí, apóstol, poeta, revolucionario: una historia de su recepción*. México: UNAM.

González Echevarría, Roberto. [1977] 1990. *Alejo Carpentier. The Pilgrim at Home*. Austin: University of Texas Press.

—; Klaus Müller-Bergh. 1983. *Alejo Carpentier. Bibliographical Guide/Guía Bibliográfica*. Westport/London: Greenwood Press.

Herlinghaus, Hermann. 1991. *Alejo Carpentier. Persönliche Kritik eines literarischen Moderneprojekts*. München: text + kritik.

Herrera, Luis Alberto de. 1988. *La revolución francesa y Sudamérica.* Montevideo: Cámara de Representantes de la República Oriental de Uruguay.

Hutcheon, Linda. 1988. *A Poetics of Postmodernism. History, Theory, Fiction.* New York/London: Routledge.

Maniquíes, Robert M. 1989. *La revolución francesa y el mundo ibérico.* Madrid: Turner.

Menton, Seymour. 1993. *Latin America's New Historical Novel.* Austin: University of Texas Press.

Rodríguez Coronel, Rogelio. 1986. *La novela de la revolución cubana (1959-1979).* La Habana: Letras Cubanas.

—. 1995a. Lisandro Otero. En: *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina (DELAL)*, III, 3528-3531.

—. 1995b. Temporada de ángeles. En: *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina (DELAL)*, III, 4643s.